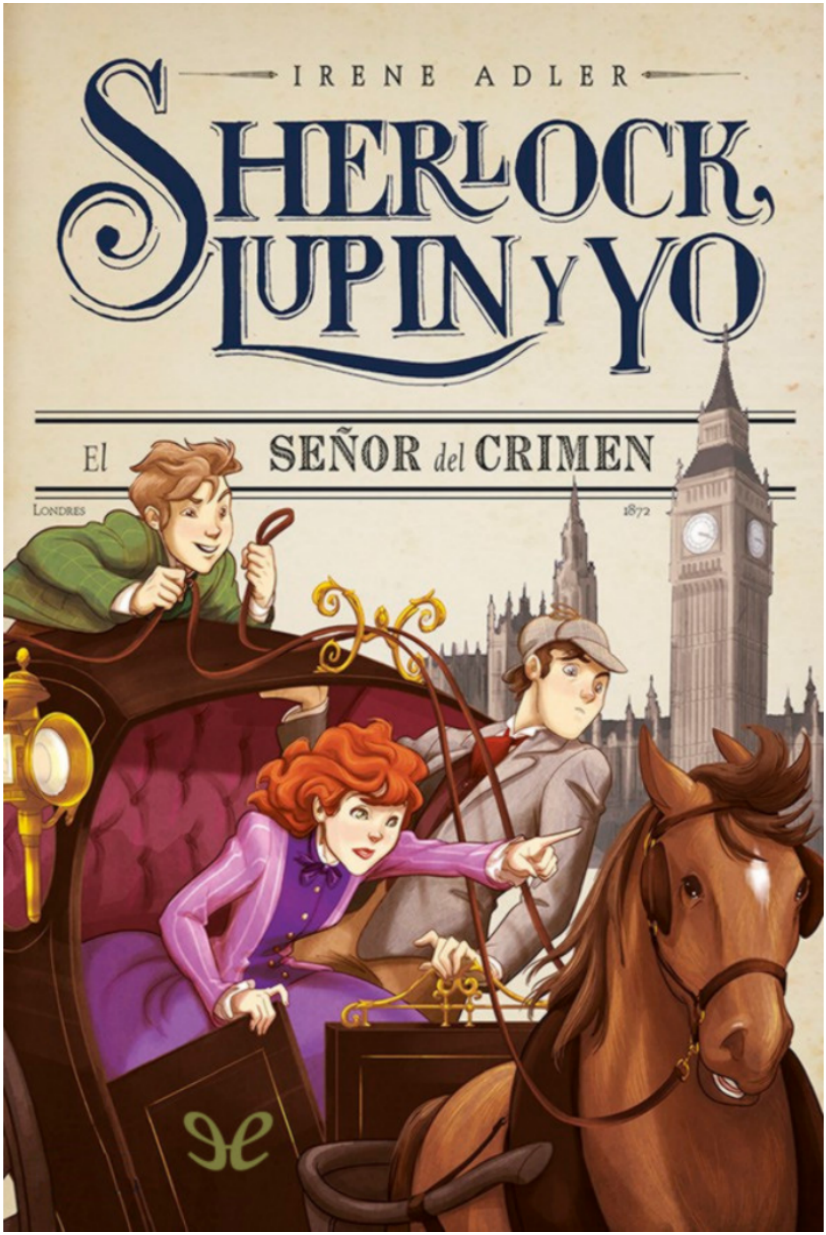
IRENE ADLER

SHERLOCK, LUPIN Y YO

El SEÑOR del CRIMEN



La llegada de la primavera no alegra a Sherlock Holmes, impaciente por ocupar su mente en nuevas investigaciones. Por eso, a modo de juego, Irene le propone que analice una serie de sucesos inexplicables. Y, como era de esperar, el sentido lógico de Holmes identifica un siniestro e invisible hilo que los une. Así comienza un desafío con un misterioso genio criminal que conducirá a Sherlock, Lupin e Irene a una fulgurante revelación.

Irene Adler

El señor del crimen

Sherlock, Lupin y yo - 10

ePub r1.0
Titivillus 22.06.2019

Irene Adler, 2019
Traducción: Miguel García

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

El señor del crimen

1. Una señora en carruaje

2. Un silbido de más

3. Fascinación por la jardinería

4. Un cocinero, un zapatero y una flecha

5. Una vuelta por Shoreditch

6. Una cuestión de apariencias

7. El caso de los culpables no culpables

8. Una cuestión de estilo

9. Pequeñas rimas para niños

10. Granos de arena

11. Los vendedores de ostras

12. Una estrella misteriosa

13. El principio y el final

14. La testigo

15. La letra faltante

16. Tiempo de descubrirse

17. El palacio de cristal

18. Un artista en escena

19. La geometría de la venganza

20. La invitada inesperada

21. Una fiesta nupcial

22. El dilema del camarero

23. La última letra

24. El mendigo del Globe Theatre

Notas

Capítulo 1

UNA SEÑORA EN CARRUAJE

Si alguna vez mi madre se hubiera imaginado lo que yo iba a acabar haciendo con su vestido preferido, creo que ni se lo habría comprado. Y tampoco me lo habría dejado en herencia, junto con todos los demás. Desde hacía ya semanas, desde la llegada de la bella estación, los habíamos amontonado todos en mi habitación, delante de los armarios abiertos, para ver cuáles me valían y decidir qué hacer con los demás. Me ayudaban la señorita Fowler y el pobre señor Nelson, que no solo no sabía gran cosa de vestimenta femenina, sino que continuamente tenía que salir de la habitación en la que me los probaba para no correr el riesgo de ver en paños menores a una señorita de buen nombre como yo (esas palabras eran suyas, naturalmente).

A mí, después de todas las aventuras que habíamos vivido juntos, que el señor Nelson me viera o no en ropa interior me importaba poco. Ya fuera porque, pese a mis catorce años, eran más bien escasas las redondeces que podían adivinarse bajo dichos

paños menores o bien porque el señor Nelson era para mí como un segundo padre.

Lo cual hacía el asunto bastante complicado, dado que mi padre, Leopold Adler, el rico industrial del acero, en realidad no era mi verdadero padre. Por lo que sabía de mi verdadero padre, hasta habría podido serlo el señor Nelson si no hubiera sido por la diferencia de color de nuestra piel, la suya como la caoba del salón después de que la señorita Fowler le pasara el aceite, y la mía, en cambio, terriblemente pálida, con pecas y ese no sé qué de lechoso que me identifica irremediablemente como una chica del norte. Era flaca, muy alta (en el último año había crecido de manera sorprendente y ahora mi estatura rozaba la de mis amigos) y con el cuello largo y torneado. Era bonita, muy bonita. Me lo decían a menudo. Y eso me obligaba a constatar que, más que halagarme, me fastidiaba. Por suerte, cuando salía de casa prácticamente nunca iba sola, sino que podía contar con la compañía, casi constante, de dos inseparables guardaespaldas: mis dos grandes amigos Arsène Lupin y Sherlock Holmes.

Pero quizá fuera yo la única en pensar que aquello era una suerte, porque ni el señor Horace Nelson ni mi padre estaban contentos con aquel trato asiduo. Los motivos son fáciles de imaginar: con Sherlock y Arsène vagabundeaba por la ciudad, a menudo me saltaba las clases de canto (de las que, solo pocos meses antes, había jurado que serían mi única ocupación) y, en resumen, me arriesgaba a no aprovechar ninguna de las oportunidades que mi padre podía garantizarme.

Después de unos meses en que mi instrucción había sido confiada a un absorto preceptor, me habían matriculado en el Holcombe College, una escuela privada femenina a las puertas de la ciudad, por acudir a la cual muchas de mis coetáneas se habrían arrancado el pelo. Yo la encontraba terrible. Rezábamos más de lo que estudiábamos historia y geografía. Y dedicábamos más tiempo a aprender a sentarnos bien a la mesa que a las matemáticas. Una sola vez había tratado de hablar, en clase y ante nuestra profesora (demacrada y pálida como una cabra albina) de los descubrimientos que el señor Charles Darwin publicó precisamente en aquellos años y, por toda respuesta, me convocaron urgentemente al despacho de la directora.

—¿Cómo han llegado a sus manos esas impúdicas lecturas, señorita Adler? —me había preguntado ella con un ceño fruncido de novela.

—Por mi padre, señora —le había contestado, haciéndola ponerse más pálida aún de lo que estaba—. Tiene todos los libros del señor Charles Darwin sobre su mesilla. Y hoy, en el desayuno, ha dicho que valdría la pena financiar sus estudios, signifique esto lo que signifique.

Esa respuesta me había costado un castigo y una carta a casa en la que se convocaba al pobre Leopold al mismo despacho.

—Irene, querida, estoy bastante preocupado por la marcha que están tomando tus estudios… —me había dicho esa noche mi padre, que se sentía en la obligación de regañarme de alguna manera.

Pero no le había salido bien. Porque, después de todo, simpatizaba conmigo. Y eso suponía, en el fondo, que tampoco podía desaprobar a mis amigos.

Éramos un trío en aquellos tiempos. Unos tiempos que, sin embargo, estaban llegando a su fin (aunque yo no lo supiera todavía), y por mi culpa. Nos unía el mismo espíritu rebelde y una cierta actitud desinhibida ante la vida, y nos separaban, en secreto (aunque yo comenzara a darme cuenta vagamente), algunos sentimientos adolescentes confusos que de vez en cuando refulgían entre nosotros. Pero no eran oro, como entonces me parecía, sino más bien esquirlas de mica que brillaban al sol.

Sherlock, aunque entre los delirios del sueño, una vez me había estrechado contra sí —y besado— como se estrecha a una amante (al menos por lo que yo sabía por algunas novelas). Y también Arsène me había besado, pero no en un delirio mientras dormía. Y no solo una vez.

Yo también lo había besado, y es inútil perder el tiempo con falsos pudores cuando se escribe para una misma: me había gustado. Habría querido besarlo de nuevo si hubiera sido posible. Y si no hubiese temido que aquellos besos terminaran por romper el equilibrio de nuestro aventurero trío.

Eran esos, pues, mis sentimientos cuando, en el carruaje que nos llevaba a Kennington Oval el 16 de marzo de 1872, trataba de ponerme, sin estropearlo demasiado, el vestido de gran dama de mi madre para encarnar el papel de una aristócrata invitada a asistir a

la final de la Copa de Inglaterra para la que mis dos amigos habían comprado entradas.

O al menos eso me habían hecho creer.

—¿Me echáis una mano? ¿O es que vais a quedaros mirando todo el tiempo? —les pregunté mientras me volvían loca los corchetes del vestido y el carruaje se sacudía sobre las calles irregulares de Londres.

—Si por mí fuera, yo me quedaría mirando… —me respondió Arsène, tan impertinente como siempre, torciendo la cabeza un momento para lanzar una mirada a mi espalda medio desnuda.

A su lado, Sherlock, en cambio, tenía una expresión de desdén que no era ninguna novedad. Aquella mezcla de rigor y rechazo frente a mi naturaleza femenina lo hacía más semejante a un avestruz (la nariz larga, puntiaguda como un pico, y el pelo alborotado como un plumaje) que al genio de la lógica que yo había tenido la suerte de conocer.

—¡Oíd! —exclamé—. Si queréis que baje con vosotros, necesito ayuda… ¡ya!

Los dos se afanaron en seguir mis indicaciones. Tenían que apretar, hacer casar y abrochar, y pude notar todas sus vacilaciones, esa combinación de cautela y asombro de cuando alguien de repente se da cuenta de cómo están hechos los demás.

El carruaje se detuvo al fin justo delante de la entrada principal del Kennington Oval. El cochero, que había visto montarse en el vehículo a dos muchachitos y una chiquilla, con mirada impasible vio bajarse a dos caballeros y una señora, que vestía para la ocasión un magnífico vestido de tarde abrochado de una manera bastante original, por decirlo de algún modo.

Capítulo 2

UN SILBIDO DE MÁS

El motivo de todo aquel lío, no hace falta decirlo, era de lo más apetitoso: la final de la Copa de Inglaterra de fútbol, un deporte que en aquella época estaba muy de moda en Londres y del que yo, sin embargo, no sabía prácticamente nada, salvo que se jugaba con una pelota de cuero que un grupo de jovenzuelos se empeñaban en perseguir. Era algo exaltante, al menos a juicio de Arsène, quien había organizado el *rendez-vous* de aquella tarde. Él había jugado una vez, quizá dos, pero le había bastado para enamorarse de aquel nuevo deporte, que elogiaba sin cesar. Los *dribblings* (es decir, una sinuosa carrera entre los adversarios con la pelota siempre en el pie, por lo que entendí), los campos de hierba, las porterías, el hecho de que solo uno de los jugadores del equipo pudiera tocar la pelota con la mano y los otros tuvieran que valerse exclusivamente de los pies. Los codazos, los empujones. Era como una batalla, nos dijo nuestro amigo mientras nos dirigíamos a la tribuna.

Sherlock, menos sensible a la fascinación del deporte, se quedó más impresionado por la forma del estadio (un óvalo, como proclamaba su nombre) y por las gradas en las que el público voceaba, que por los jugadores corriendo tras la pelota.

—Dudo que los ingleses puedan apasionarse de verdad por este fenómeno —fue su lacónico comentario cinco minutos después del saque inicial.

Arsène, en cambio, estaba hipnotizado. A fuerza de hablar, consiguió atraer hacia el partido la atención de Holmes, quien, no obstante, lo seguía como si los jugadores formaran parte de algún esquema matemático en el que la pelota era el elemento incontrolado.

—Deberían pasarse más el balón… —comentó cuando un jugador de los Royal Engineers arrolló a un compañero al intentar un *dribbling*.

Los adversarios, los Wanderers, hacían exactamente lo que mi amigo recomendaba y, cuando no habían transcurrido más de quince minutos desde el pitido de inicio, marcaron.

Fue el primer gol que vi en mi vida. En realidad, casi ni lo vi, porque poco antes de que el balón rodara hasta la portería cuantos me circundaban se pusieron en pie. De todos modos, fue emocionante y me sentí invadida por una inexplicable y fugaz exaltación.

—¡Hemos marcado! —exclamó Arsène, abrazándome—. ¡Los Wanderers han marcado!

Así descubrimos que íbamos con ellos.

—¿Quién ha marcado? —le pregunté al señor de barba sentado a nuestro lado.

—¡Chequer! —me contestó él.

Se desencadenó una pequeña *bagarre*, porque sus vecinos no creían que hubiera sido Chequer el que había marcado. Es más, Chequer ni existía.

—El gol lo ha marcado Betts, ¡Morton Betts!

—Y entonces ¿por qué en la alineación está escrito A. H. Chequer?

Resultó que Morton Betts, el autor del gol que acabaría decidiendo el partido, se había cambiado de nombre adrede para jugar la final. Y muchos de los señores que me rodeaban sopesaron el asunto y lo discutieron con interés.

—¡Ahora pensemos en el partido! —soltó en ese momento Arsène con vehemencia.

—Pues claro, señor Carey… —le dije.

Y aquello atrajo hacia mí la atención de los presentes. Un poco porque era la única mujer en una yarda a la redonda, pero sobre todo porque Arsène no era el señor Carey, ni Sherlock su hermano

ni yo su señora. Mis amigos y yo habíamos hecho lo mismo que el atacante de los Wanderers: para el acontecimiento, habíamos adoptado un nombre que no era el nuestro y nos habíamos colado entre el público fingiendo ser quienes no éramos. Los Carey, precisamente. En los días precedentes al partido, Arsène, no sé cómo, había conseguido echar un vistazo a la lista de invitados de la tribuna y había descubierto que, por una afortunada coincidencia, los Carey no acudirían al estadio. Sus invitaciones, pues, habían quedado libres.

De ahí que yo hubiera «tomado prestado» el vestido de auténtica señora que, en teoría, debería haber permanecido en mi armario hasta que hubiera llegado a la edad apropiada para llevarlo, motivo por el cual había tenido que cambiarme en el carruaje. Y de ahí que, en ese momento, uno de los señores de barba que me había oído pronunciar el apellido Carey estuviera mirándome con expresión bastante intrigada.

—Arsène… —murmuré al darme cuenta. Y, como él no despegaba los ojos de los jugadores, añadí—: ¿Sherlock?

Pero allí estaban los dos con la actitud que de aquel día en adelante aprendería a reconocer en el rostro de muchos otros varones con los que me relacionaría: los ojos lejos del mundo real, proyectados a un campo verde, viviendo las vicisitudes de un balón de cuero y ajenos a todo lo demás. Con las debidas diferencias (el material del que está hecha la pelota, sobre todo), me ocurriría con el críquet, el tenis y, pocos meses más tarde, con el baloncesto en Estados Unidos, adonde fatalmente me dirigiría. Pero por entonces no podía saberlo.

Fingí la indiferencia más absoluta hasta lo que llamaban media parte del partido, cuando los jugadores pararon para descansar y el público tuvo un cuarto de hora de libertad. Vi que el señor de barba me dirigía una mirada interrogativa e intuí cuál iba a ser su pregunta: «Me parece haber oído el apellido… ¿Carey?».

—Ha oído bien —le contesté cuando mi intuición se hizo realidad—. Soy su hermana.

Lo dije con toda la convicción de la que conseguí hacer acopio, pero no me pasó desapercibido el modo en que arqueó las cejas.

—¡Pero si el señor Carey no tiene hermanas! —rebatió.

—¡Pero tiene hermanos! —Se inmiscuyó entonces Sherlock, que

me cogió del brazo.

Al señor se le puso la cara púrpura y las arrugas de su frente se alisaron, como si todo su rostro se hubiese convertido en un tonel a punto de estallar.

—Pero ¿qué dice? —soltó—. ¡El pobre Edward murió hace dos días!

—¡Pobre, pobre Edward! —intervino Arsène, que me agarró del otro brazo—. ¡Ha sido una ceremonia realmente desgarradora! ¡Todos esos pétalos! ¡Los oficiales! ¡Y la enseña de la Royal Navy!

El hombre sorbió por la nariz, indignado, pero también indeciso sobre cómo comportarse en aquella circunstancia. Y Arsène aprovechó su titubeo para salir de aquella incómoda situación.

—Así es la vida. Nosotros tenemos que volver ya para casa. Espero que nos encontremos de nuevo en otra ocasión, señor…

—Trollhope —rezongó el señor barbudo, cada vez más perplejo por la forma en que mis dos amigos me alzaban en vilo y me hacían girar ciento ochenta grados. Y en aquel instante, creo, también por la atadura tortuosa de mi vestido.

—Lo mejor es largarse —murmuró Arsène, encaminándose con decisión a la salida.

—Gracias por salvarme —dije—. Pero creo que ya puedo andar sola.

—Excelente intervención —convino Sherlock—. Pero ¿cómo has adivinado todos esos detalles sobre el funeral?

—Bah, es una tontería —se quitó mérito Arsène—. Digamos que, por una gran coincidencia, yo también asistí al mismo.

—¿Los conocías? —le pregunté.

—En absoluto —contestó él.

—Y entonces, ¿qué hacías en el funeral de Carey?

—Hace dos días era domingo —observó Sherlock mientras nos abríamos paso entre la multitud—. Cayó un buen chaparrón alrededor de las seis de la tarde, es decir, la hora a la que se celebran los funerales en el cementerio de West Norwood, donde el terreno es extremadamente arcilloso. A juzgar por la altura hasta la que tienes pegada tierra roja en los zapatos, Arsène, deduzco que lo atravesaste con cierto peso sobre los hombros.

En ese instante, Arsène se detuvo.

—¿Vas a continuar mucho más? —le replicó a Sherlock, entre

enojado y divertido—. O, simplemente, ¿puedo desvelarle también a Irene, como te desvelé ayer a ti, cuál es el prestigioso trabajo que he encontrado para redondear un poco mis ingresos? —Me miró entonces y prosiguió con sequedad—: Soy un necróforo en pruebas. Media libra al día, dos días por semana. No está mal por llevar peso muerto, ¿eh?

—¿Eres enterrador? —le pregunté sorprendida—. Y ¿desde cuándo?

Miré a Sherlock.

—¿Tú lo sabías?

—Algo me había comentado, sí —admitió él.

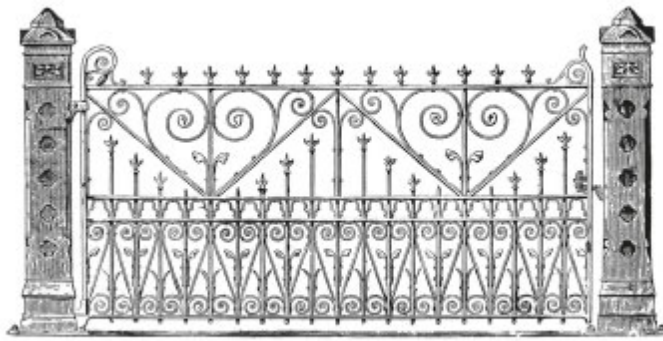
Arsène silbó para llamar a nuestro cochero. Luego se montó en el carruaje y me tendió la mano riéndose.

—No te preocupes, me la he lavado bien, Irene.

Y de esta manera dejamos atrás la final y el estadio, que volvía a rugir.

Capítulo 3

FASCINACIÓN POR LA JARDINERÍA



Hicimos que el carruaje nos dejara en South Bank para poder dar aún una larga caminata junto al río antes de regresar a casa. No vivíamos muy lejos los unos de los otros: Arsène seguía en su pequeño apartamento alquilado justo detrás de la Shackleton Coffee House, el café donde nos reuníamos todos los días, mientras que la familia de Sherlock residía en un chalé victoriano un poco al norte de Covent Garden.

—¿Tu padre todavía tiene la intención de mudarse? —me preguntaron mis amigos mientras ganduleábamos por la orilla del Támesis.

—Por ahora, no —respondí, evasiva. No me gustaba mucho tratar aquel tema, porque estaba totalmente fuera de mi control—. Aunque hace una semana barajó incluso el nombre de Manchester.

—¡Por la Corona, no! —murmuró Sherlock.

—Es lo que le repliqué yo —dije.

—¿Y Southampton? —preguntó Arsène—. ¿No quería hacer negocios con los astilleros navales?

—Quería, sí —respondí—. Pero creo que también se le ha pasado ya esa idea.

Vi un banco y me senté pese a llevar puesto aún el vestido de mi

madre. En cualquier caso, al arrastrarlo por los muelles ya se había enlodado.

—¿Y cómo es en casa? —se interesó Arsène—. ¿Siempre… triste?

—Algo menos. Ha dejado de hablar de cómo hacía las cosas mi madre y de cómo las quería. Y la semana pasada dio orden de vaciar los armarios, como podéis ver. Creo que es una buena señal.

Sherlock cogió una piedra.

—Mi hermano sigue en Londres —dijo de pronto—. Lleva ya todo un mes.

—No pareces muy contento —observé.

—Duermo mal —respondió él de forma bastante enigmática.

—¿Tenéis que compartir habitación? —le preguntó Arsène.

—Digamos que nuestra convivencia ha resultado imposible, razón por la cual se la he… cedido —replicó él con una mueca de amargura—. No me apetece mucho verlo. Y a él tampoco verme a mí, me parece. —La cara de Holmes adquirió una expresión extraña en la que, además de fastidio, creí descubrir un velo de tristeza—. Pero bueno, no se quedará mucho más. Y en el jardín se está de maravilla.

Sherlock tiró la piedra, que rebotó varias veces sobre la superficie y luego se hundió en las aguas cenagosas del Támesis. Todos tuvimos claro que nuestra conversación había encallado, así que nos separamos tras citarnos para el día siguiente.

Sherlock, sin embargo, aseguró que tenía que hacer un recado por Berkeley Square, de modo que nos encaminamos juntos en dirección a mi casa. Permaneció callado buena parte del camino, con las manos cogidas a la espalda.

—¿Estás preocupado? —le pregunté al rato, puesto que persistía en no hablar.

—No mucho.

Lo miré.

—¿Qué clase de respuesta es esa de «no mucho»?

—Es la respuesta correcta —afirmó él, sorprendido.

—Pero no es la respuesta que espera alguien que quiera hablar contigo, ¿no crees?

—¿Quieres hablar conmigo? —me preguntó él.

—¡Oh, santo cielo, Holmes! —estallé—. ¡Claro que quiero hablar

contigo! ¡Como hacen todos los amigos!

—Tú y yo no somos amigos —replicó él entonces.

—Ah, ¿no?

—No.

Señaló mi vestido rozado y luego su chaqueta elegante pero raída.

—Yo soy el señor Carey. Y tú, mi gentil esposa.

Me reí.

—¿Te gustaría?

—Oh, no —contestó él—. Soy totalmente contrario al matrimonio. Por una serie de motivos muy válidos.

En la esquina de Chesterfield Hill con Hay's Mews le di un beso rápido en la mejilla y él me puso una mano en la espalda, muy firme.

—Hasta mañana, Holmes.

—Hasta mañana, señora Carey.

Me alejé de él con la sensación de que aún quería decirme algo que no había acertado a expresar y recorrí así, sumida en mis confusas reflexiones, los últimos metros que me separaban de casa. Una vez allí, todavía pensativa, iba a empujar la verja del jardín cuando alguien la abrió por mí.

—Gracias —dije sin pensar.

Un instante después, para mi sorpresa, me di cuenta de que tenía delante a un chico de pelo rubio algo más alto que yo y con una espléndida sonrisa.

—Apuesto a que es usted la señorita Irene… —me dijo aquel fascinante desconocido—. Permita que me presente. Me llamo Paul, Paul Letrième.

—Encantada, Paul —le saludé, tendiéndole la mano.

Él se disculpó por no poder cogerla.

—Todavía voy sucio de tierra y… en fin, parece que hay mucho que hacer en su jardín.

Entonces me vino a la cabeza que mi padre, en su arrebato primaveral de ordenar toda la casa, había puesto un anuncio para buscar a alguien que se ocupara del jardín, que en el transcurso del último, y para nosotros tumultuoso, año se había transformado en un gran espacio silvestre, a medias jungla y a medias estepa desolada.

—Ah, sí, realmente hay mucho que hacer —le contesté, intuyendo que Paul debía de ser el elegido por mi padre.

Nos despedimos y yo me dirigí a casa, sonriendo ante la idea de que lo vería también en los días posteriores. Antes de desaparecer escaleras arriba, le lancé una mirada fugaz y vi que él también me estaba observando. Bajó de inmediato los ojos y yo corrí como si me hubiese mordido una serpiente, pero ya estaba hecho: ambos habíamos descubierto que sentíamos curiosidad el uno por el otro.

No era nada terrible, reflexioné mientras subía de dos en dos los peldaños de casa. Y, además, la jardinería era una de las actividades más apropiadas para las jóvenes de buena familia, papel que por una vez me sentía dispuesta a representar.

Capítulo 4

UN COCINERO, UN ZAPATERO Y UNA FLECHA

Hundido en una butaca de la Shackleton Coffee House, en el rincón que, de forma no oficial, había pasado a ser de nuestra propiedad, Holmes tenía la cara larga de un perro apaleado. Miraba por la ventana como si en realidad no viera nada y fingió que no se daba cuenta de mi llegada hasta que me senté frente a él.

—Es de tu madre. Muy bonito —me dijo sin dejar de mirar la ventana.

—¿Qué?

—El vestido que llevas. Es algo corto para ti y de un color que tú nunca hubieras elegido. De todas formas, te queda muy bien.

Así es Holmes, pensé. Era incapaz de hacer un cumplido sin que te entrara la duda de si, en el fondo, no sentiría una pizca de desagrado por lo que había dicho. Como si decirle algo cortés, o agradable, a una amiga abriera la puerta a toda una serie de futilidades, cosas como recibir a su vez un cumplido o alguna otra inútil gentileza.

En un día normal le habría contestado con las mismas, a lo mejor rogándole que quitara los pies de la mesita sobre la que los había puesto con un golpe. Le habría tomado el pelo y, si hubiera tenido el ánimo pérfido, le habría hecho notar el agujero redondo en la suela de su zapato derecho, que, evidentemente, consideraba superfluo arreglar, o puede que demasiado caro.

De nosotros tres, yo era la que gozaba de la posición económica más sólida, debía tenerlo presente. El padre que me había criado, Leopold, era lo que podría definirse sin vacilar como un millonario.

(Y mi verdadero padre, aunque yo todavía no sabía nada de él, en cierto sentido era aún más rico).

La familia de Arsène era adinerada por parte materna, con ascendentes nobles que mi amigo, sin embargo, rehuía, prefiriendo seguir los pasos de su padre, Théophraste, acróbata en un circo ambulante, experto en artes marciales y ladrón de casas en ratos perdidos. Tres actividades que, lamentablemente, se había apresurado a enseñar a su hijo antes de que sus caminos se separaran. Hacía ya casi seis meses, en efecto, que Lupin vivía solo en una habitación de Marshall Street, a escasa distancia de la Shackleton Coffee House, bajo la falsa identidad de un improbable caballero francés y pagándose el alquiler con toda clase de trabajillos, entre ellos, acababa de enterarme, incluso el de enterrador.

Sherlock, por su parte, tenía una situación familiar más incierta. Sin duda debía de ser su hermano mayor, Mycroft, el que llevaba a casa gran parte del dinero necesario para el sustento de la familia, pues había obtenido un doctorado con beca en la Universidad de Oxford y trabajaba ya para la Corona, encauzando así lo que parecía una carrera brillante. Su madre hacía pequeños trabajos de costura para otras señoras, razón por la cual de vez en cuando Sherlock tenía que cuidar de su hermana pequeña, Violet, a la que estaba muy unido. Su padre, del que yo apenas sabía que había muerto hacía ocho años y del que mi amigo no hablaba nunca, siempre había sido el gran ausente del cuadro familiar.

No me constaba que Arsène hubiera ido nunca al colegio, mientras que Sherlock cursaba el segundo año en la
St. Paul's
School, después de una infancia en la que, por lo que intuía, había atravesado media Europa con su familia a causa de la profesión de su padre. Pero también aquello era bastante nebuloso y, con solo que yo tocara el tema, él se encerraba enseguida en un obstinado silencio.

Arsène hablaba de dinero de mejor gana; siempre andaba en busca de alguna libra y siempre estaba dispuesto a gastársela de inmediato. Pero ninguno de los dos, nunca, había aprovechado nuestra amistad o la posición de mi padre para sacarme algunas monedas. Y aquello, he de admitirlo, les honraba, pero también me

impedía ayudarlos.

En todo caso, aquel no era un día normal (el humor de mi amigo era particularmente sombrío y nuestra conversación del día anterior me había dejado la sensación de que estaba realmente en dificultades) y por tanto no le repliqué de modo cortante ni me burlé de él por el agujero del zapato, sino que intenté sorprenderlo con un comportamiento más dulce. Le acaricié una mano y le dije:

—Gracias, Sherlock. Eres de veras muy gentil.

Él me miró como si le hubiese transmitido una descarga eléctrica. Como si yo no fuera yo y él no fuera él. Parte de nuestra amistad se basaba en el acuerdo tácito de comportarnos tal como nos sintiéramos, en el límite de la mala educación cuando teníamos un mal día (y los tres lo teníamos a menudo), sin que ello tuviera luego ninguna importancia.

Mi respuesta, pues, empujó a Sherlock a salir de sus pensamientos y a mirarme en busca de algún particular que no encajara con aquel ojo clínico suyo que, más que la mirada de un amigo preocupado, parecía la manera en que un carnicero examina los cuartos de buey que acaban de llevarle para valorar su calidad.

—Relájate, Sherlock —le dije, intentando tranquilizarlo—. Todo va bien. Ningún problema a la vista. ¿Y tú?

—Ningún problema tampoco por mi lado —contestó él, alzando una ceja. Luego añadió—: Por desgracia.

—¿Y tu hermano?

—Ahí sigue.

—¿Y tú?

—Siempre estoy fuera, en el jardín.

Me explicó que había dispuesto un jergón improvisado en la caseta de las herramientas y que allí, aparte de la incomodidad de tener que dormir sobre el suelo, se encontraba espléndidamente. Y cuando le pregunté por qué no quería dormir dentro de casa mientras estaba su hermano, me respondió, glacial:

—Para no darle esa satisfacción.

Comprendí, por sus escasas palabras siguientes, que debía de haber ocurrido algo grave entre los dos. O quizá todo lo contrario, es decir, que nunca hubiera ocurrido. Desde luego, yo no era ninguna experta en relaciones familiares, pero me parecía haber identificado un dato común en la repentina rigidez y en la

inseguridad que mi amigo manifestaba cada vez que tocábamos un tema que de algún modo tuviera que ver con sus afectos. Lo que en un primer momento me habían parecido los roces normales entre hermanos de carácter e inclinaciones diferentes quizá tuviera raíces más profundas; tal vez tuviera que ver con el lugar respectivo que ocupaban en la familia. Todas las decisiones de Mycroft estaban orientadas al éxito personal y a su carrera, mientras que Sherlock parecía experimentar un oscuro placer afrontando el colegio con descarada suficiencia. Ahora, al pensar en qué camino seguiría mi amigo más tarde, en el curso de su vida (una de las mentes más geniales que nuestra época haya conocido, pero también un detective para el cual desafiar el crimen no fue nunca más que un gran juego para salvarse del abrazo tétrico del aburrimiento), tiendo a creer que la figura de su hermano se estuviera volviendo cada vez más oprimente para él en aquellos días. Era Mycroft el que llevaba el dinero a casa, pero siempre estaba ausente (como el padre durante la infancia de Sherlock), mientras que a mi joven amigo le tocaban tareas más cotidianas y menos relevantes, como cuidar de su hermanita o ir a comprar té al colmado.

Reconozco, sin embargo, que eran pensamientos vagos y demasiado aleatorios como punto de partida para conversar aquel día en la Shackleton Coffee House. Y también, en cierto sentido, atrevidos en su indiscreción. Nunca les había pedido confidencias personales a mis amigos, ni ellos a mí. Nuestra amistad tenía fronteras claramente establecidas, y los territorios que se extendían más allá de aquellas fronteras era como si no existieran para nosotros. Como un jardín bien acotado con una valla.

Hablando de jardines, por cierto…

—Mi padre ha contratado a un nuevo jardinero —dije por decir algo.

—¿De veras? —murmuró Sherlock.

—Paul —dije. Y luego añadí—: Es muy guapo.

—¿Y de qué modo eso hace de él un buen jardinero?

—Pues no lo sé. Pero… —dije, encogiéndome de hombros— es agradable de ver.

—¿«Agradable de ver»? ¿Estás hablando de una persona o de un perro?

—¡Oh, venga, Sherlock! —solté—. Sabes perfectamente lo que

quiero decir. Que no es un gordinflón gigantesco con mal aliento que se ocupa de plantar peonías en los setos de casa.

—Las peonías no se plantan en los setos —replicó él—. Y, en todo caso, no se plantan peonías en esta estación.

—¡Imposible! —exclamé—. ¡Tienes un carácter verdaderamente imposible!

Miré a mi alrededor en busca de alguna distracción. Pero Arsène no había venido y no me atrevía a preguntarle a Holmes si sabía donde andaba. Y la Shackleton estaba medio vacía. Con el sol resplandeciendo fuera, gran parte de los londinenses había preferido pasar la tarde dando un paseo. Parecía que solo nosotros dos, dos chiquillos de cara ceñuda y con la cabeza llena de pensamientos, prefiriéramos atrincherarnos en aquel rincón oscuro del local.

Pero después, de repente, lo comprendí.

—¡Qué estúpida he sido! —me dije en voz alta.

Él me miró. Y por el modo en que lo hizo comprendí que había dado en el clavo. Aquella mirada, y lo que escondía, era tan clara que me entraron ganas de reír. Sherlock Holmes no estaba en ninguna dificultad por el conflicto con su hermano, ni por el hecho de dormir en la caseta del jardín. No estaba atormentado por nada que tuviera que ver conmigo o con nuestro trío. O, mejor dicho, lo estaba, pero no en el sentido de que hubiera algo que no conseguía decirme. No. ¡Nada de todo aquello! Esos eran pensamientos de chiquilla, suposiciones dispersas de una adolescente que estaba creciendo aprisa. Sherlock Holmes, sencillamente, se aburría. Con Arsène fuera de la circulación dos días por semana y en ausencia de algún reto, de alguna aventura, aunque solo fuera otra final de fútbol en la que colarse con identidad falsa, la larga sombra de la inactividad mental se había apoderado de él. Era como una mosca atrapada en la tela de una araña, solo que la araña era él. Y así, tan imposibilitado para liberarse como para devorarse a sí mismo, estaba allí, desconcertado, mirando por los cristales aquel sol que alegraba a todo el mundo menos a él.

—Tú necesitas hacer algo —le dije.

—Yo necesito que haya algo que hacer —concordó mi amigo, poniendo las cosas en su debido orden. Las cosas se presentaban y él las aceptaba, las analizaba y las desmontaba. No al contrario.

Sobre todo cuando estaba de aquel humor.

—Voy a enseñarte para qué sirven los amigos —decidí, y me puse en pie.

—Si crees que vas a convencerme para que te ayude con los armarios… —respondió él.

—Más quisieras —lo pinché, con una sonrisa. Luego fui en busca de la fuente de cualquier posible aventura. El mapa de todo tesoro londinense. Nuestra brújula. Nuestro oráculo.

The Times.

Encontré un ejemplar casi hecho trizas en un sofacito al otro lado de la sala. Lo cogí y lo extendí ante mí, recorrí rápidamente las columnas de la primera página y pasé luego a las jugosas noticias breves que el propio Sherlock me había enseñado a degustar.

—¿Sabes que al final los Wanderers ganaron la Copa con aquel primer gol, uno a cero? —le pregunté al volver a nuestro rincón—. Ayer no nos perdimos nada, menos mal. Es más, me pregunto qué sentido tiene quedarse hasta el final si luego no ocurre nada interesante. Mucho mejor el teatro que el estadio, ¿no crees?

—Tú y yo quizá prefiramos al señor Shakespeare que a esos tipos en calzones persiguiendo una esfera de cuero. Pero entiendo qué es lo que atrae a la gente que se agolpa en aquellas gradas: lo imprevisto —comentó él—. Cuando asistes a un espectáculo teatral, sabes que lo imprevisto llegará justo al final. Tratas de anticiparte, de imaginar el desarrollo de la historia, pero sabes que, antes de salir del teatro, llorarás o reirás. En el estadio, en cambio, no puedes saberlo. Pagas también por el riesgo de aburrirte.

—Si es una manera de invitarme al Globe Theatre, Sherlock, deberías esforzarte un poco más —le hice notar sin dejar de echar un vistazo a *The Times*.

—¿Vendrías?

—Si te esforzaras un poco más —insistí.

Vi encenderse una chispita en sus ojos atentísimos. Y me arrepentí en el acto, porque me imaginé asistiendo con él a una representación de *Macbeth, Hamlet* o *Enrique V*. Muertos, traiciones y sangre derramada por cuestiones de poder. Es decir, lo que menos me interesaba en la vida, entre otras cosas porque, en cierto sentido, a mi pesar estaba involucrada en todo aquello. Y precisamente en aquel momento, cuando trataba de apartar de mí el

mal recuerdo de cuando mi verdadera madre me había revelado que mi nacimiento y mi entrega en adopción a los señores Adler tenían que ver con oscuras cuestiones de poder en el reino de Bohemia, encontré en el periódico justo la noticia que me venía bien.

—¡Esto es de primera, Holmes! De esas cosas que a ti te gustan —exclamé—. Escucha esto: *Un humilde zapatero de los barrios bajos, Mr. Archer, atacó supuestamente al chef francés del Hotel, en Drury Lane, y lo hirió gravemente con… una flecha Bingley's*

.

—¡No! —exclamó Holmes.

—Pues sí. Parece que el tal Mr. Archer, el «Sr. Arquero», ha herido a alguien precisamente con una flecha —di je yo—. Y eso no es todo: Mr. Archer fue encontrado borracho perdido, todavía con el arco en la mano, en South Bank. Jura que no sabía nada del cocinero ni del arco, pero eso no le ha servido para evitar que lo encierren entre barrotes.

—Sorprendente —convino Sherlock entonces—. ¿No dice más?

—No, por desgracia —contesté.

Pero ya había conseguido lo que esperaba: los engranajes mentales de mi amigo se habían puesto en movimiento y, por el modo en que movía las pupilas, casi podía seguir las hipótesis que iba considerando y descartando.

—¿Un asunto sentimental? —Intenté interrumpirlo con la esperanza de participar en sus elucubraciones.

—Es difícil —contestó él—. Habría que saber dónde vive Mr. Archer, pero así, de buenas a primeras, diría que hay una cierta distancia social entre los dos. El Bingley's es un viejo hotel de la ciudad. Es muy prestigioso, así que difícilmente puedes trabajar en él como chef si no tienes buenos contactos… El cocinero es francés, ¿verdad?

—Eso parece.

—Archer no es un apellido francés. Por tanto, también hay que excluir esa conexión.

—Es un zapatero de los barrios bajos, según escriben en *The Times*.

—Puede ser un detalle de color inventado por el cronista para hacer más interesante el suceso, pero…

—Me parece ya bastante interesante el hecho de que un tipo que se apellida «arquero» intente matar a alguien con una flecha —observé yo.

—Es cierto. No había ninguna necesidad de adornar aún más la noticia, así que puede que realmente sea un humilde zapatero remendón. Y si trabaja en los barrios bajos, debe de ser en una zona de Londres donde viven personas que les ponen suelas a los zapatos pero que pueden gastar poco…

En ese momento miré la suela agujereada de Sherlock.

—¿Qué mejor, entonces, que ir a hacer un par de preguntas al lugar de los hechos? —propuse. Señalé su zapato y le enseñé un puñado de peniques.

Al poco rato subíamos al ómnibus que se dirigía a Tottenham Court Road, desde donde teníamos intención de acercarnos a Shoreditch y a sus tiendas de venta y de reparación de calzado.

Capítulo 5

UNA VUELTA POR SHOREDITCH

Fue una buena tarde la que pasamos siguiendo la pista del misterioso arquero del
Bingley's
Hotel. No solo porque, poco a poco, veía que los ojos de Sherlock volvían a brillar con aquella luz especial que le había visto tantas veces, sino porque, por una vez, daba la impresión de que habíamos elegido una investigación divertida, en ciertos aspectos absurda, que no tenía más pretensiones que la de hacernos pasar unas horas de distracción.

Cuando llegamos a Shoreditch, me arrepentí de haberme puesto el vestido que llevaba: hube de atravesar las calles alzándome la falda hasta casi las rodillas para no arrastrar conmigo la basura pestilente que las cubría, hasta que, al precio de un penique, me procuré en una tienda de Old Street dos prácticos sujetapapeles de estaño con los que mantener doblado el vuelo de la falda y caminar al menos con las manos libres, todo bajo la mirada de Sherlock, cargada de intrigada desaprobación.

Como suele ocurrir en los barrios populares (y sin duda Shoreditch lo es), el caso de Mr. Archer no solo había corrido por las tiendas, sino que se había convertido ya en una pequeña leyenda. La flecha no había sido una, sino tres, cinco, un carcaj entero; y las víctimas eran una docena, de origen indio, o de color… Casi nadie hablaba de un cocinero francés.

Nos costó acercarnos a la mesa destartalada sobre la que Mr. Archer solía arreglar los zapatos, tan grande era la multitud que se congregaba alrededor, así que preferimos ir a una tienducha un

poco apartada para hacer nuestras preguntas más insolentes.

¿Qué clase de persona era Mr. Archer? Tranquilo hasta el aburrimiento. Un hombre pequeñito, nos dijeron, que trabajaba poco pero dignamente. Según parecía, siempre estaba diciendo que iba a dejar la ciudad, porque Londres no era más que un cenagal, para volver a Dorset, donde había nacido, pero luego no se movía, porque, criticó el zapatero que le estaba arreglando el zapato a Sherlock y al que mi amigo escuchaba sentado en una silla de mimbre como si fuera el trono de Dinamarca, le daba vergüenza regresar a su casa en el campo más pobre que cuando se había marchado. Así que tanto le daba seguir pudriéndose en la ciudad.

El detalle del arco y las flechas resultó totalmente inexplicable. No solo todo el mundo ignoraba que Mr. Archer poseyera un arco, sino que tampoco parecía la clase de hombre que hubiera utilizado uno alguna vez, ni siquiera en el tiro al blanco de las ferias itinerantes. Bebía de buena gana, eso sí, muchos nos lo confirmaron, pero ¿quién no lo hacía cuando tenía oportunidad?

Además, fue por completo imposible establecer una conexión con el cocinero del
Bingley's.
Jamás habían visto a un chef por aquella zona, ni Mr. Archer había entrado jamás en su vida en un restaurante propiamente dicho.

¿Entonces? ¿Qué teníamos después de aquella pesquisa?

El misterio.

Que era exactamente lo que necesitábamos.

Mientras volvíamos a casa en el ómnibus, apretados como sardinas en lata (de todos modos, yo prefería desplazarme por la superficie en vez de hundirme en los túneles del metro), no veíamos la hora de compartir nuestros descubrimientos con Arsène, seguros de que el extravagante episodio del zapatero Archer desataría su pasión por las conjeturas fantasiosas. Por otro lado, el hecho de que el pobre cocinero ensartado por la flecha fuera compatriota suyo no haría sino estimular aún más su imaginación.

En vez de despedirnos en la esquina de siempre, Sherlock me acompañó hasta mi casa. Pensé, ingenua de mí, que solo era para charlar acerca de Mr. Archer hasta el último momento, pero, cuando vi que escrutaba nuestro jardín, comprendí que Sherlock buscaba al nuevo jardinero.

Sonreí ante la idea de que, de algún modo, pudiera estar celoso. Pero después preferí desechar esa idea e imaginé que, en realidad, se trataba de una forma de amabilidad y de protección hacia mí.

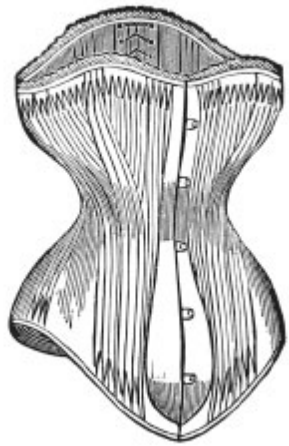
—Hasta mañana —me despedí en la verja—. Piensa en nuestro Guillermo Tell, ¿de acuerdo?

—Sin falta, señora Carey —retomó él la broma para despedirse.

Por lo que parecía, le había cogido gusto al estar casado conmigo.

Capítulo 6

UNA CUESTIÓN DE APARIENCIAS



Las cortinas de mi dormitorio eran gruesas, de esa seda arrugada con un nombre oriental que nunca consigo recordar. Cada vez que debía cerrarlas, corría las anillas por la barra de soporte con un ruido de artillería y la habitación quedaba a oscuras. Acostada en la cama, imaginaba que las formas de los muebles que me rodeaban eran los perfiles de alguna remota ciudad exótica y me dormía profundamente.

Aquella noche tuve un sueño muy inquietante. Con mis amigos, trepaba a un árbol, un árbol cualquiera, en un parque que podía ser tanto Hyde Park como las Tullerías. Sherlock y Arsène me precedían por las ramas y subían a ritmo ágil. Los tres íbamos descalzos. En el sueño, notaba la sensación áspera de la corteza en mis dedos.

Teníamos que darnos prisa. No sé por qué razón, pero llegar a la cima de aquel árbol era de vital importancia. Yo trepaba más despacio, torpe, como siempre me ocurría en los sueños, y un viento maligno no dejaba de tirarme de la falda y hacía que se enredara en las ramas. «¿Por qué llevo puesta una falda tan enorme?», me preguntaba en el sueño.

Y luego, de repente, me daba cuenta de que había alguien por debajo de mí encaramándose veloz al mismo árbol. Era un chico con rostro de lince, un rostro que en el sueño yo reconocía y que, sin embargo, no sabía en absoluto a quién pertenecía en la realidad. Subía, y yo seguía intentando hacer lo mismo, sujetarme la falda entre las rodillas y alejarme de su cara malévola, pero no lo conseguía. Oía a Sherlock y a Arsène por encima de mí, que me metían prisa…

Después, una de las ramas se rompió de pronto. No a la que estaba agarrada, pero era yo la que caía de todos modos mientras mi vestido se desgarraba; me desperté de sopetón en la cama de mi habitación, abrazada a uno de los vestidos de mi madre. Lo tiré al suelo y luego miré desalentada la cantidad de ropa amontonada por todas partes, sobre la mesilla, sobre los sofacitos y sobre cada butaca del cuarto.

«Ya basta», volví a prometerme, pensando en el sueño y en cómo me estaban acosando aquellas ropas. Tenía que poner orden en todo aquel desastre.

—Papá —saludé mientras bajaba a desayunar.

Él levantó la mirada del periódico, me dirigió una calurosa sonrisa y recibió un beso en la mejilla. Me senté a la pequeña mesa, frente a él, y le pregunté:

—¿Hay novedades en el caso del arquero?

Leopold, obviamente, no había leído la noticia del día anterior y no sabía de qué estaba hablando, así que me lanzó una mirada interrogativa por encima de las hojas.

En aquel momento, el señor Nelson entró en la salita del desayuno, circunstancia que aproveché para cambiar de tema y no preocupar a mi padre.

—¡Buenos días, Horace! —lo saludé con tono alegre.

—Señorita Irene… —dijo él—. ¿Ha dormido bien?

—¡Precisamente lo buscaba a usted! —le informé—. Lo he decidido.

—Muy bien, señorita Irene —dijo nuestro colosal mayordomo de color—. ¿Y qué ha decidido?

—Hoy ordeno la ropa de mi madre de una vez por todas.

—Una sabia decisión, señorita Irene —me felicitó él, aunque, por cómo lo dijo, se notaba que era más bien escéptico respecto a

que yo mantuviera mi propósito—. Entonces, ¿debo pedirle a la señorita Fowler que se ponga a su disposición?

—¡Oh, no! —exclamé—. Quiero hacerlo todo yo sola.

Los dos hombres de la salita cruzaron una mirada que no se me escapó. Después, Horace hizo una impecable inclinación y mi padre ocultó los bigotes detrás del periódico.

«¡Ah, hombres!», pensé.

Terminé de desayunar a toda prisa y luego volví a mi habitación. Descorrí las cortinas, abrí la ventana y dejé entrar el inconfundible zumbido de la ciudad.

Luego, para estar más segura de que no me molestaban, cerré la puerta de mi cuarto. ¿Qué mosca me había picado?

No lo sabía con precisión, pero me sentía torpe en mi ropa desde hacía ya dos días, y la pesadilla del árbol demostraba que aquel desasosiego se estaba extendiendo también a mis noches.

Me miré al espejo, indecisa, y por una vez traté de no fijarme solo en mis ojos y en las pecas de debajo, sino de observarme de cuerpo entero. Me vi a mí misma, la mí misma que conocía, un poco más alta, eso sí, pero siempre yo: una figura seca y nerviosa.

Sin embargo, no cabía en mis vestidos. En mis cómodos vestidos de siempre. Se cerraban perfectamente a la cintura y detrás del cuello, pero me tiraban en los hombros y las caderas, como si de repente hubieran encogido en algunos puntos. Los de mi madre, en cambio, por lo menos los que me parecía que podía ponerme (es decir, que no me hacían parecer un merengue), me quedaban a la perfección, pero eran cortos de mangas o de largo, como enseguida había observado Sherlock el día anterior.

Pasé toda la mañana probándome ropa una y otra vez, abrochando y desabrochando, mientras las cortinas ondulaban por la brisa primaveral. Pasaba de una falda a otra, me ponía un corpiño y luego, fuera, el siguiente. Para darme prisa, apenas me miraba en el espejo, y procedía dividiendo todo el contenido de mi armario, y del de mi madre, en tres montones cada vez más amorfos: los vestidos en los que ya no cabía, aquellos en los que entraba y sacaba brazos y piernas como una zancuda y los que ni siquiera me probaba, pues no quería tener que moverme como un candelabro o ser prisionera del viento mientras trepaba por un árbol en compañía de mis amigos.

Iba rápida y, cuanto más veía crecer los montones de ropa, más satisfecha me sentía. Aunque cada vez tenía más claro que, dado el exiguo número de prendas que me quedaban bien, iba a tener que llevar una considerable cantidad de vestidos a la modista para que los arreglara.

Estaba considerando el asunto cuando oí que alguien silbaba fuera. Me asomé, curiosa, vestida con un corpiño y una falda dispares y vi a Paul, el jardinero, concentrado en su faena, justo delante de mi ventana. «Fantástico», me dije, asomándome un poco más. Tenía una carretilla llena de nuevas y relucientes herramientas de jardinería: azada, pala, laya, hoz, azadilla y dos tipos de rastrillo.

Paul ya había dado cuenta de los hierbajos más altos y exuberantes, y ahora, con las manos en los costados, se preguntaba por dónde seguir. Y mientras yo estaba allí, observándolo, se volvió hacia mí, me reconoció y me saludó.

No sé por qué lo hice, pero retrocedí de un salto dentro de mi habitación. Y cuando me miré en el espejo vi que mis mejillas habían adquirido el color encendido de mi cabello…

Eché otra ojeada al jardín, aunque sin asomarme. Y vi la espalda de Paul, inclinado para cavar el terreno.

«Caray», me dije. Y luego me eché a reír.

Si desde dentro yo lo veía a él, significaba que él, durante toda la mañana, me había visto brincando como un saltamontes de un vestido a otro. ¿Qué idea se habría hecho de mí? Una muchachita ñoña que solo pensaba en ir a la moda.

—Ah, no, Paul, las cosas no son así —le dije a mi imagen del espejo.

Tenía que remediarlo de algún modo. Me probé corriendo los últimos vestidos, me puse unos pantalones de pana y un jersey de mi padre (sabía dónde guardaba los de cuando era más joven) y por último llamé al señor Nelson y a la señorita Fowler para anunciarles lo que había decidido.

—Esos de ahí… ¡para tirar! —dije, perentoria. Y luego me corregí al ver la mirada desconcertada de la sirvienta—: Puede quedárselos usted si le gustan. Y estos hay que arreglarlos, así que puedo conservarlos, mientras que esos otros no me quedan bien, y no entiendo por qué. Tal vez no fueran de buena calidad y…

Oí carraspear al señor Nelson. Me volví de sopetón.

—¿De qué se ríe, Horace?

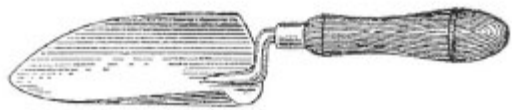
—¡De nada, señorita Irene! —contestó el señor Nelson—. ¡Absolutamente nada! Se trataba, con certeza, de telas de escasa calidad, que han… ejem, encogido con el tiempo.

—Bueno —convine, más determinada que nunca a rechazar la evidencia. Esto es, que era yo la que había crecido más de lo que quería admitir.

Agarré una gorra de caza de mi padre que estaba colgada en el perchero del vestíbulo y, por fin, vestida como Dios manda, o sea, de hombre, cómoda y suelta, bajé al jardín, decidida a echar una mano a Paul para arreglar aquel pequeño campo de batalla en el que estaba trabajando. Y a demostrarle que, si se había hecho ciertas ideas sobre mí entreviéndome por la ventana, se trataba de un trivial malentendido, porque yo podía perfectamente llevar una carretilla, cortar un seto, podar un rosal trepador y hacer, en resumen, todo lo que fuera necesario.

Capítulo 7

EL CASO DE LOS CULPABLES NO CULPABLES



La noticia era de esas para no perdérselas. Y mis amigos, en efecto, no se la perdieron. Vinieron a recogerme a casa y me encontraron acuclillada ante un arbusto, sucia de tierra de la cabeza a los pies, pero insólitamente satisfecha.

—¡Eh, *mademoiselle la jardinière*! —me llamó Arsène nada más reconocerme.

Estaba moreno y lucía una sonrisa centelleante. Vestía una bonita camisa blanca, pantalón estrecho y sus habituales mocasines elegantes (los únicos que tenía). A su lado, Sherlock se veía más chafado y desgreñado, y aunque era más alto que su amigo, parecía doblado sobre sí mismo, como un alambre viejo.

—¡Chicos! —los saludé, moviendo en el aire una azadilla con la que estaba acribillando a agujeros el rincón del jardín que Paul me había encomendado.

—¿Me equivoco o ese parterre estaba mucho mejor antes de que tú decidieras atacarlo? —Siguió tomándome el pelo Arsène—. ¿Te acuerdas, Sherlock? Había un macizo de prímulas amarillas… ¿O eran azafranes?

Sherlock sonrió, desdeñoso. Y en aquel preciso momento apareció Paul por la esquina de la casa. Se había arremangado la camisa hasta más arriba de los codos y traía una caja de rododendros con los que, me había explicado, quería alfombrar toda aquella parte del jardín, pues estaba en la sombra. En el lado opuesto, el del sur, plantaríamos una glicinia trepadora y luego hortensias contra el muro y…

Sherlock pareció olisquear el aire. Y, podría jurarlo, le dio un golpecito con el codo a Arsène. El hecho es que los dos apuntaron

con la cabeza a Paul como dos perros de muestra a un jabalí.

El jardinero, por su parte, amagó un breve saludo, como si ya se conocieran los tres, y por su manera de ignorarse me vino en mente de pronto el sueño de la noche anterior. ¿Acaso era Paul el que trepaba detrás de mí?

Tonterías.

—¡Chicos! Arsène, Sherlock, él es Paul, nuestro jardinero —intervine con voz cristalina para hacer las presentaciones—. Paul, ellos son Sherlock y Arsène, mis grandes amigos.

Subrayé aquel adjetivo, «grandes», pero también «amigos», de manera que no hubiera malentendidos.

Paul se quitó la gorra y les estrechó la mano. Calurosamente, me pareció.

—Encantado.

Y ellos respondieron con idéntica calidez.

—Paul…

Aunque tal vez con una pizca de desapego.

Me acerqué a la valla, quedé cara a cara con Arsène, y estiré la espalda dolorida.

—Me gustaría mucho saber quién dijo que la jardinería sienta bien —bromeé.

—Sienta mucho mejor un paseo hasta Scotland Yard —afirmó sin titubear Arsène, que de buena gana hacía de portavoz de su amigo cada vez que tenía ocasión.

—¿Scotland Yard? —pregunté sorprendida. ¿Y por qué tendríamos que ir a la sede de la policía de Londres, con la que nos habíamos tenido que ver ya varias veces, ninguna de ellas agradable?

Fue Sherlock quien me contestó, pero de una manera evasiva, como si quisiera asegurarse de que Paul no podía oírnos.

—Hay novedades y es el único modo de saber más.

—¿El arquero ha vuelto a atacar?

—*Naaa*… —profirió Arsène—. Eso es agua pasada.

Miré a Sherlock, que me miró a su vez.

—¿Vienes vestida así? —me preguntó.

Me miré: rayas negras me cruzaban el pantalón de arrodillarme en el suelo y llevaba el jersey salpicado de minúsculos grumos de tierra, ramitas y espinas. Tenía las uñas negras y al menos un par de

marcas oscuras en la frente.

—¿Por qué? —le pregunté yo—. ¿Acaso es un problema?

—No, es que no quisiera tener que esperar a que te cambies.

Me volví hacia Paul, que, prudente, había reanudado su trabajo.

—¡Paul! Si ves al señor Nelson, ¿puedes avisarle de que he recibido una visita de los señores Holmes y Lupin y decirle que volveré dentro de poco?

Luego corrí a la verja, de allí a la acera y, dándole la vuelta a la gorra de mi padre en la cabeza, pregunté:

—Y bien, ¿de qué se trata?

Fuera de Scotland Yard había un par de periodistas de los habituales a la caza de alguna indiscreción que convertir en titular de periódico lo más aprisa posible, para la edición de la tarde. El caso que nos interesaba a nosotros, no hace falta decirlo, era extrañísimo y, durante el trayecto, mis amigos me pusieron al corriente de los detalles. Parecía ser que la policía había dado con el autor de un robo que, el día anterior, había causado cierto alboroto: habían sustraído una caja de libras de oro recién salidas de la casa de la moneda de Little Tower Hill. El furgón de caballos para el transporte de fon dos cargado con la caja había hecho el itinerario de costumbre, pero, al llegar a su destino, con un retraso brevísimo, la caja había desaparecido.

Pero eso no era lo raro.

Un instante antes de llegar a Scotland Yard, Arsène volvió a tomar la apariencia de Auguste Papon, un caballero parisino tan elegante como ridículo, de veinticuatro años, bigote (falso) engominado y profesión indeterminada. En aquella ocasión, su papel era uno de los favoritos de nuestro amigo, el de corresponsal de un periódico francés sin precisar. Con su bigote pegado bajo la nariz, Arsène abordó con cortesía a uno de los colegas que rondaban delante del portón.

—¿Es cierta, pues, la filtración sobre el telegrama?

Y después, a un segundo:

—¿Me lo confirmáis? ¿La fuente es segura?

El telegrama, me explicó Sherlock, se había recibido aquella misma mañana en Scotland Yard y contenía indicaciones detalladas del lugar en que se escondía el ladrón del dinero.

—Sí, era en Whitechapel.

—Qué va, lo han cogido en el Soho —respondió otro de los periodistas.

En realidad, todos estábamos allí para averiguarlo.

Una media hora después de nuestra llegada, un carruaje negro intentó entrar a gran velocidad por el portón. Como un solo hombre, los periodistas se agolparon a los lados para tratar de frenarlo y atisbar por la ventanilla qué o a quién llevaba. Dieron golpes en los cristales y vocearon preguntas hasta que el vehículo se detuvo y un inspector aceptó hablar con ellos.

Sherlock, Lupin y yo nos colocamos en segunda fila y escuchamos atentamente lo que tenía que decir.

—¡Alto! ¡Alto! ¡No escriban! ¡El caso del robo del dinero de la casa de la moneda no está resuelto en absoluto! —exclamó el inspector.

Pero como en el habitáculo a su espalda, aparte del rostro bien conocido del inspector jefe, se veía el rostro trastornado de un desconocido, uno de los periodistas preguntó:

—¿Y qué me dice de él? ¿A quién han arrestado?

—¿Qué decía, exactamente, el telegrama? —lo apremió otro.

El inspector resopló fastidiado.

—Solo puedo confirmarles que, efectivamente, se ha recibido un telegrama en el que se invitaba a Scotland Yard a acudir al 22 de Turner Street para resolver el caso del robo de las libras de la casa de la moneda.

—¿Y qué han encontrado en el 22 de Turner Street?

El inspector miró al interior del carruaje, como para recibir de su superior autorización para hablar.

—Hemos encontrado… ¡al marinero John! —dijo al fin, con una risita sarcástica.

—¿John? ¿John qué más? —chillaron los periodistas.

—Sus datos no han sido verificados con seguridad.

—¿Y cómo saben, entonces, que es marinero?

—Es lo único que repite todo el tiempo de forma obsesiva —replicó el inspector—. El señor John se halla aún en estado de confusión.

En aquel momento vi que la cabeza del hombre metido en el coche oscilaba adelante y atrás, rítmicamente, como la de un loco.

—¿Y la caja? ¿Las monedas?

—La caja ha sido encontrada junto al lugar en que el señor John estaba encadenado… —dijo el inspector, suscitando un murmullo de sorpresa, incluso el mío—. Pero estaba completamente vacía. Ni rastro de las monedas, ningún indicio de dónde habrán acabado.

—Pero, si este hombre estaba allí, encadenado, con la caja vacía, ¿podemos escribir que ha sido él el autor del robo? —gritó Arsène, recalcando su acento francés.

—Uno de los autores, es probable —respondió el inspector—. Como también es probable que lo aturdiera su cómplice y luego huyera con todo el botín.

En ese momento, el inspector fue llamado de vuelta al carruaje y la multitud de periodistas se dispersó y se marchó de manera desordenada hacia Fleet Street, donde se encontraban las sedes de casi todos los diarios de la ciudad.

—Qué historia… —murmuré, mirando a mis amigos—. Un marinero encadenado con una caja de monedas… ¡y sin las monedas!

—No me sorprende que el inspector haya dicho que ese hombre estaba en estado de confusión —dijo Arsène, riéndose bajo el bigote postizo.

Sherlock, en cambio, se quedó callado durante un buen rato. Miraba al suelo, concentrado, y de vez en cuando movía la punta de la nariz, como si notara un hormigueo molesto.

—¿En qué estás pensando, Sherlock? —le pregunté cuando me harté de esperar.

—En el tiempo —contestó él.

—¿Te sorprende que esté sereno durante dos días seguidos? —le preguntó Arsène en broma.

Él, por toda respuesta, gesticuló.

—Hay tres detalles que me dejan perplejo. Y los tres tienen que ver con el tiempo.

—¿Y cuáles son?

—El primero es ese «brevísimo retraso» con que el furgón para transportar el dinero llegó a su destino… sin la caja.

—¿Crees que fue durante ese brevísimo retraso cuando ocurrió el robo? —le pregunté.

—Tal vez —reconoció él—. Pero, para descubrirlo, tendríamos que saber de cuánto fue el retraso. Y por qué. Y para saberlo…

—Tenemos que preguntarles a los cocheros —terminó la frase por él Arsène.

—Exacto —concordó Sherlock—. Pero no creo que nos lo digan tan fácilmente.

—¿Y los otros detalles?

—El robo se produjo ayer. La noticia estaba en el periódico de esta mañana y hacía ya mención del telegrama enviado a Scotland Yard. Lo que significa que los periódicos debieron de ser informados anoche, antes de que se cerrara la edición. Pero Scotland Yard no ha ido a inspeccionar esa dirección hasta hoy por la tarde.

—Por lo tanto, ¿quien expidió el telegrama informó a los periódicos antes de enviarlo a Scotland Yard? —aventuró Arsène.

—Por último, el tercer punto tiene que ver con el tiempo en un sentido distinto, porque relaciona el robo de las monedas con algo ocurrido antes —dijo aún Sherlock Holmes.

Arsène y yo miramos a nuestro amigo con ojos desorbitados.

—Esta es la segunda noticia de un culpable que afirma no recordar nada del delito que ha cometido —explicó Sherlock—. Primero Mr. Archer y la flecha disparada contra el cocinero del Bingley's Hotel. Y luego el pobre marinero John y la caja de monedas vacía. Todo resulta vagamente teatral, ¿no os parece?

Se detuvo a mirar el Támesis, que había aparecido de improviso ante nosotros, y abrió los brazos, contento, como si quisiera abarcar el río entero.

—¿A vosotros no os parece también que hay algo maravilloso e inexplicable, un sutil misterio que a mí, y a nadie más, me resulta evidentísimo en estos dos episodios tan distintos uno del otro?

—Ojo con tus palabras… —le dijo Arsène en ese punto—. Mira que nosotros no somos Scotland Yard. Y también a nosotros nos parecen sin duda relacionados. ¿No es cierto, Irene?

Sherlock lo miró, radiante.

—¿De veras? ¿Y basándoos en qué?

—Por ejemplo, en el hecho de que nosotros, a diferencia de Scotland Yard, no tenemos nada mejor que hacer.

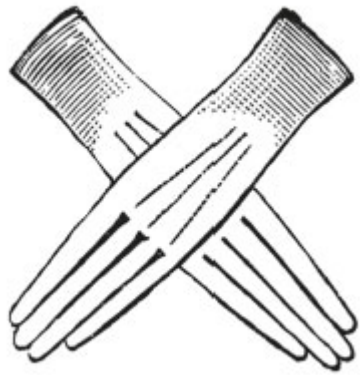
Asentí, convencida, y concluí por él:

—Por lo que podemos comenzar nuestra investigación de forma oficial. El caso… —anuncié mientras buscaba inspiración—, el caso

de los culpables no culpables.

Capítulo 8

UNA CUESTIÓN DE ESTILO



Mi padre me esperaba en el salón, sentado en su sillón favorito.

—Irene —me dijo enseguida cuando por fin volví a casa—, ¿te parece bien esto?

Le respondí, con todo el candor del que era capaz, que no sabía a qué se refería.

—Mírate, hija mía, mírate bien… —suspiró él—. Tienes ya catorce años. Pero vas por Londres vestida como un mocoso de la calle.

—Es un jersey tuyo, papá —le hice notar. Por suerte, me había quitado ya la gorra, que había llevado con la visera al revés toda la tarde.

—Es un jersey mío, sí, de cuando tenía más o menos tu edad —siguió diciendo él, afable—. Con la diferencia, Irene, de que yo…

Me crucé de brazos.

—¿Tú?

—Yo era y soy un hombre, Irene, mientras que tú, es evidente…

—¿Yo, evidentemente, no puedo vestir nada cómodo y fácil de poner para ir por la ciudad?

—No he dicho eso.

—Sí que lo has dicho.

Él tamborileó con los dedos sobre el brazo del sillón.

—Y esas manchas…

—Es hierba, papá. No he matado a nadie. Paul se está dando una paliza ahí fuera en el jardín y…

—Lo sé, lo sé. Horace me lo ha contado también.

—¿Qué te ha contado exactamente?

—Que has pasado la mitad del día trabajando en el jardín y la otra mitad quién sabe dónde con esos dos…

—Amigos —le sugerí.

—No pongo en duda que lo sean, pero…

Por todas aquellas medias frases, comprendí que Leopold se debatía entre el deber de hacer de padre concienzudo y el no saber por dónde empezar a ocuparse de asuntos así. El verlo en dificultades me enterneció y me empujó a bajar las defensas. Pensé que quizá fuera buena idea hablarle de mis propias dificultades.

—La verdad, papá… —comencé a decir. Y le expliqué, en resumen, lo que había descubierto aquella mañana al probarme los distintos vestidos. Él me escuchó con atención, dejando traslucir una cierta pena cuando le revelé que había regalado muchos de los vestidos de mi madre a la señorita Fowler. Cuando terminé de hablar, tenía muy claro qué me hacía falta.

—¡Horace! —llamó, y nuestro mayordomo, como si estuviera esperando aquella llamada detrás de la puerta, se presentó en el salón de inmediato.

—¿Qué desea, señor Adler?

—Tenemos que proveer de vestimenta a mi hija. Te ruego que la acompañes a Savile Row mañana por la mañana.

—Papá… —le pedí.

—O bien adonde ella te indique, para que pueda encontrar algo de su gusto y que nos permita también verla adquirir un aspecto más acorde a su naturaleza, ¡que es la de una muchacha espléndida!

El señor Nelson, el muy vil, hizo una profunda reverencia.

—Será un verdadero placer, señor.

Yo apreté los puños, indignada, e hice amago de abandonar el salón para encerrarme en mi habitación, como a veces había hecho en el pasado. Pero algo dentro mí me desaconsejó hacerlo. El hambre, antes que nada, porque enfadarse significaba también renunciar a la cena y, después de la escapada hasta Scotland Yard,

me resultaba muy difícil, entre otras cosas porque en casa flotaba un irresistible aroma a caza asada.

El segundo pensamiento que me contuvo para no irme fue, en cambio, una intuición. Y mi amor por la investigación.

—¡Está bien! —exclamé, parándome.

Horace pudo volver a su puesto en la puerta, de la que se había apartado al prever que yo saldría por ella dando un portazo.

—¡Está bien! —repetí—. Mañana iré a elegir una vestimenta más… apropiada.

—¡He ahí la palabra correcta! —subrayó mi padre, contento.

—Pero tú, después, me llevarás a cenar fuera.

—¿A cenar fuera? —se maravilló Leopold. Pero luego, superado el estupor inicial, dio muestras de apreciar aquella propuesta. «Padre e hija juntos a cenar, ¿por qué no?», pareció decir la expresión gatuna de sus ojos—. ¿Y adónde te gustaría que te llevara, si tienes la amabilidad?

—¡Al Bingley's Hotel, por supuesto! —dije para acabar, radiante, antes de subir a arreglarme con rapidez para luego sentarme a la mesa toda satisfecha.

—Si me permite una opinión, no creo que esto fuera lo que su padre tenía en mente cuando usó el término «apropiado», señorita Irene —protestó el señor Nelson al día siguiente.

—Fui yo la que usó el término «apropiado» —le recordé. Y luego le dije al señor que nos atendía—: Quiero dos de estos.

—Señorita Irene…

—¿O prefiere que vaya por ahí con una chaqueta sucia, Horace?

El señor Nelson se rindió y se refugió en un malhumorado silencio. Nos encontrábamos en una sastrería, como había querido mi padre, para abastecer mi nuevo ropero, exactamente en la clase de lugar que Leopold había imaginado: un lujoso establecimiento de Savile Row con un elegante letrero que rezaba *Warrington & Briggs, desde 1801*.

Había visto el nombre del negocio en el periódico después de nuestra última aventura detectivesca, que se había desarrollado en Hemyock, Devonshire, y en la que había montado a caballo vistiendo ropa de hombre y me había preguntado por qué las señoras no podían vestir prendas prácticas, al menos fuera de los salones.

La sastrería parecía ser el mejor proveedor urbano de ropa para la caza y el tiempo libre. Para caballeros y para señoras. Lo que significaba cueros blandos para botas, cómodos tejidos de pana y calientes lanas escocesas con los colores del bosque en otoño, precisamente como la tela que acababa de elegir para que me confeccionaran dos chaquetitas. Añadí a la lista de compras una gorra de jinete y un par de guantes, y dejé que un desolado señor Nelson se ocupara de abonar la cuenta.

—Su padre se pondrá furioso —murmuró mientras montábamos en el carruaje.

—No hay motivo para estarlo también nosotros, ¿no cree? ¡El tráfico de carruajes a esta hora es horrible! Eso significa que el trayecto será largo y no hay nada peor que compartirlo con un compañero amargado.

Horace estuvo de acuerdo y, durante un rato, hablamos de esto y de lo otro, de mis lecturas y del canto, en el que, dada mi escasa aplicación, todavía no había superado el nivel de «gran promesa».

—¿Y eso qué es? —me preguntó él un rato después al ver en mi mano una revista arrugada que tenía todo el aspecto de ser una *penny dreadful*, una de esas publicaciones llenas de historias truculentas que costaban un penique.

Se la pasé y él me dio a cambio un librito flamante que acababan de enviarle. Los libros eran una de las muchas pasiones ocultas del señor Nelson.

—*Erewhon* —leí en la cubierta.

El nombre del autor no figuraba y la idea de una obra publicada de manera anónima despertó inmediatamente mi curiosidad. Le pregunté a Horace de qué trataba el libro y me contestó, lacónico, que de un lugar inexistente.

—Y el título, señorita, ya lo anuncia —me reveló el señor Nelson —. Pero hay que poner mucha atención, porque, vea, es preciso leerlo al revés.

Y así, como por arte de magia, el exótico y misterioso nombre *Erewhon* se transformó ante mis ojos en *nohwere*, que, naturalmente, debía leerse como *nowhere*, es decir, «ningún lugar».

—¡Ingenioso! —convine.

Y, picada mi curiosidad por tanto ingenio, me sumergí en su lectura.

Estuvimos de vuelta al final de la tarde. Las largas nubes estriadas, empujadas por el viento, eran las únicas notas oscuras de un cielo por lo demás harto luminoso. Llegamos a casa después de varios embotellamientos en el caos londinense, pero con la satisfacción, totalmente mía, de haber hecho la mejor elección para salvaguardar mi dignidad.

Mientras el señor Nelson pagaba al cochero, me crucé con Paul Letrièvе, que salía de nuestro jardín con rostro ensombrecido.

—¿Todo bien, Paul? —le pregunté.

Él me miró, me sonrió inseguro y me respondió que sí, que todo iba bien, pero se apresuró a alejarse por la calle.

Me pareció de verdad extraño aquel comportamiento después de que, solo un día antes, hubiéramos trabajado juntos en el jardín de una manera completamente cordial.

—¡Paul! —lo llamé, y le repetí la pregunta.

—No ocurre nada, señorita Irene —me contestó él—. Salvo, quizá…

Esperé impaciente.

—Ese extraño mendigo…

Lo miré con ojos de asombro.

—¿Mendigo?

—No sé de qué otro modo llamarlo, señorita Irene, se me ha plantado delante hoy de forma totalmente inesperada —Paul Letrièvе extendió los brazos y luego los bajó—. Un hombre con una chaqueta raída y la cara tapada con un viejo harapo. Con voz ronca, terrible, me ha dicho…

Y, quién sabe por qué, mientras Paul se esforzaba por describirme la aparición inquietante de aquel desconocido, yo me estaba haciendo en la cabeza una imagen del todo distinta.

—Apuesto —lo interrumpí siguiendo el hilo de mi intuición— a que ese… mendigo te ha dicho que abandones esta casa y no vuelvas nunca a trabajar para nosotros arreglando el jardín, ¿no es cierto?

Los ojos de Paul se abrieron aún más, si era posible, y su rostro adquirió una expresión de desconcierto.

—¿Y usted cómo lo sabe?

No era muy difícil para quien conociera al bribón de Sherlock Holmes, especialista en disfraces; uno de sus preferidos era

precisamente el de mendigo, para el cual elegía los peores retales de ropa a los que podía echar mano.

Acerqué mi boca a su oreja y le susurré:

—No desistas, Paul. No es más que el viejo jardinero. Si te lo encontraras de nuevo, dile…

Y le susurré al oído algo que le hizo dar un respingo.

—¿Está segura?

—Segurísima —le dije como despedida, y corrí arriba a prepararme para salir a cenar.

Capítulo 9

PEQUEÑAS RIMAS PARA NIÑOS

—Bien, Sherlock —empecé diciendo al día siguiente en la Shackleton Coffee House—, cuéntanos todo.

Me sentía insólitamente descarada y muy satisfecha con mi estilo de amazona, como lo había definido Arsène solo unos minutos antes.

Ambos estábamos ya sentados en nuestros sitios cuando apareció Sherlock. Y los tres teníamos algo muy interesante que contar.

El orden de nuestras intervenciones, establecido por una costumbre para entonces bastante consolidada, me asignaba el papel de primera narradora, después venía Lupin y, por último, para sacar conclusiones —y para sorprendernos con algo del todo inesperado—, Holmes.

Me di cuenta de que Sherlock había notado en mí algo diferente de lo habitual, pero que, prudente, se había abstenido de hacerme ningún cumplido.

—¿Nada de disfraces de mendigo hoy? —le pregunté con ostentoso desinterés, y vi que se ponía rígido en su butaca.

Arsène nos miró, primero a una y luego al otro, y preguntó:

—¿Me he perdido algo?

—Nada importante —le contesté, divirtiéndome con el hecho de que, por una vez, tuviera yo el control de la situación.

Luego pasé a contar lo que tenía que contarles: mi cena en el Bingley's Hotel la noche anterior.

—No es mucho, en realidad —empecé—. El Bingley's es un restaurante magnífico y se come divinamente. Refinado, clientela adinerada y de mucha clase, ambiente un tanto frío, si queréis. Tuve que esperar hasta casi el postre para llegar al tema que me interesaba, o sea, *monsieur* Le Louffe, el chef. Está bien, pero todavía no ha vuelto al trabajo. Según parece, la flecha le traspasó el hombro justo encima del corazón. Unos centímetros más abajo y, en vez de un extraño suceso del todo inexplicable, estaríamos investigando un feroz homicidio con arma blanca.

—Le Louffe… —consideró Arsène—. ¿Qué más has sabido de él?

—Ese es el único elemento un tanto insólito. Había llegado hacía poco a Londres, y ese «hacía poco» significa menos de quince días. Por lo tanto, ninguno de sus colegas había tenido tiempo todavía de conocerlo. Todo lo que me dijeron de él es que ¡afirmaba saber preparar los mejores huevos a la parisina de todo París!

—No es poco —comentó Arsène—. Tenemos un nombre y unos huevos en la *cocotte*. Ahora solo tenemos que averiguar cuál de los clientes del local pidió recientemente huevos a la parisina… ¡y habremos descubierto el móvil y el culpable!

—Ya está hecho —lo asombré—. Y, por lo que parece, solo lo he hecho yo. No es exactamente un plato que cause furor y, en efecto, entre el pollo, el jamón, las setas, la lengua en salmuera y toda esa salsa… Bueno, no puedo decir que me haya gustado demasiado.

—*Okay* —dijo Arsène—. Así pues, por el lado del Bingley's, ¿estamos en un callejón sin salida?

—Algo por el estilo, sí —contesté.

Hasta entonces, Holmes se había quedado sumido en un completo silencio.

—Me toca, entonces —prosiguió Lupin—. Por mi parte, yo me he ocupado del furgón que hizo el transporte desde la casa de la moneda.

Mientras hablaba, nuestro amigo puso sobre la mesa, en medio

de los tres, una hoja arrugada en la que había dibujado un mapa muy rudimentario con gruesas líneas negras.

—Este es el recorrido habitual del furgón —nos explicó—. Por lo que yo mismo he verificado, se tardan veintidós minutos en llegar desde aquí hasta aquí —nos señaló el punto de partida en el mapa y luego el de llegada.

—¿Y cuánto tardó el furgón atracado hace tres días?

—Cinco más.

—¿Una calle bloqueada? —sugerí.

—Es lo que pensé. Y he ido a preguntarles a los cocheros. No ha sido difícil encontrarlos. Aquí —Lupin volvió a poner el dedo en el mapa, junto al punto de partida del carruaje— hay un *pub* donde esperan su turno. La casa de la moneda efectúa seis entregas diarias, a distintas horas. Y, al tener que esperar su turno, nada mejor que hacerlo delante de una cerveza.

—¿Y?

—No he hablado directamente con ellos —puntualizó Arsène—, porque en ese momento lo estaba haciendo ya la policía. Pero ya sabéis cómo son las cosas en un *pub*. Cuando se es cliente habitual…

—Los rumores corren —completé, y Arsène asintió.

—Exacto. Y el que corre sobre los dos cocheros que se dejaron robar es que aquí, donde la calle se estrecha, tuvieron que socorrer a una mujer joven que, según dicen, se encontraba tumbada boca arriba en el suelo justo delante del carruaje. Una mujer muy atrayente, por usar un eufemismo.

—No me lo puedo creer… —murmuré—. ¿Así que bajaron los dos para auxiliarla?

—Eso parece. Fue cuestión de minutos, pero, mientras, alguien extremadamente rápido, y con una copia de las llaves del furgón, sustrajo la caja sin que ellos se percataran siquiera.

—Pero ¿qué tenéis en la cabeza vosotros, los hombres? —solté con una carcajada.

—Es lo que están averiguando en Scotland Yard —respondió Lupin con una risita de lobo.

Llegados a ese punto, le tocaba a Sherlock Holmes.

Cuando nos habíamos repartido las tareas, él se había asignado la de indagar el misterio del telegrama y, si podía, hacer una

inspección en Turner Street para descubrir algo más sobre el encadenamiento del todavía misterioso y confundido marinero John (*The Times* informaba ese día de que, en el curso del interrogatorio, había seguido delirando como un loco).

Resultó que no había hecho ni una cosa ni otra. Y nos lo dijo con toda la tranquilidad de que era capaz.

—Bueno, Sherlock, no es así como debería actuar un trío compenetrado de aventureros —le reprochó Arsène.

—No he dicho que no haya hecho nada —precisó Sherlock, y en ese instante vi refulgir en sus ojos la satisfacción que anunciaba la revelación de una sorpresa.

Nuestro amigo se metió una mano en el bolsillo y sacó un librito infantil ilustrado.

Lo dejó entre nosotros, sobre el mapa de Arsène, y con su silencio posterior nos desafió a comprender por nosotros mismos por qué lo había hecho.

—Veamos —dijo Arsène. Cogió el libro y leyó el título en voz alta—. *Tom Thumb's Illustrated Alphabet* («El alfabeto ilustrado de Pulgarcito»). —Le dio la vuelta—. Cuesta un centavo.

Luego lo abrió. Estaba compuesto por unas pocas hojas de menos de diez centímetros de lado en las que se leía una larga composición ilustrada. Cada verso empezaba con una letra distinta del alfabeto, de la A a la Z.

—Ya lo entiendo —rio Arsène, pasando rápidamente las páginas —. ¡Por fin estás aprendiendo a escribir!

Luego me alargó el librito.

—*A was an Archer, who shot at a frog* (A era un arquero que disparó a una rana) —leí.

Miré a Sherlock.

—Un arquero.

Y él asintió en voz baja.

—¿Y la rana? —le pregunté.

—Ranas, *come ranas*… es el modo despectivo en que nos llaman los ingleses —murmuró Arsène, repentinamente serio—. Y el cocinero al que disparó el zapatero es, en efecto, francés.

—¿Y qué? ¿De veras este poemita tiene algo que ver? —pregunté, incrédula, y leí el verso siguiente—: *B was a Butcher, and had a great dog* (B era carnicero y tenía un perro grande).

Eso no me cuadraba, pero, entre tanto, la sonrisa de Sherlock se había hecho aún más pronunciada.

—Prueba con la S —me sugirió, complacido.

—¿Qué dice la S? —preguntó Arsène.

—*S was a Sailor, and spent all he got* (S era marinero y se gastó todo lo que tenía).

—¡Caramba! —exclamó Arsène.

—Pero ¿cómo se te ha ocurrido? —le pregunté a Sherlock.

—Oh, esta vez no es en absoluto mérito mío —se quitó importancia—, sino de mi hermana Violet. Siempre quiere que le cuente un cuento antes de dormirse y, cuando ayer le conté el suceso del arquero, me preguntó si era una de las historias del alfabeto de Pulgarcito.

—No voy a hacer comentarios sobre lo que le cuentas a tu hermana para que se duerma, Sherlock… —dijo Arsène—. Dejando eso aparte, nada que objetar. La coincidencia parece realmente increíble.

—Pero ¿por qué? —pregunté, incrédula—. Quiero decir, ¿quién tendría la idea de hacer algo así?

—Cierto —observó Arsène—, ¿qué gana con ello? A no ser el dinero de la casa de la moneda… —se corrigió.

—No creo que le interese tanto el dinero —replicó Sherlock— como el hecho en sí. Las monedas ya las había robado, si creemos en tu reconstrucción de lo sucedido a los dos cocheros. Por tanto, no tenía ninguna necesidad del resto de la puesta en escena. A no ser que lo más importante sea precisamente la puesta en escena.

—¿Y quién puede haber concebido una locura semejante como si fuera un espectáculo? —me pregunté.

—¡Eso es justamente lo que será divertido descubrir! —me contestó Sherlock como un niño delante de un escaparate de dulces.

—La hipótesis, por disparatada que sea, explicaría muchas cosas. Por ejemplo, la señorita que convenció a los cocheros para que bajaran debía de ser también una actriz, parte de la obra —dijo Arsène.

—Una comparsa, exacto —asintió Sherlock—. Como comparsas son también los dos culpables. —Me miró entonces—. A los que tú llamaste *culpables no culpables*: el zapatero de Shoreditch, que no sabe por qué lleva un arco al hombro, y el marinero John, que

delira encadenado a una caja de monedas vacía. Todos parecen comparsas de una extravagante representación teatral que tiene por texto esta composición para niños —sacó en conclusión Sherlock, señalando el librito ilustrado de pocas páginas. Y continuó—: No puedo saber el motivo, pero así, a bote pronto, parece una especie de juego. Una tomadura de pelo.

—Una tomadura de pelo bastante peligrosa —opinó Arsène—. El cocinero está vivo por centímetros.

—Y la caja ha sido robada de verdad —añadí yo.

—Una tentativa de homicidio y un robo, sí —murmuró Sherlock, exaltado—. Por lo tanto, lo que realmente debemos preguntarnos es… ¿quién será el siguiente?

Cogió el libro ilustrado, se puso en pie como un actor shakespeariano y declamó impostando la voz:

A was an Archer, who shot at a frog,
B was a Butcher, and had a great dog
C was a Captain, all covered with lace,
D was a Drunkard, and had a red face.

E was an Esquire, with pride on his brow,
F was a Farmer, and followed the plough.
G was a Gamester, who had but ill-luck,
H was a Hunter and hunted a buck. **[1]**

En ese momento, Arsène se levantó delante de él y Sherlock le pasó el librito para que continuara:

I an Innkeeper, who loved to carouse,
J was a Joiner, and built up a house.
K was King William, once governed this land,
L was a Lady, who had a white hand.
M was a Miser, and hoarded up gold,
N was a Nobleman, gallant and bold.
O was an Oyster girl, and went about town,
P was a Parson, and wore a black gown. **[2]**

Me reí. Y Arsène, con una cómica reverencia, me llamó a

nuestro escenario improvisado. Me puse en pie, cogí el librito y leí con mi mejor entonación:

Q was a Queen, who wore a silk slip,
R was a Robber, and wanted a whip.
S was a Sailor, and spent all he got,
T was a Tinker, and mended a pot.

U was a Usurer, a miserable elf,
V was a Vintner, who drank all himself.
W was a Watchman, and guarded the door,
X was Expensive, and so became poor. **[3]**

Entonces nos juntamos los tres, como un coro, y leímos juntos los últimos versos:

Y was a Youth, who did not love school,
Z was a Zany, a poor harmless fool. **[4]**

—¡A la salud de esos jóvenes de ahí! —exclamó un cliente de la Shackleton, levantando divertido su jarra de cerveza. Y nosotros nos inclinamos, igual de joviales.

Pero luego, tras sentarnos, nos miramos el uno al otro y, en particular, Lupin y yo miramos a Sherlock con cierta inquietud.

—Sí —comenté—. ¿Quién será el siguiente?

—¿Tú lo sabes? —le preguntó Arsène a nuestro amigo de gran intuición.

—No tengo ni un solo elemento para poder preverlo —respondió él—. Pero tengo una media idea para hacerle saber a nuestro amigo que hemos descubierto su juego. Y para ver cómo reacciona.

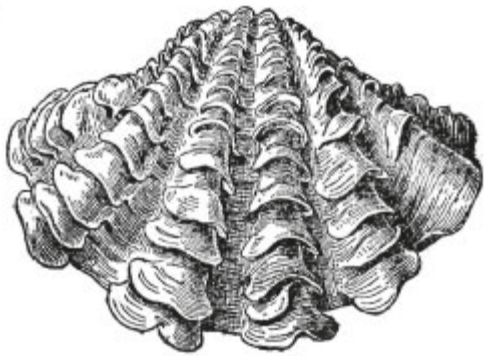
Nos miró con atención.

—¿Y cuál es? —le pregunté.

—¿Cuántos chelines podemos gastarnos entre todos? —repuso él.

Capítulo 10

GRANOS DE ARENA



La columna de anuncios de *The Times*, era llamada comúnmente *agony column*, «la columna de la agonía», iba acompañada con el dibujo de una viejecita que se ofrecía a responder, con fríos consejos, a los anunciantes. Publicar el alfabeto de Pulgarcito con la pregunta: «¿A quién le tocará esta vez?», y que firmamos «Los tres huérfanos», nos costó tres chelines.

La empleada responsable de los anuncios no nos hizo preguntas. Cogió el texto y los chelines, y nos aseguró que todo aparecería publicado en la edición del día siguiente.

Y así fue.

El poemita ocupaba casi la mitad de la columna y a nosotros, que habíamos mandado publicarla, nos parecía el elemento más vistoso de todo el periódico. Y estábamos seguros de que también lo vería el misterioso personaje que estábamos buscando. Las otras noticias, en comparación, nos parecieron del todo irrelevantes.

No nos vimos aquel domingo; preferimos, cada uno por su cuenta, pasar de otra manera aquel día de espera. Yo hice que me llevaran a clase de canto, y canté mejor que muchas otras veces. Del resto del tiempo, pasé una media hora en compañía de Paul en nuestro nuevo jardín. Había plantado la glicinia contra el muro de

la casa, había construido un rudimentario emparrado, había arreglado las flores y buena parte de la pradera y ahora se estaba dedicando a los árboles más grandes. Me explicó cómo quería podarlos para que no se taparan los unos a los otros y, después, cómo obtener la ilusión óptica de mayor profundidad en nuestro jardín, disponiendo con cuidado plantas oscuras y claras. Como ya me había ocurrido la vez anterior, estar sentada en el jardín e imaginar el panorama, las nuevas flores y los árboles bien podados me reconfortó e hizo que pensara en ese mundo tranquilo, delicado, pero también concreto, que crecía en torno a mí sin que antes me hubiera dado cuenta. Me sentí agradecida, y me senté a cenar con el corazón ligero. Sabía que aquel día no habría grandes novedades ni respecto al zapatero, que de hecho seguía negando el haber ido nunca al barrio del
Bingley's
Hotel, ni respecto al marinero John. Al día siguiente descubriría, por Arsène (que, a saber cómo, había encontrado la manera de recabar información incluso en su día de trabajo en el cementerio), que el misterioso John tenía apellido, Glennson, y una muñeca rota, dado que había sido imposible encontrar la llave para abrir la cadena con que estaba atado a la caja del botín y habían procedido a romperla a fuerza de martillazos. Arsène me contaría también que Glennson sostenía que no había robado nada y, por lo tanto, no tenía cómplices de ninguna clase. Pero un testigo afirmaba que lo había visto la tarde del robo en
Victoria's
Court, en la zona de Eliza, donde había un famoso fumadero de opio; y, en efecto, el estado de confusión en que había sido hallado al día siguiente concordaba bien con alguien que hubiera pasado una noche entre el humo de alguna misteriosa droga oriental.

Pero el lunes por la mañana, en cambio, cuando me desperté no fueron aquellas mis primeras preocupaciones. Todavía en camisón, birlé el ejemplar de *The Times* de la tabla de planchar en la que la señorita Fowler lo alisaba para que lo leyera mi padre y me apresuré a buscar, en la columna de la agonía, alguna réplica de nuestro señor don nadie.

Leí uno a uno los anuncios con creciente desilusión. Iban de una petición de ayuda para achicar el agua de una casa inundada a una

inserción que hablaba de una casita gris entre rocas, pasando por un par de corazones destrozados que buscaban a la amada y por una señora que pedía soluciones para combatir el insomnio.

—¿Todo bien, señorita Irene? —me preguntó el señor Nelson, que me sorprendió mientras daba vueltas por el pasillo con la cara pegada a las páginas.

—¡No lo sé! —le contesté, entregándole el periódico y corriendo a cambiarme.

Verdaderamente no lo sabía.

Como la Shackleton Coffee House aún no había abierto, me metí por las callejuelas de la parte trasera en dirección al apartamento de Arsène. Al llegar a Marshall Street, desde la calle lo oí reír a través de la ventana abierta de par en par. Y lo llamé.

Él se asomó, me saludó y me invitó a subir. Lo hice, si bien con algún titubeo. La última vez que lo había hecho había acabado entre sus brazos (aunque no obligada, para ser sincera).

Pero, puesto que aquella mañana tenía compañía, estaba segura de que no nos veríamos en una situación así.

Lupin estaba hablando con tres chicas, a las que encontré sentadas en su habitación, sobre una gran alfombra persa. Arsène nos había contado que se la había encontrado en la calle, literalmente, y ni Sherlock ni yo habíamos osado nunca poner en duda su versión, entre otras razones porque parecía estar muy orgulloso.

—¡Irene! —Me recibió, y me hizo entrar—. Permite que te presente a Charlotte, Ninette y…

—Rebecca —completó la última de las tres chicas.

Las saludé un tanto recelosa. El aire olía a perfume barato y las tres parecían tener algún año más que nosotros, sin por lo demás poseer el aspecto de tres distinguidas damas londinenses.

—¡Figúrate qué coincidencia! —me contó Arsène, radiante—. Estas amigas mías son bailarinas en el Western Lyon, un local de Strand, y mientras hablaba de esto y de lo otro con Charlotte ayer por la noche, salió a colación un detalle muy curioso.

—Puedo imaginármelo —comenté con frialdad.

—Escucha esto: el jueves pasado, un desconocido le ofreció una libra por hacerse pasar por una señora en graves dificultades poco antes del paso de un carruaje. De cierto carruaje.

Lo miré.

—Júralo.

—Se lo puedo jurar yo misma, señorita —intervino Charlotte—. ¡Una libra entera!

—¿Y quién era aquel hombre?

—Nunca lo había visto —respondió Charlotte, que luego miró a sus amigas.

—No, yo tampoco.

—No es un cliente del Lyon.

—Tendría más o menos nuestra edad —continuó diciendo Charlotte, poniéndome en apuros sin querer, porque yo no conseguía de ninguna manera atribuirle una edad precisa (¿veinte años?, ¿veinticinco?)— y llevaba un sombrero calado hasta los ojos que no se quitó ni siquiera dentro del local.

—Llegó casi a la hora de cierre —dijo Rebecca—. El espectáculo ya había terminado.

—¡Y fue derecho a ver a Charlotte! —asintió Ninette—. La suertuda de siempre…

Miré a Lupin, que parecía muy satisfecho con su descubrimiento, y traté de darle a entender que se acercara. Lo hizo y, a media voz, de forma que las tres chicas que invadían su casa no pudieran oírnos, le pregunté:

—¿Has visto el periódico de hoy?

—No. ¿Nos ha contestado?

—No estoy segura —le dije—. Pero diría que no.

—Mmm… —musitó él—. Espera para afirmarlo. Para ciertas cosas, siempre es mejor confiar en el ojo de Holmes.

—Sí. Mientras que para todas las demás, en cambio… —comenté mientras las tres bailarinas reían detrás de nosotros.

—¡Está Arsène Lupin! —remató él, divertido.

Holmes bajó de pronto su ejemplar de *The Times*. Parecía más contento que unas castañuelas.

—Pérfidamente genial —fue su único comentario.

Lupin y yo, sentados sobre la hierba de Hyde Park, nos miramos.

—Según tú, ¿ha respondido o no? —le preguntó Arsène.

—Por supuesto que ha respondido —dijo él—. Pero de una manera pérfidamente sutil. ¡Señores, les anuncio que nos las vemos con una auténtica mente genial!

El asunto parecía hacerlo en extremo feliz. Percibiendo nuestra vacilación, Holmes nos puso delante la columna de los anuncios, la misma que yo había leído aquella mañana en el periódico de mi padre.

—No es el anuncio de la casa inundada —dije.

—Y tampoco los corazones destrozados —añadió Arsène.

—Es la casa entre rocas —explicó Sherlock—. Y nuestro hombre nos envía un mensaje muy sutil.

—¿Un anuncio de una casa? —pregunté—. ¿Qué nexo puede tener con el alfabeto de Pulgarcito?

—Fijaos en las iniciales con que firma el anuncio —dijo Sherlock.

—M. G. —leí.

—Exacto. He ahí el nexo con nuestro anuncio. Pulgarcito es el protagonista de un cuento muy popular, y una de las versiones más famosas es la de Charles Perrault, que apareció en una conocidísima antología que tengo en casa, uno de los libros favoritos de mi hermana Violet, *The Tales of Mother Goose*, («Los cuentos de mamá Oca»).

—M. G. ¡Como *Mother Goose*! —exclamé.

—¿Y hay algún cuento de mamá Oca que hable de una casa gris entre rocas? —preguntó Lupin.

—No exactamente —contestó Sherlock—. Pero, hojeando el libro, he encontrado una adivinanza que viene al caso: *I leave my rock and my grey little house / only to meet a rich man's spouse* [5]. ¿Cuál es la solución? —nos retó Holmes con un centelleo en los ojos.

—Alguien deja su casa entre rocas para conocer… —rumié.

—A la mujer de un ricachón. ¿Un amante pobre pero guapo? —aventuró Lupin.

—¡Arsène! —lo reprendí, fingiéndome escandalizada.

—Agua, agua… —comentó Holmes, que se estaba divirtiendo—. Y a propósito de agua, bueno, os lo diré yo: la casa gris entre rocas es una concha y la solución de la adivinanza es… una perla. Nuestro amigo nos está diciendo que busquemos una perla, y la perla, bueno, es una concreción que se forma cuando un grano de arena entra en la concha de una ostra.

—*O is an Oyster girl* —recordó entonces Arsène—. ¡En el

alfabeto de Pulgarcito hay una vendedora de ostras!

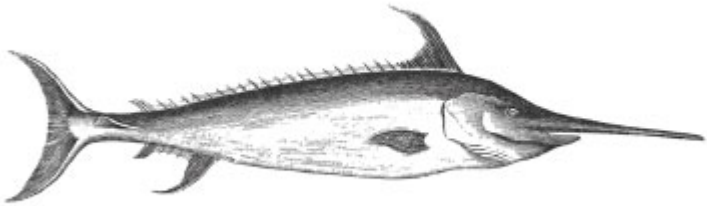
—Correcto —sentenció Sherlock, juntando las manos frente a su cara—. En Londres hay vendedoras de ostras en las calles de los barrios más populares de la ciudad. Afortunadamente para nosotros, no obstante, se abastecen todas en un único lugar.

—En el mercado de pescado de Billingsgate —murmuré yo.

—Y puesto que, por lo general, el mercado de pescado abre antes del amanecer, ¡podría ser ya demasiado tarde! —concluyó Sherlock Holmes, y se puso en pie.

Capítulo 11

LOS VENDEDORES DE OSTRAS



Nunca había estado en Billingsgate hasta entonces, pero había oído hablar del lugar las raras veces en que mi padre le pedía al señor Nelson que fuera a comprar algo de pescado para la cena. Leopold, como buen prusiano, prefería consistentes carnes asadas y generosos estofados, pero de vez en cuando solicitaba para comer algún filete de lenguado, un plato delicado que le recordaba a su amada Geneviève.

Por lo que respectaba a las ostras, en todo caso, Sherlock tenía razón: si cuando escribo están consideradas un manjar destinado a los refinados paladares de los más ricos, en aquella época, en Londres, esos moluscos eran comida de pobres y se vendían por unas monedas en las calles.

El mercado de Billingsgate se encontraba en la extrema periferia oriental de la ciudad y empezamos a oler a pescado cuando aún estábamos lejos de los muelles y solo veíamos las primeras casetas de madera de los pescadores, adosadas a un gran edificio cuadrado de aspecto imponente, con una columnata que daba directamente al Támesis.

Pasadas las grandes puertas de entrada, se accedía al mercado propiamente dicho, una extensión de puestos y cajas de peces colocadas unas junto a otras en el patio interior del recinto. En el nuevo proyecto arquitectónico para la ampliación del mercado, toda la superficie estaría cubierta con un techo de vidrio para que los pescadores pudieran vender y comerciar todos los días del año,

pero, cuando llegamos nosotros, parte del techo estaba cubierta aún por una tupida red de andamios y al vocerío de los vendedores se superponía, en un caos indescriptible, el de los albañiles, encaramados allá arriba como monos.

No sabría decir qué me impresionó más, si el ruido de aquellos cientos de personas pregonando el precio de las distintas cajas de pescado que habían traído consigo o el olor que impregnaba el aire. Por el patio corrían ríos de líquidos densos y negros en los que flotaban cabezas cortadas de peces, tentáculos, escamas y jirones sanguinolentos de quién sabía qué criaturas marinas. Hombres y mujeres vestidos con andrajos y delantales mugrientos, el rostro marcado por el mar y el viento, el pelo estropajoso por la sal, con pendientes y tatuajes, las manos cortadas por las escamas del pescado, se movían entre las cajas y las redes tiradas en el suelo, en su mayoría descalzos. Alzaban grandes merluzas metiéndoles las manos en las branquias y enseñaban los ojos vívidos, pero ya inmóviles, de los peces.

Frente a ellos, regateando chelín a chelín, la servidumbre de las casas burguesas, los cocineros de los restaurantes y algún excéntrico aristócrata con su bastón en busca de lo hórrido y lo desagradable.

—Venid conmigo —dijo Arsène Lupin cuando nos zambullimos en aquel infierno. Y nos guio, con cierta habilidad, hasta la zona de los vendedores de moluscos, la más próxima a los andamios de los obreros ocupados en los trabajos del techo.

Montañas de ostras estaban apiladas en el suelo en pirámides inestables de las que los vendedores ambulantes sacaban las manos llenas para abastecer sus cestos, bajo la mirada huraña de los patrones de los pesqueros.

También Arsène compró por un penique una ostra tan grande como un puño. Separó el molusco de la concha con un movimiento de navaja y lo dejó resbalar por su garganta en un solo gesto.

—*Excellente!* —exclamó en francés—. ¡El sabor de casa por fin!

Descubrimos que la mayor parte de los vendedores ambulantes de ostras eran hombres, mientras que tras los grandes puestos a los que llegaba la mercancía directamente de los barcos atendían solamente mujeres. Conté cinco.

—¿Tú crees que el mensaje se refiere a una de ellas? —le pregunté a Sherlock.

—Este es el lugar en que se comercian casi todas las ostras que luego terminan vendidas por la ciudad, y está lleno de mujeres —respondió mi amigo, pensativo—. Si nuestro amante de los acertijos ha querido desafiarnos, tal como creo, en su mensaje se estaba refiriendo a un lugar bien preciso. ¡Y hasta apostaría un ojo a que es este! —dijo para terminar.

Así pues, si Sherlock tenía razón, aquel extraño «desafío» tendría lugar allí, entre el vocerío de la multitud y el hedor a pescado.

Aquel pensamiento aceleró los latidos de mi corazón. Asentí con un ademán de la cabeza y miré a mi alrededor.

En vista de la cantidad de gente que abarrotaba el mercado pese a lo avanzado de la mañana, habríamos podido quedarnos allí, quietos, observando el ir y venir sin que nadie reparara en nosotros. Pero, si hacíamos eso, no encontraríamos a nuestro misterioso anunciante.

Esa era la cuestión. ¿A quién buscábamos exactamente?

La única información que teníamos era la que nos había proporcionado la bailarina, Charlotte: un joven con el sombrero echado sobre los ojos. Prácticamente un joven cualquiera entre el centenar que pasaba a nuestro lado, gritando e imprecando. Podía ser uno de los pescadores, o un cliente. Un cocinero, un sirviente, un mayordomo. Cualquiera.

Decidimos dividirnos, pues, para patrullar mejor la zona y nos colocamos a cierta distancia uno de otro, aunque sin perdernos de vista.

Transcurrió una hora. Y luego otra, sin que ocurriera nada particular. Arsène descubrió, justo a la salida del mercado, un puesto en que freían minúsculos pececitos y los servían en cucuruchos de papel de periódico. Compró tres y nos los trajo. Estaban calentísimos y, aunque no sabía muy bien qué estaba comiendo, los encontré deliciosos. Devoramos el pescado frito con la espalda apoyada en uno de los pilares que sostenían la galería superior. El aire era caliente, pero el olor penetrante del mercado, pasados los primeros minutos, se había vuelto más soportable.

—Podríamos pasarnos aquí todo el día… —murmuré desconsolada, metiendo la mano en el cucurucho pringoso.

—Y puede que no bastara —observó Sherlock, que seguía recorriendo con la mirada la bulliciosa humanidad que nos rodeaba.

—Quizá nosotros no podamos verlo a él, pero él podría habernos visto a nosotros.

—¿Y cómo sabría que nosotros somos nosotros? —le preguntó Arsène.

—Firmamos nuestro anuncio como «Los tres huérfanos» —dijo Sherlock—. Y mientras estemos aquí juntos, charlando entre nosotros, creo que llamamos la atención tanto como un ciruelo en medio de un pinar.

—¡Eres un poeta! —lo felicitó Arsène.

Pero Sherlock tenía razón. Volvimos a dividirnos sin perdernos de vista.

¿Sería el hombre con sombrero que acababa de bajar de aquel carruaje? ¿Alguno de los barrenderos quizá? No dejaba de cruzar miradas, escrutar caras, saltando sin cesar de una a otra, indecisa y fascinada. Con el paso de las horas, muchos pescadores se habían ido después de haber agotado sus capturas y los barrenderos intentaban ganarles la partida a los líquidos con largas escobas de sorgo y enormes cubos de agua, que vertían en torno a ellos con ruidoso fragor.

—¿Señorita Irene? —me preguntó en determinado momento una voz familiar pero totalmente inesperada.

Y, al volverme, me encontré cara a cara con el señor Nelson.

—¿Qué hace usted aquí? —me preguntó el mayordomo de mi casa.

—¿Y usted? —le pregunté para ganar tiempo, aunque la respuesta resultaba bastante evidente por el envoltorio de papel parduzco bien a la vista en la gran canasta que llevaba consigo.

Y él la levantó para contestarme.

—Lenguados para freírlos con mantequilla y servirlos con patatas *à la duchesse* esta noche, señorita Irene, tal como ha pedido su padre. Mientras que usted…

—Yo he venido a dar una vuelta —le dije—. Me ha entrado cierta curiosidad por las zonas de Londres que menos conozco.

—Por supuesto —dijo él, y luego miró a su alrededor—. Y apuesto a que sus inseparables amigos han sentido la misma curiosidad. ¿Dónde están ahora?

—Por aquí.

Era inútil mentir. En más de una ocasión, el señor Nelson había

participado en nuestras investigaciones. Y más de una vez también no solo había tenido la boca cerrada, sino que nos había ayudado en momentos muy delicados (o, por decirlo de una manera menos elegante pero verdadera, ¡nos había salvado el pellejo!). Sabía muy bien, digamos, en la clase de problemas en que nos gustaba meternos a mis amigos y a mí.

—¿Acaso está siguiendo una de sus… pistas, señorita Irene? —me preguntó él, de hecho, al notar mi turbación.

—Es posible —reconocí.

—¿Y puedo saber de qué se trata?

Lo miré, indecisa sobre lo que confiarle y lo que no. Siempre había tenido la sensación de que el señor Nelson sabía mucho más de mí y de mis aventuras de lo que confesaba y con frecuencia me había preguntado si a aquel hombre fuerte, inquebrantable y tan fiel lo había puesto mi padre a mi lado para que se ocupase de mi integridad. Con discreción, pero con firmeza, interviniendo cada vez que hiciera falta.

Y nunca había logrado darme una respuesta clara.

—Tal vez haya leído en el periódico el caso del marinero John —empecé a decir mientras me encaminaba hacia el puesto de las ostras.

—¿El misterioso robo del ladrón encadenado? —replicó el señor Nelson, reconociendo al instante el suceso del que yo hablaba. Luego, como para darme la oportunidad de proseguir, añadió—: Algo he leído…

—Pues bueno, hemos venido aquí para echar un vistazo.

—¿Piensan que el marinero John es un pescador?

—¿Acaso no lo son todos?

—No exactamente, no —respondió el señor Nelson, que se puso delante de mí y me tapó la visión del puesto de los moluscos.

En aquel preciso momento oímos el chillido. Una mujer se desplomó al suelo y rodó sobre una de las pilas de ostras, que se desparramaron a su alrededor con un siniestro ruido como de huesos rotos.

—¡No! —grité desconcertada. Empujé al señor Nelson y corrí hacia ella. No estaba más que a diez pasos de mí. ¡Y yo no había visto nada!

Con el rabillo del ojo comprobé que también mis amigos corrían

en aquella dirección.

Me agaché sobre la desventurada, que gemía de dolor.

—Ánimo, señora —le dije, tratando de reconfortarla.

El señor Nelson, como una sombra, se acuclilló a nuestro lado y, con extrema delicadeza, le dio la vuelta para que pudiese mirarnos. Era una de las cinco mujeres que trabajaban en el gran puesto de las ostras, la reconocí de inmediato, y observé que se apretaba el abdomen con la mano. Sus dedos estaban sucios y ensangrentados, y la tela del vestido tenía una mancha oscura. Sollozó y gimió, musitando unas palabras que no pude entender. Alguien cerca de nosotros gritó:

—¡Llamen a un médico! ¡Un médico! ¡Hay una mujer herida!

Levanté la cabeza y miré alrededor, buscando con los ojos a Sherlock y a Arsène, que esperaba encontrar a nuestro lado. No los vi, pero, al oír ruido de pasos sobre tablones, levanté los ojos hacia los andamios.

«¡Pues claro! —me dije—. ¡Los andamios!». Nuestro hombre ni siquiera se había tomado la molestia de mezclarse con la clientela del mercado, se había quedado escondido allá arriba esperando el momento de actuar.

Vi correr dos sombras sobre el andamiaje y reconocí a mis dos amigos. Luego vi subir a Lupin como una araña de una altura a otra, velocísimo. Más arriba aún, pero solo por un instante, me pareció distinguir una tercera sombra que se asomaba desde el techo y luego desaparecía.

—Ánimo… —murmuraba entre tanto Horace a la señora herida, ayudándola a tumbarse en el suelo con manos cuidadosas pero seguras—. No se mueva, y ya verá como todo irá bien.

Mi mirada se cruzó con la de la desafortunada y me sentí tremendamente culpable por no haber conseguido impedir todo aquello. Y además, mientras miraba en torno mío, desolada, vi centellear entre las conchas la hoja de un puñal manchada de sangre.

Sin pensármelo dos veces, lo cogí y me lo metí en el bolsillo.

Y Horace, el único que podía haberme visto hacerlo, no dijo nada.

Capítulo 12

UNA ESTRELLA MISTERIOSA

—¡Se me ha escapado! —exclamó Arsène Lupin, furibundo—. ¡No lo puedo creer, pero se me ha escapado!

—Pero ¿lo has visto al menos? —le pregunté.

—¿Visto? ¡Claro que lo he visto! ¡He visto a un obrero encaramándose al techo y luego bajar por el lado opuesto gracias a una polea y una cuerda que tenía preparadas!

Arsène caminaba de acá para allá en nuestro salón como un animal enjaulado.

—¡No me había dado tiempo a alcanzar la cuerda cuando la ha cortado del otro lado y se ha esfumado! ¡Plof! Entre el resto de la gente, como si nunca hubiera existido.

Sherlock lo escuchaba inmóvil, sentado a la mesa e inmerso en sus elucubraciones. No cabía duda de que había tenido toda la razón al decir que iban a desafiarnos.

Había sucedido, y habíamos sido vencidos.

Vencidos por un jugador astuto que había planificado aquel enésimo golpe de efecto con increíble precisión. Y que daba muestras de poseer, aparte de una mente brillante, unas excelentes dotes atléticas. Una inteligencia que rivalizaba con la de Sherlock y una agilidad que igualaba la de Lupin.

No parecía faltarle de nada… A no ser, obviamente, por el toque femenino. Y quizá este pudiera resultar de fundamental importancia, o al menos eso me gustaba pensar.

—Queda el hecho de que también esta vez ha orquestado una puesta en escena, y que no ha matado a nadie —intervine, observando el puñal que había herido a la vendedora de ostras. Lo habíamos dejado, bastante descuidadamente, sobre la bandeja de plata de la vajilla de casa.

—El espectáculo era para nosotros —murmuró Sherlock, sombrío—. No le interesaba matar a nadie. Como con el arquero. Y con el marinero. No busca el delito. Le interesa la forma del delito. Es como… —Sherlock paseó su mirada por los cuadros colgados de las paredes de la sala: vistas elegantes, naturalezas muertas y retratos de antepasados de mi padre—. Es como un artista del crimen. Lo hace como si fuera una forma de arte.

—Da escalofríos… —comenté.

—Pero eso, en todo caso, no explica por qué lo está haciendo —observó Arsène, y se cruzó las manos sobre el pecho.

—¿Qué es lo que busca un artista? —se preguntó Sherlock en voz alta.

—Hacer una gran obra —respondió Lupin.

—Quiere que lo vean —respondí yo por mi parte.

Holmes me apuntó con el dedo.

—Hacerse notar —dijo—. Quiere que alguien se fije en él.

—¿Nosotros? —preguntó Arsène.

—No —negó Sherlock—. Nosotros no tenemos nada que ver con su obra. O, mejor dicho, ahora nosotros también tenemos que ver con ella, pero no estábamos previstos. Hemos atraído su atención hacia nosotros publicando el alfabeto de Pulgarcito en *The Times* y luego hemos sido tan tontos como para dejarnos ver en el mercado de pescado. Teníamos una ventaja sobre él: no nos conocía. Mientras que ahora, en cambio…

—¿Deberíamos estar asustados? —pregunté.

—Depende de su plan y de su verdadero fin —dijo Sherlock, encogiéndose de hombros—. Si es como imagino, se divertirá solamente haciéndonos asistir al espectáculo, al menos mientras no nos considere espectadores demasiado molestos.

—¿No crees que habrá recelado al vernos en el lugar?

—¿Y por qué? ¿Es que le hemos impedido de algún modo hacer lo que quería? Ha herido a la mujer y ha huido sin que lo detuvieran, por los andamios, exactamente como tenía previsto hacer. Puede que con un poco más de prisa a causa de Lupin. Pero la pregunta es más bien cuánto tiempo llevaba allí, estudiándonos. Nos habrá visto acercarnos a los puestos, hablar entre nosotros, dividirnos, espiar el mercado, comer juntos, dividirnos otra vez… ¿Qué habrá pensado de nosotros?

—Dínoslo tú —dijo Arsène.

—Aficionados —suspiró Sherlock—. Los «tres huérfanos» no son más que tres chiquillos que están jugando a ser investigadores. Se habrá desilusionado, en mi opinión. Creo que esperaba haber sido descubierto por otra persona, no por nosotros.

—¿Y quién sería esa persona? ¿Scotland Yard?

—Eso no lo sé —admitió Sherlock—. Pero estoy seguro de que, si conseguimos saberlo, averiguaremos también a quién buscamos.

—Y, a lo mejor, dónde buscarlo.

—Oh, dónde buscarlo es sencillo —murmuró nuestro amigo, señalando la ventana—. Está aquí. En Londres. Quizá mucho más cerca de lo que pensamos.

—El té, señores —nos interrumpió en aquel momento el señor Nelson, entrando en el salón. Sostenía una bandeja en la que bufaba vapor una colosal tetera de porcelana blanca.

—Gracias, Horace —respondí, haciendo hueco en la mesa.

Arsène acercó su silla y se colocó frente a Holmes.

—Gracias —dijo este último—. Nada de azúcar. Ni leche. Ni limón. Así está bien.

El señor Nelson le sirvió, luego rodeó la mesa por el lado largo.

—¿Han tenido ocasión de hablar ya del asunto el señorito Holmes y el señorito Lupin? —preguntó mientras.

—Bastante, Horace —le respondió Arsène.

—¿Y de qué han hablado exactamente? —siguió diciendo el mayordomo.

—Del… ¿cómo llamarlo? De ese artista del crimen, de ese titiritero que se está valiendo de un poema infantil para que, según Sherlock, se fijen en él.

—¿Y usted qué opina, señorito Lupin? —insistió Horace.

—Que es veloz.

—A menudo, la velocidad es un defecto en las creaciones artísticas.

—Muy cierto, señor Nelson —estuvo de acuerdo Arsène.

—A no ser que el creador no sea un verdadero genio —se inmiscuyó Sherlock—. En tal caso, la velocidad es un arma más en su posesión.

—Bueno, para ser precisos, ha dicho usted la palabra mágica, señorito Holmes: arma —dijo el señor Nelson, parándose delante de mí—. ¿Ya han hablado del hexagrama de la empuñadura?

Lo miré, pasmada. ¿De qué estaba hablando Horace?

Sherlock, en cambio, saltó de su silla como si lo hubiera picado un escorpión.

—No he podido observarlo detenidamente cuando la señorita Irene se lo ha guardado —prosiguió el señor Nelson con un aire altanero que me resultó irritante—. Pero me parece haber identificado un extraño dibujo en el puño. Ahí está, ¿lo ve, señorito Holmes? ¿No le parece también que se trata de un motivo ornamental bastante raro? Diría que añadido a propósito al puñal para hacerlo, de algún modo, único.

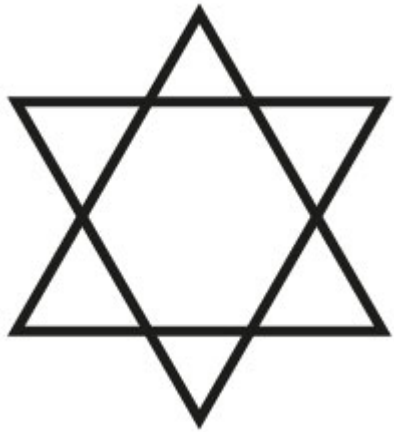
Sherlock Holmes había cogido el puñal con una servilleta para no alterar ninguno de los minúsculos detalles que podría percibir con un examen profundo, examen que ciertamente tenía intención de hacer. Pero, sin duda, el señor Nelson se le había adelantado.

—Un hexagrama… —murmuró, poniéndolo a la luz—. ¡Es realmente un hexagrama!

Yo tenía dos opciones. La primera era admitir, para disimular, que había tenido conmigo el puñal durante todo el tiempo que habíamos tardado en refugiarnos en casa de mi padre y que luego lo había dejado sobre la bandeja sin haber visto el hexagrama grabado en la empuñadura. Y la segunda, quizá peor, era admitir también que no tenía ni la menor idea de qué era exactamente un hexagrama.

—Es esto —me dijo Sherlock, como si me hubiese leído el pensamiento.

Me enseñó una estrella de seis puntas formada por dos triángulos idénticos que se cruzaban.



—Es una estrella —murmuré.

—Una estrella peligrosa en ciertos aspectos —observó Sherlock.

—Y, según vosotros, ¿qué significa? —pregunté.

Sin contestar, Sherlock le pasó el cuchillo a Arsène, y Arsène al señor Nelson, que lo rechazó cortésmente.

—Si me permiten un consejo, señores… —dijo entonces nuestro mayordomo.

—Lo sé, Horace —lo interrumpí—. Y tienes toda la razón. Deberíamos mantenernos apartados de esta historia.

Él sonrió, apoyando la espalda en una jamba de la puerta.

—Bébanse el té antes de que se enfríe —dijo finalmente con sonrisa socarrona.

Capítulo 13

EL PRINCIPIO Y EL FINAL

El silencio de la biblioteca del Museo Británico era un silencio muy particular, distinto de los demás silencios que había oído en el curso de los años. Solo lo alteraba un leve murmullo de pasos, de hojas vueltas, de toses respetuosamente apagadas. El ruido de la sabiduría del mundo. Calmado, constante.

Subimos los peldaños acompañados por el eco de nuestras pisadas y los insólitos vuelcos de mi corazón. Tenía miedo, es inútil ocultarlo, y solo la presencia de Sherlock y de Arsène a mi lado me ayudaba a tranquilizarme. No era la primera vez en mi vida que me sentía así, pero aquel día, después del suceso en el mercado de pescado, me volvía con frecuencia a la cabeza la sombra de nuestro misterioso adversario asomándose desde el techo como para mirarme. No sabíamos nada de él, no teníamos ningún nombre, ni una cara, nada. Pero sabíamos que lo habíamos desafiado en un juego que no era el nuestro, y que él había aceptado el reto. Me agarré del brazo de Sherlock y del de Arsène al otro lado y subimos

por la escalera hasta el mostrador de la entrada.

Como el museo, la biblioteca era inmensa y emanaba ese aire imperial que sus arquitectos se habían esforzado en conferirle. Me habría atemorizado incluso si hubiese entrado un día cualquiera, pero aquella tarde bastaba una mirada un poco demasiado prolongada de un hombre con sombrero para que me sobresaltara.

—Quisiera consultar el *Tratado sistemático de simbología* del señor Bushwop —solicitó Sherlock Holmes al altivo hombrecillo que nos atendió.

Lo seguimos a una sala, donde pareció orientarse a la perfección entre cientos de estanterías en apariencia iguales y entre las que se detuvo para entresacar tres voluminosos tomos encuadernados en cuero amarillento. El hombrecillo nos acompañó luego a una mesa de lectura y allí nos dejó, bajo la luz inclinada de una gran ventana.

Lo vimos luego atrincherarse detrás de su pequeño escritorio, desde el cual nos lanzaba de vez en cuando perezosas miradas para vigilarnos.

Estábamos en una sala forrada de *boiseries* casi hasta el techo de bóvedas de crucería. Con cada paso, con cada movimiento, todo parecía crujir: el suelo de madera, las sillas, la mesa, las propias paredes. Era un museo dentro del museo. El reino de la carcoma.

Nos sentamos uno al lado del otro y, mientras alguien cerraba una puerta lejana y la luz de la ventana se teñía del color del ocaso, pasamos revista a todo lo que pudimos encontrar sobre la figura del hexagrama.

Ante todo se trataba de una estrella de seis puntas formada por dos triángulos equiláteros cuyos vértices dibujaban un hexágono regular. Arsène propuso que nos saltáramos la información de tipo matemático y las reglas para dibujar el hexagrama con compás y nos adentráramos, en cambio, en las páginas que el docto profesor Bushwop dedicaba al conjunto de significados simbólicos de aquella figura e intentáramos discernir si alguno de ellos era pertinente para nosotros. Y por qué motivo lo habrían grabado en la empuñadura del puñal que le habían clavado a la vendedora de ostras.

En la India, leyó Sherlock, los hexagramas eran una de las figuras de los *mandalas*, los laberintos geométricos que facilitaban la meditación. Se llamaban *yantras* y representaban la unión de

cielo y tierra, y el equilibrio que se obtiene al alcanzar el nirvana.

—«La liberación del cuerpo de las trampas del mundo sensible» —leyó Arsène—. ¿Un fugitivo? ¿Un evadido? ¿Un expresidiario que quiere vengarse?

¿Podía ser Scotland Yard, o alguien de Scotland Yard, el destinatario del espectáculo, como pensábamos?

Los dos triángulos tenían nombre en el hinduismo: *om* y *hrim*. Pero eso no nos llevaba a ninguna parte.

Pasamos, pues, a la simbología hebraica, en la cual el hexagrama es llamado también «estrella de David» en referencia al rey David, que mató a Goliat con una honda. Lo comprobamos, pero el alfabeto de Pulgarcito no citaba a ningún David, y tampoco ninguna honda.

En cuanto a la forma de estrella, el hexagrama era considerado un poderoso amuleto, un dibujo que una persona podía trazar en torno a sí para defenderse de los demonios.

—Un punto para Arsène. Puede que haya realmente un significado secreto.

—Pero, si se trata de profundizar en los significados del hexagrama en el ocultismo —murmuró Sherlock—, este no es el sitio adecuado.

Para obtener aquella clase de información, necesitábamos olvidarnos del austero tratado del profesor Bush wop y rebajar mucho las exigencias científicas de nuestra investigación.

Puesto que nada de lo que habíamos leído sobre el significado del hexagrama nos proporcionó una iluminación decisiva, determinamos cambiar de aires. Anotamos la última información y después salimos guiados por Sherlock, que parecía saber perfectamente a dónde ir. Nos condujo hasta el número 39 de Carnaby Street, donde enfilamos un pasaje llamado

Pugh's

Place y, en el callejón angosto al que daba por el otro extremo, tocamos a una puertecita. Nos abrió una vieja matrona de color, que nos miró como si tuviésemos la peste.

—¿Qué queréis?

—¿Qué puede decirnos de esto? —le preguntó Sherlock, e hizo brillar en la oscuridad un par de chelines. La maga, pues se trataba de una maga, se hizo a un lado para dejarnos entrar.

Nos llevó a una salita llena de lámparas y candiles, que creaban un halo trémulo de reflejos. Ella se acomodó en un blando cojín y nosotros nos sentamos en el suelo, sobre una raída alfombra.

—¿Qué es lo que os interesa saber exactamente, chiquillos? —nos preguntó entonces.

***

—¡Puaj! —exclamó Lupin una media hora después—. Apestamos a incienso de pies a cabeza, ¡y sabemos lo mismo que antes! ¿De dónde has sacado a esa hechicera, eh?

Sherlock, que caminaba por detrás de nosotros, no le contestó.

La matrona nos había llenado la cabeza de conceptos incomprensibles: había definido el hexagrama como Talismán de Saturno, había citado el *Libro de los muertos* tibetano y había ligado los triángulos de la estrella con los cuatro elementos. Luego los había puesto en relación con la circulación del cuerpo humano, según ella gobernado por siete puntos de control, el más importante de los cuales, el *chakra* fundamental, estaba simbolizado por la estrella entera.

—Salud y sabiduría —nos había explicado mientras dibujaba en el suelo un árbol de las Sefirot, esferas unidas entre sí por líneas que formaban otros hexagramas.

Había añadido que lo que estábamos buscando era un símbolo de la creación y la completitud. Del principio y del final, donde el principio no era el verdadero principio y el final no era el verdadero final.

—Así es en lo alto y así es en lo bajo… Este es el significado de los dos triángulos —había concluido la maga antes de plantarnos en la calle.

—¡Dos chelines gastados muy bien! —siguió diciendo Lupin, indignado—. Ahora, al menos ¡vayamos a beber algo!

Desembocamos en Carnaby Street y miramos a nuestro alrededor, indecisos sobre lo que hacer.

Un letrero se balanceaba perezosamente encima de nuestras cabezas.

—¡Pues claro! —exclamó Sherlock en ese instante—. ¡La maga tiene razón!

Arsène me miró desconsolado.

—Nos lo hemos buscado…

—Oigamos, ¿en qué tiene razón? —le pregunté yo a nuestro amigo.

—El principio no es el principio —dijo él—. ¡El principio no es el principio en absoluto!

Y, dicho esto, Holmes se alejó en dirección opuesta a la que íbamos hasta entonces.

—¡Sherlock! —lo llamé.

Y él, por toda respuesta, echó a correr.

Capítulo 14

LA TESTIGO

Pasé toda la noche sin pegar ojo, pero por fortuna no tuve pesadillas. Ningún árbol al que trepar, ninguna rama que se rompía y ningún desconocido persiguiéndome.

En la Shackleton, cuando llegué a la mañana siguiente, no había nadie. Y tampoco en casa de Arsène. Solo me quedaba probar en casa de Holmes.

Cuando llegué, me impresionó lo cuidado que estaba el jardín. Era muy modesto en comparación con el nuestro, pero la hierba estaba impecablemente segada, los parterres junto al muro tupidos y exuberantes, los setos podados a la perfección.

Y aún me asombró más descubrir que había sido Sherlock en persona quien, repentina y compulsivamente, se había interesado por la jardinería. Me lo reveló su madre cuando toqué a la puerta y pregunté por Sherlock. Él no estaba, había salido a la carrera con su amigo Lupin tras dejar dicho que volverían al poco rato. Pero había pasado ya media hora. La señora, por tanto, me aconsejó que los esperara con ella y me ofreció un té.

—Así pues, usted es la señorita Irene… —me dijo—. Mi hijo me ha hablado mucho de usted.

—Ah, ¿de veras?

Estaba sorprendida. No me imaginaba a Sherlock Holmes charlando con su madre. Lo suponía taciturno, silencioso, siempre

perdido en sus fantasías. Pero, evidentemente, era un error.

La señora Holmes era afable y me hizo una compañía agradable. Se parecía mucho a su hijo, sobre todo en la expresión de los ojos. Tenía el pelo gris y largo, recogido en un gran moño que le confería cierto porte. Sus manos estaban cuidadas, los dedos eran fuertes. No mostró ningún empacho en conversar conmigo como si fuera una igual y no una simple chiquilla pelirroja amiga de su hijo mediano.

Durante aquella conversación, la pequeña Violet se asomó de pronto a la cocina, pero, al verme, se marchó con una gran sonrisa.

De aquellas pocas palabras saqué una impresión de gran serenidad familiar, que rechinaba con lo que Sherlock contaba sobre la vuelta de Mycroft y el conflicto entre hermanos.

—Sí, es verdad, mis dos hijos mayores no se llevan muy bien últimamente —dijo sonriendo la señora Holmes—. ¡Pero me parece que el menor de los dos le ha cogido gusto a la situación! Incluso ahora que Mycroft ha tenido que ir a Manchester por unos días, él sigue instalado en la caseta. La ha convertido un poco en su refugio, diría yo.

Después, la señora Holmes se inclinó hacia mí por encima de la mesa, como cuando se van a hacer confidencias, y me contó que en los últimos tiempos Sherlock parecía loco por la jardinería y había llevado a su casa más libros sobre el tema que los que ella pensaba se hubieran escrito nunca.

—Duerme fuera, lee fuera, escribe fuera… —suspiró—. Pero, aunque solo sea eso, ahora tenemos el jardín más bonito del barrio.

La verja de entrada chirrió débilmente.

—¡Ya están de vuelta! —exclamó la señora Holmes.

Me hizo seña de quedarme sentada. Fue a la ventana y miró afuera.

—Están en la caseta de las herramientas, como de costumbre —susurró—. Mejor que haga como si acabara de llegar… Ya sabe cómo son los hijos varones, nunca entenderían estas confidencias entre mujeres.

Dije que estaba de acuerdo con ella. Terminé el té, le di las gracias y luego crucé la planta baja de puntillas hasta la puerta de entrada.

Iba a abrirla cuando advertí una presencia a mi espalda. Al volverme, vi a la pequeña Violet en lo alto de la escalera con una

muñeca de trapo pelirroja, que tenía sujeta por el cuello.

—Tú no te casarás nunca con mi hermano —me dijo, mirándome fijamente.

—¿Violet? —la llamó la señora Holmes desde la cocina.

—*¡FFFT!* ¡Te he visto! —dijo Violet, enseñando los dientes como una hiena.

Luego tiró la muñeca por la escalera hacia mí y escapó por el pasillo.

Capítulo 15

LA LETRA FALTANTE

Bastante turbada, toqué suavemente a la ven tana de la caseta de las herramientas.

—¡Llegas en el momento justo! —me saludó Lupin, y me abrazó. Al notar mi frialdad, me susurró—: ¿Todo bien? ¿Ha pasado algo?

—Más o menos —murmuré yo, mirándolo—. La hermana de Holmes acaba de estrangularme.

Él se echó a reír, y lo hizo de un modo tan espontáneo que no pude dejar de hacer lo mismo.

—¿Entráis ya? —soltó Sherlock desde dentro de su minúsculo reino.

Había tapizado toda la caseta con hojas de periódico, fijadas de todas las formas posibles a las paredes, al techo inclinado, incluso a los cristales de una ventanita. En el centro de la caseta, entre azuelas, escobas, rastrillos y hoces de varios tamaños, había una mesa rudimentaria, formada por un par de tablas puestas sobre un tonel, además de la butaca desvencijada de siempre, en la que Sherlock estaba posado como un gigantesco búho.

Ni siquiera me saludó, como si fuera totalmente normal que yo me encontrara allí. Y yo, siguiendo el consejo de su madre, no hice ni la menor alusión al hecho de que había llegado hacía rato.

—Como te decía, Arsène, no he pegado ojo en toda la noche, repitiendo continuamente la misma frase: el principio no era el principio, el principio no era el principio… Y me la he repetido por un motivo muy sencillo. O sea, que es cierto, ¡el principio no era en absoluto el principio!

Cogió una hoja de periódico de las clavadas a las paredes y la dejó sobre la mesa. Era la noticia, que él había rodeado con tinta, del caso Archer.

—Es la A lo que nos ha engañado. La A como primera letra del alfabeto, pero no la primera en el plan de nuestro artista del crimen. —Sherlock respiró hondo—. No, porque nuestro artista del crimen ya llevaba unos días manos a la obra, ¡solo que nosotros no nos habíamos dado cuenta! Y eso debe de haberlo puesto hecho una furia.

—Pero tú dijiste que no está haciendo todo esto para demostrarnos algo a nosotros —objeté.

Sherlock me dirigió una mirada de fuego, que me convenció para no interrumpirlo más. Y de nuevo me pregunté cómo aquel salvaje chico de lógica inquebrantable había podido hacerle a su madre amables confidencias sobre mí. Puede que en realidad la señora Holmes hubiera recurrido a su capacidad intuitiva en las raras conversaciones que tendría con su hijo.

—He usado «nosotros» en sentido general —puntualizó Sherlock mientras tanto—. Quiero decir: nosotros los espectadores.

—Continúa —lo animó Lupin.

—Si mi intuición era acertada y la A de Archer no era la primera de sus puestas en escena, lo que debía hacer era descubrir si había habido delitos insólitos en los días anteriores. Y la respuesta ha sido…

—Que sí —adivinó Arsène.

—¡Por supuesto que sí! —rugió Sherlock Holmes—. Y no uno, ¡tres!

Señaló a Lupin una página de periódico, hizo que la despegara de la pared y la extendió sobre la mesa justo antes de la noticia del zapatero.

—Empecemos… —murmuró Sherlock, que luego leyó la noticia.

Un pobre hojalatero de Islington se había despertado en su cama con la cabeza metida en una olla, sujeta al cuello como un yelmo y con solo un hueco para respirar. Por lo que parecía, le habían soldado la olla con su cabeza dentro mientras él estaba exánime (borracho o drogado también aquella vez) y había hecho falta otro hojalatero para liberarlo.

—Santo cielo —murmuré—, qué cosa tan horrible…

—*T was a Tinker, and mended a pot* —recitó Sherlock por su parte. Y después añadió—: Irene, mira aquel periódico clavado más arriba de tu cabeza… Ese, sí.

Lo despegué y leí:

—*Jeremiah Doobe, un conocido atracador de oficinas de correos, ha sido hallado, atado y amordazado, delante de la comisaría del suburbio de Canonbury. El hombre ha contado que había sido azotado hasta perder el sentido por un desconocido, que lo había agredido e inmovilizado, y al que Jeremiah llamaba «el diablo»*. —Alcé la mirada hacia mis amigos—. *R was a Robber, and wanted a whip*.

Le pasé el artículo a Sherlock, que lo colocó junto al del hojalatero.

—Y por último —anunció Sherlock—, he aquí una tercera noticia. El abogado Mason, que detenta el título honorífico de *esquire*, ha sido despojado de todo lo que tenía de valioso en su nueva casa de Lansdowne Road, en el barrio de Dalston. La criada, a la vuelta de la compra, lo encontró desnudo, sin sentido, con las manos y los pies atados y las cejas completamente afeitadas.

—Dios mío —me estremecí.

—*E was an Esquire, with pride on his brow* —leyó Lupin tras una fácil búsqueda en el alfabeto de Pulgarcito.

El artículo terminó donde le correspondía, junto al del atracador, y entonces no pude dejar de preguntar:

—¿Y ahora?

Sherlock hizo un montón con los artículos, los quitó de la mesa y puso en su lugar un mapa de Londres.

—Un minuto de paciencia aún —dijo—. Pues ayer, siguiendo el consejo de Arsène, nos saltamos el más útil de los capítulos que

podíamos consultar en el tratado de simbología, es decir, las instrucciones para hacer esto…

Sherlock puso sobre el mapa de Londres la punta de un compás y, con cierta dificultad pero sin titubeos, dibujó un hexagrama haciendo coincidir cada una de las puntas de la estrella con uno de los lugares en que se habían cometido los delitos. Un vértice para el asaetador del chef del
Bongley's
Hotel, en Drury Lane; otro donde había sido encadenado el marinero, en Turner Street; el tercero en Billingsgate, donde había sido apuñalada la vendedora de ostras; luego le tocó a un punto en el noroeste, Bingfield Street, en el barrio de Islington, donde se encontraba la casa del hojalatero aprisionado en la olla; después, en la comisaría de policía del atracador frustrado, en la zona de Canonbury; por último, en la vivienda del abogado ahora sin pertenencias, más al este, en Lansdowne Road. La figura dibujada era de una precisión espeluznante, maléfica. Cada nueva línea que Sherlock trazaba en el mapa daba escalofríos.

Cuando dibujó la última, Arsène preguntó en voz baja:

—¿Y ahora?

—Ahora hay que averiguar cuál será el lugar del próximo delito.

—¿Crees que todavía no ha terminado? La figura está completa.

Sherlock soltó una risa diabólica.

—Según nuestro artista, no. Mirad lo que ocurre si ponemos en cada vértice la letra correspondiente del alfabeto de Pulgarcito en orden temporal…

Por lo que parecía, Holmes no había terminado de asombrarnos. Escribió rápidamente una T en el vértice del hojalatero, luego la R del ladrón, la E del abogado, la A del arquero, la S del marinero y, por último, la O de la vendedora de ostras.

La secuencia escrita que apareció ante nuestros ojos, pese a estar incompleta, era clarísima: TREASO. Solo me venía a la cabeza una letra que pudiera dar sentido a aquella palabra, una N final.

—*Treason*… ¡Traición! —murmuró Arsène.

—Y en vuestra opinión, ¿quién ha traicionado a quién? —pregunté.

Capítulo 16

TIEMPO DE DESCUBRIRSE

Los amigos pueden traicionarse. Las personas que se aman y las que no se aman. Los padres y los hijos. Los compañeros de trabajo. Las naciones. Los generales, los ejércitos. Había innumerables posibilidades. Y, en el fondo del asunto de la traición, había otra cuestión más profunda aún cuya naturaleza me atormentó toda la noche. La confianza. Dar confianza a alguien significaba también aceptar su posible traición. Una vez que la traición se ha cometido realmente, ¿qué queda de ese estado de confianza, de ese acto de valor?

¿Acaso no me habían traicionado mis padres adoptivos, que durante años me habían hecho creer que eran mi familia biológica? Yo había confiado en lo que me contaban de mí y de mi infancia… ¿Y acaso no había traicionado yo, a mi vez, la confianza de Leopold siempre que había faltado a las clases de canto para ir en pos de las aventuras de nuestro trío de investigadores?

¿Y qué decir de Arsène o de Sherlock? Nos fiábamos ciegamente los unos de los otros. Sin embargo, cada uno, a su manera, había traicionado a los demás. ¿Es que no nos habíamos besado Lupin y

yo? ¿Y no nos habíamos confesado secretos, estrechándonos, Sherlock y yo? ¿Eran momentos de ruptura de la confianza de nuestro trío o un fortalecimiento de la misma que nos ligaba de forma individual? ¿Se daba confianza para recibirla? ¿O se daba y ya está? ¿Existía una regla general, un comportamiento prescrito, un camino que seguir?

Daba vueltas en la cama en aquella noche que parecía no transcurrir y mi respuesta era no, un no agigantado por la oscuridad y solemne, inamovible, como solo los pensamientos nocturnos pueden serlo. Pensaba y repensaba. Me representé la confianza como agua que entraba y salía de una vasija, llenándola y luego derramándose. Evaporándose y concentrándose como gotas de lluvia. Pero, en aquella metáfora, no llegaba a entender qué podía ser la vasija que contenía el agua. Cuando estaba vacía, ¿qué ocurría? Una reprimenda por parte de un progenitor traicionado por un hijo. Una discusión entre amantes. Una pareja que se separaba para siempre. Otra que esperaba tiempos mejores y, entre tanto, se entristecía. Una guerra que se declaraba. Un tribunal llamado a pronunciar una sentencia. Un juez que era requerido. Dios, al que se reclamaba…

Para hacer justicia, me dije. ¿O por simple venganza? Esas eran otras dos palabras que me atormentaban: justicia y venganza. ¿Era la justicia la moneda que utilizaba la confianza? ¿Y qué podía comprar? ¿Más confianza? ¿Confianza que poner en otras personas o también en aquella que había traicionado? Entonces, ¿qué era la venganza? Un arma, me dije. Un arma devastadora.

Ante aquella idea, me desperté. Me levanté de la cama y descorrí las cortinas para mirar afuera, a la noche todavía plena, el jardín con sus murmullos, Londres agrisada por la capa de humo. De repente tenía una certeza: el hombre misterioso que buscábamos no era ningún traidor, sino alguien a quien habían traicionado. Su confianza en alguien se había nublado. Y ahora, terrible e implacablemente, él se estaba vengando. Su gran plan, el hexagrama que sus acciones iban trazando en el mapa de Londres, era su venganza, ya casi cumplida. Faltaba una única letra, un gesto final. ¿Quién lo había traicionado? ¿Quién le había mentido? ¿Quién había desatado su furia?

Percibía que tanta ira debía de derivar de una relación estrecha,

personal. Nadie se venga de esa manera por una traición entre extraños. No. Debía de ser algo más profundo. Una cuestión familiar, me dije.

Un padre, una madre, un hermano. Un mentor.

Y, cuando por fin llegué a esta conclusión, amanecía.

—¡Ha puesto otro anuncio! —tronó Sherlock con mirada exaltada en cuanto nos encontramos en nuestro despacho público de la Shackleton Coffee House.

Abrió *The Times* sobre sus rodillas y añadió con satisfacción:

—Y, según parece, teníamos razón en concentrarnos en el aspecto esotérico del caso. ¡Mirad esto!

Nos pasó la hoja y Lupin y yo, apretándonos el uno contra la otra, leímos:

Estimado doctor Osaert:

Es un honor para mi sociedad invitarle, en calidad de ponente, a nuestra próxima reunión, previa al gran baile de disfraces de medianoche, en el palacio de cristal. Ya le he hecho llegar la invitación formal. Tráigala con usted en caso de que acepte asistir y preséntese en la entrada con su mejor atuendo.
Afectuosamente suyo,

N.

—Invitación formal, salón de baile, medianoche, palacio de cristal… —murmuró Arsène—. ¿Estamos de nuevo en un ambiente de cuento? Solo faltan el zapato de cristal y la calabaza que se transforma en carroza.

—N —observé—. La inicial de su nombre o bien…

—¿La última letra que necesitábamos?

—*N was a Nobleman, gallant and bold* —recordé—. Un noble y un baile… al que estamos invitados.

—Está invitado el señor Osaert, querrás decir —repuso Lupin.

—Un nombre extraño, ¿verdad? Pero no creo que se trate de un médico flamenco o sueco, querido Arsène —rebatí. Y, pensando en el título que el señor Samuel Butler había puesto a su novela, *Erewhon*, leí *Osaert* al revés, es decir, *Treaso*—. La N que falta es precisamente su firma.

Sherlock había cruzado los dedos delante de la punta de su nariz, como hacía cuando estaba considerando, al mismo tiempo, muchas y variadas posibilidades.

—Este es el motivo por el que os dije que sabe que nosotros sabemos. O, por lo menos, espera que hayamos comprendido. —Señaló el periódico—. Ahora, en cierto sentido, el juego es entre él y nosotros. Solo él puede saber que nosotros tenemos el puñal y que por él hemos llegado al hexagrama. Tal vez pensaba que se lo entregaríamos a Scotland Yard y que ahora la policía estuviera advertida de sus intenciones.

—Y quizá todavía estemos a tiempo de hacerlo —apunté yo.

—O tal vez prefiera jugar así —continuó Sherlock—. Del mismo modo que procedió a mandar el telegrama a Scotland Yard y avisar a los periódicos, podría haber hecho otro tanto con el puñal y desvelar públicamente su plan. Pero no es eso lo que quiere. Quiere ser descubierto, pero solo por quien él decida. Y ahora parece haber decidido que nosotros podríamos estar a la altura de su espectáculo.

—¿Y lo estamos? —pregunté.

—Ya lo creo que sí —respondió Lupin con prontitud. Luego volvió a leer el anuncio—. Veamos… aquí habla claramente de una sociedad.

—Exacto —dijo Sherlock—. Y de una reunión. Tal vez nuestro hombre no sea uno solo, sino que pertenezca a un grupo, una asamblea secreta… puede que a un grupo ocultista. El dibujo del hexagrama podría ser parte de algún ritual secreto. Quizá sea masón, o un adorador de alguna antigua divinidad egipcia; ya nos hemos topado con gente así, pero…

—No creo que se trate de un grupo. No se puede tener bajo control un juego así a no ser que se actúe solo —objeté. Me expliqué—: Es demasiado preciso y perfecto en su complejidad. No es un plan que pueda compartirse.

Mis dos amigos me miraban con atención.

—Si queréis saber lo que opino, nosotros somos tres, pero él es uno, uno solo. Traicionado y vengativo.

—Estoy de acuerdo con Irene —dijo Arsène.

—Y yo también, en el fondo —reconoció Sherlock.

—Sin embargo, el contenido del anuncio… —observó Arsène, meditabundo—. Puesto que no se trata de una sociedad secreta de

apuñaladores ni, cosa improbable, de delitos extravagantes y sin nexo entre sí, la reunión que menciona podría ser entre él y nosotros.

—Podría ser, sí —murmuró Sherlock—. Y la verdad es que nuestro señor X nos deja poco tiempo para saber qué tiene pensado.

—Hasta hoy mismo a medianoche —recordé.

—No exactamente —observó Sherlock—. *Antes* de medianoche. O, mejor dicho, del baile de medianoche.

—La hora en que la carroza vuelve a ser calabaza —dijo Arsène.

—Nosotros, sin embargo, no hemos recibido invitación formal —señalé.

—Podría ser el puñal —dijo Sherlock.

—Está también la alusión al mejor atuendo…

—Una invitación formal, pues. Un baile… nobiliario. Que vosotros sepáis, ¿hay algún baile de esa clase esta noche?

Yo, en efecto, tenía noticia de un baile que se celebraría precisamente esa noche, pero no parecía el tipo de acontecimiento que encajara. Cuando mi padre y yo habíamos ido a cenar al Bingley's Hotel, en la salita donde esperábamos a que se nos indicara nuestra mesa, mi padre se había encontrado con un viejo conocido, un tal lord Featherstone, que había aprovechado la ocasión para invitarlo a la fiesta por su segunda boda, que tendría lugar aquella misma noche.

Mi padre se había horrorizado ante la idea de que un hombre pudiera festejar su segundo matrimonio y, durante un rato, en la cena, se había quedado callado, como hundido entre los destellos de la cristalería. Yo, en cambio, no había encontrado nada escandaloso en aquello, y se lo había dicho. Después de todo, la vida continuaba, incluso después de un matrimonio fallido. Me parecía incluso que el hecho de preocuparse por ser feliz después era una forma de respeto por la felicidad pasada. O al menos el no dejarse abatir por las sombras del destino.

Le había dicho a mi padre que debía aceptar, y había insistido sobre todo para que comprendiera que yo, su única hija, no solamente no era contraria a la idea de que él encontrara una nueva compañera con la que compartir la casa y las confianzas del mundo de los adultos (las que a mí todavía me estaban vetadas), sino que

en general, una vez más, lo invitaba a espabilarse y a reaccionar. Aunque eso significara hacer una visita a algún extravagante conocido del campo o asistir a una fiesta por segundas nupcias entre la buena sociedad londinense.

—¿Y si ese anuncio fuese mucho más literal de lo que imaginamos? —dijo en aquel momento Lupin, sacándome de mis pensamientos—. Si de verdad nos las viéramos con una sociedad oculta que organiza una reunión secreta, con baile y todo, hoy a medianoche, ¿dónde se celebraría esa reunión?

—¿En alguna galería subterránea? —aventuró Sherlock, que no estaba preparado, era obvio, para responder a aquella pregunta.

—No. Más literal aún —rumió Arsène—. «En el palacio de cristal», escribe. Y nosotros hemos pensado inmediatamente en el cuento de Cenicienta. Un baile con el príncipe del reino en una sala con grandes lámparas, la orquesta tocando y… Ya sabéis a lo que me refiero.

Yo asentí.

—Continúa.

—Mientras que podría tratarse sencillamente del verdadero palacio de cristal.

Lo miré estupefacta.

—¡El Crystal Palace! —exclamó Sherlock Holmes—. ¡El que se construyó para la exposición universal en Hyde Park!

—Ese —confirmó Arsène, satisfecho—. Después de la exposición, fue trasladado al sur de la ciudad. Por la noche está vacío, solitario, en medio de un parque.

—¿Qué mejor lugar para un misterioso baile de disfraces?

Capítulo 17

EL PALACIO DE CRISTAL

El Crystal Palace fue denominado así por primera vez en el periódico satírico *Punch* por el comediógrafo Douglas Jerrod, que quería burlarse de la idea de construir un edificio entero de vidrio para albergar la gran exposición de 1851. El nombre quedó, pero la burla se olvidó, porque el palacio, proyectado y construido en un tiempo récord por el arquitecto Joseph Paxton, era de verdad una auténtica maravilla: un inmenso enrejado de hierro y vidrio, casi tan largo como todo el lado oriental de Hyde Park, poco más allá del Serpentine, el lago curvo alrededor del cual podían darse los paseos más bellos. Tenía tres alturas y, si era preciso, podía prolongarse a voluntad en ambas dimensiones, de modo que cada expositor, según sus necesidades, pudiese disponer de un espacio de longitud y altura variable para su muestra. Un sistema de cortinajes permitía tapar los vidrios, y un ingenioso sistema de ventilación, inserto en el suelo desmontable de los tres pisos del palacio, podía calentarlo o enfriarlo rápidamente, como un invernadero o un jardín de invierno.

El palacio de cristal había permanecido seis meses en Hyde Park, los que duró la exposición universal, y luego había sido desmontado y vuelto a montar, en una versión aún mayor, en la por entonces rica campiña periférica al sur del Támesis, en Sydenham Hill.

Así pues, si Arsène había dado en el clavo, el anuncio nos invitaba a adentrarnos aquella misma noche entre las ricas casas campestres de ciudadanos notables hasta la gran construcción de vidrio y hierro que se encontraba en el parque del barrio.

Aquello me turbaba y me ponía nerviosa; no había una hora precisa en la invitación. E, imaginando el encuentro de aquella noche, enseguida había vuelto a pensar en la sombra de nuestro adversario recortada en el techo del mercado de pescado de Billingsgate y había sentido encima de mí su mirada diabólica. Además, sabiendo que aquel edificio se encontraba en un extremo de un gran parque con árboles centenarios, me había vuelto a la cabeza la pesadilla de unos días antes y todos sus temores innaturales.

Aquella noche, además, debía acompañar a mi padre a la fiesta por las segundas nupcias de su amigo y me disgustaba faltar después de haber insistido tanto en que él asistiera. Hablé con el señor Nelson, omitiendo algunos detalles de mi programa alternativo, y consideramos juntos los horarios de las dos invitaciones y el tiempo que se tardaba en carruaje en ir de un lugar al otro. Los separaba un trayecto de veinte minutos al menos, diez con los caballos al galope, y tendrían lugar con un par de horas de diferencia.

Rumié toda la tarde qué determinación tomar que me pareciera correcta. Y al final, cuando empezó a anochecer y oí a mi padre entrando en el cuarto de baño para cambiarse, me decidí, aunque encogiéndoseme el corazón.

Me deslicé hasta la despensa, donde, cuando di con el bote de polvo de mostaza, cogí una pizca y aspiré con fuerza. Empecé a toser y estornudar, fingiendo que había pillado un resfriado.

Al verme con la nariz roja y los ojos llorosos, mi padre fue el primero en aconsejarme que me quedara en casa.

Y fue lo que hice, al menos hasta el momento en que, vestida con la ropa de cazadora que acababan de entregarme, me escabullí de puntillas por la puerta del jardín y monté en un coche de

caballos para dirigirme al palacio de cristal.
El parque de Sydenham no era tan grande como Hyde Park, el rectángulo de bosque en el corazón de Londres, pero aquella noche, mirándolo desde el otro lado de los barrotes negros y puntiagudos que lo protegían, me pareció amplio y misterioso con sus árboles oscuros e imponentes.

No me gustaban especialmente los parques urbanos, siempre me parecían un poco falsos, retenidos entre sus verjas, y no comprendía el gusto de mis conciudadanos por dar paseos regulares en ellos. Sin embargo, los londinenses sentían por sus parques un amor muy particular y bautizaban con nombres y sobrenombres sus caminos y rincones más característicos, como el
Speaker's
Corner de Hyde Park, en el que, a partir de aquel año, cualquiera podía, por ley, hablar libremente e incluso arremeter contra el gobierno, o como la Avenida Fea, en la que estaba permitido fumar.

Los londinenses paseaban por los parques disfrutando del gusto pintoresco de aquel paisaje pensado para parecer silvestre, ondulado, exótico, y allí las costumbres sociales se atenuaban: comerciantes, abogados, religiosos, jóvenes estudiantes, muchachas y señoras de paseo podían relacionarse y observarse libremente, como si todo lo que ocurría en el parque perteneciera solamente al parque y no a la vida de la ciudad. Había hombres de la cultura que elegían vivir en una casa con al menos una ventana que diera a un parque, y pensadores que necesitaban dar un paseo al día por el Serpentine para poder escribir. Con frecuencia, los parques albergaban conciertos, exposiciones o pruebas deportivas.

Y cuando, poco a poco, se vaciaban antes del anochecer y las verjas se cerraban, los parques se convertían en lugares tétricos y misteriosos, llenos de historias negras y poblados por fantasmas y espantajos infantiles. Por ellos vagaban entonces malhechores y vagabundos, aquellos hombres (siempre eran hombres) que habían hecho de la desobediencia a la sociedad su personal medalla al valor. A veces quedaba encerrado un carruaje solitario y un caballo relinchaba en la noche, abandonado entre los árboles que goteaban agua. Otras veces, las miasmas de la ciudad serpenteaban entre los arbustos como compañías de apestados y parecía que de un momento a otro un ejército de sombras saltaría las rejas para

invadir las calles.

Mi amor por la soledad me empujaba a sentir simpatía por todas aquellas muestras de variada humanidad que encontraban su refugio en los parques, y amaba más lo silvestre que los salones engalanados para fiestas. Pero aquella noche, con la cabeza llena de sombríos pensamientos y presentimientos, la verja negra cerrada con cadenas y las siluetas de los altos árboles encerrados en el interior me hicieron arrepentirme de no haber acompañado a mi padre a casa de lord Featherstone y, cuando vi recortarse contra el cielo gris la forma esquelética del palacio de cristal, el estómago se me encogió de angustia. Era un edificio colosal, que interrumpía la mancha oscura y vibrante del parque con su estructura regular, casi un millar de pilares de hierro y grandes cristaleras oscuras.

No todas, sin embargo.

Dentro, por el lado de la verja por el que nos aproximábamos, relucía la luz incierta de las que parecían enormes velas.

—Es allí —tuvo el coraje de decir Holmes cuando la vio.

Yo no sabía si había cogido la pistola de su hermano Mycroft, pero por una vez deseé que sí. Lupin, hombro con hombro con él, llevaba consigo el puñal con la empuñadura decorada y se valió de él como de una llave para abrir el candado que cerraba la verja para proteger el parque.

—Henos aquí para la ceremonia… —susurró, entreabriendo las hojas lo justo para colarnos dentro.

Antes de desaparecer bajo las ramas oscuras del parque, miré a mi espalda para asegurarme de que veía a lo lejos, bajo el perfil de un caserón gótico tragado por la noche, los brillos de un carruaje.

Más reconfortada, seguí a mis amigos hacia aquella cita tan misteriosa.

Aún no podíamos suponer que, después de esa noche, todo cambiaría entre nosotros.

Capítulo 18

UN ARTISTA EN ESCENA

Las llamas de las velas temblaban como ánimas dentro del palacio de cristal. La noche, joven aún, era gris y espectral, cubierta de nubes. Empezó a llover cuando alcanzamos la entrada. Gotas livianas batían contra los vidrios del gran rosetón como enjambres de insectos.

Entramos con cautela en una inmensa sala desierta, una galería de hierro y vidrio que se prolongaba hasta perderse de vista, vacía, desolada, con eco. Oía nuestros pasos, la lluvia, el zumbido de los conductos del aire bajo el suelo, que habían sido puestos en funcionamiento. Las velas habían sido colocadas cuidadosamente para formar, frente a nosotros, un anfiteatro de llamas que nos deslumbraba. Eran altas, blancas, como cirios de iglesia, y se consumían despidiendo humo negro.

Aparte de nosotros, y de la lluvia, no había nadie. Pero no teníamos ninguna duda de que nos encontrábamos en el lugar correcto. Miramos alrededor, siempre muy juntos. En un extremo del palacio de cristal había un gran árbol cuyas ramas rozaban el techo de la estructura como las enseñas de un buque fantasma. En

el extremo opuesto, tocando el suelo pero colgada con cuerdas de una viga del techo, había una gran forma acampanada cubierta con un cortinaje negro, parecida a una jaula para pájaros.

—Bienvenidos, queridos huerfanitos —se oyó decir entonces a una voz, que resonó, grave y metálica, en el palacio vacío.

Miramos a nuestro alrededor, tratando de averiguar de dónde venía, pero la desolación del lugar, el zumbido del sistema de aire y la lluvia, que aumentaba en intensidad, nos confundían. Las velas dibujaban sombras inciertas en los perfiles de hierro de los ventanales.

—¿Dónde estás? —preguntó Lupin, girando sobre sí—. Déjate ver.

—¡Cuánta prisa, niños míos, cuánta prisa! —replicó burlona la voz de nuestro enemigo invisible—. Si acabamos de llegar… ¡Ni siquiera hemos hecho las presentaciones! Así que procedamos… Quién soy yo, eso lo sé, pero no logro imaginarme quiénes sois vosotros.

El sistema de aire empezó a bombear más deprisa y las llamas de las velas se alargaron de repente.

—¡Yo soy Arsène Lupin, criminal de pacotilla! ¡Vamos, ya hemos descubierto tu jueguecito! —aulló Arsène en el centro del edificio —. ¡Sal a la vista!

—*A was an Archer, who shot at a frog* —recitó la voz—. *B was a Butcher, and had a great dog…*

¿De dónde venía? ¿Del techo? ¿De la parte del árbol encarcelado? ¿O de aquella jaula cubierta por el cortinaje negro?

—¡Eso ya nos lo sabemos! —gritó Arsène, el único de nosotros que hablaba. Y luego recitó él, modificando los versos siguientes—: *C was a Coward, who hid in the dark. D was Dead, but dead from the neck up* [6].

—¡Muy divertido! ¡Bravo, Arsène Lupin! —se burló la voz, que luego prorrumpió en retumbantes carcajadas—. ¿Quién habría dicho que eras un niño poeta? ¿Y tu amigo el larguirucho, en cambio? ¿Y la bella señorita? ¿Por qué se han quedado ahí sin decir ni palabra?

—Y tú, ¿por qué no sales a preguntárselo en persona?

Por toda respuesta, la voz siguió recitando el alfabeto de Pulgarcito.

—¡Nada que hacer! —soltó Arsène.

Yo, por mi parte, le di un tirón a Sherlock; tenía claro ya que la voz salía de la gran jaula tapada con el paño negro. Nos acercamos, con mil precauciones, sin dejar de escrutar las sombras que nos rodeaban. Pero nada, nadie. Solo aquella voz, que resonaba cada vez más cerca, aunque metálica y extrañamente atenuada.

—J was a Joiner, and built up a house. K was King William, once governed this land…

Tenía una entonación insulsa y, sin embargo, terrible, que parecía estudiada para poner la carne de gallina.

—M was a Miser, and hoarded up gold…

Dimos la vuelta entera a la extraña estructura colocada allí en medio. Tenía tres metros de altura por lo menos y el paño que la cubría no dejaba ver absolutamente nada de su interior. Estaba anclada al suelo con una serie de minúsculos ganchos, cada uno atado a un cordón. Todos los cordones se unían en lo alto de la campana, donde se ataban a una cuerda más grande que pasaba por una polea colgada de la viga y volvía a caer al suelo, al que estaba sujeta a través de un pilar de hierro a pocos pasos de la campana.

—Q was a Queen, who wore a silk slip…

Mis amigos y yo nos miramos para decidir qué hacer. Todos teníamos claro que nuestro hombre se encontraba bajo aquella cortina negra y que solo había que soltar la cuerda para hacer caer la cobertura de paño. Pero también era evidente que eso precisamente era lo que él esperaba que hiciéramos. Su enésima puesta en escena.

Una vez más estábamos jugando a su juego, pero no teníamos ninguna otra idea sobre cómo actuar.

Sherlock miró hacia la galería elevada del palacio de cristal, donde muchas otras luces de vela oscilaban entre las sombras. Yo, en cambio, miraba el árbol encerrado, muy lejos de nosotros.

—U was an Usurer, a miserable elf…

Arsène se acercó a la jaula y tocó el paño con la punta del puñal, haciéndolo ondear levemente.

—W was a Watchman, and guarded the door… —canturreaba entre tanto nuestro adversario, protegido por aquel telón a pocos pasos de nosotros.

El sistema de aire rugió otra vez y Sherlock, exasperado, gritó:

—¡Al diablo! ¡Que sea como quieres!

Y soltó de golpe la cuerda.

El paño negro resbaló como una hombrera de seda sobre la estructura que tapaba. Era una gran jaula, en cuyo interior había tres maniquíes. Uno con un rostro de nariz puntiaguda, el segundo con un ridículo par de mocasines y el tercero con pecas y un gorro de cazador puesto del revés.

Éramos nosotros tres, pensé con horror.

—*Y was a Youth, who did not love school* —dijo la voz de nuestro adversario—. *Z was a Zany, a poor harmless fool*.

Y en ese punto se calló.

—¡Cuidado! —gritó Arsène.

Sherlock se arrojó sobre mí y me hizo rodar por el suelo. De la jaula salieron despedidas las chispas de unos fuegos artificiales, que se prendieron y estallaron alrededor de nosotros. Una profusión de petardos nos martilleó los oídos mientras se encendían más fuegos artificiales que caían, como sauces llorones, bajo la bóveda del palacio de cristal. El aire se saturó del olor acre de la pólvora y después, a los pocos segundos, aquella danza de artificios acabó tan repentinamente como había empezado.

Me encontré mirando a Sherlock a los ojos y sintiendo su aliento cálido en la cara.

—¿Estás bien? —me susurró.

Le contesté que sí y me desasí de su abrazo. Arsène, en la parte opuesta de la sala, se estaba levantando al mismo tiempo que nosotros.

—¡Siento haberos asustado! —siguió diciendo la voz—. ¡Solo quería daros una fiesta de bienvenida!

Holmes, con cautela, se acercó de nuevo a la jaula, donde los maniquíes con nuestras facciones reaparecieron entre las nubes de humo, siniestramente chamuscados.

—¡Ahí está! —exclamó instantes después, señalando algo en el fondo de la jaula.

Fui adonde estaba él y vi un tubo metálico que llegaba desde el piso superior y asomaba en el fondo de la jaula, entre los pies de los maniquíes. La voz de nuestro adversario salía de allí.

Sherlock hizo intención de acercarse más para observarlo mejor, pero en aquel momento Lupin lanzó un grito y señaló algo por

encima de nuestras cabezas.

—¡Allí arriba!

Al alzar los ojos a la galería del primer piso, los tres vimos claramente la figura de un hombre. Y al instante corrimos hacia la escalera para intentar alcanzarlo.

El aire se detuvo de golpe. Aquel hombre, al fondo de la galería, iluminado por el resplandor de las velas, nos miraba. Distinguíamos a duras penas su rostro, oculto, como era previsible, por un sombrero calado hasta los ojos.

—¡Por fin nos encontramos, pues! —exclamó.

—Seamos cautos… —murmuró Sherlock.

Nos dispusimos a tres pasos de distancia entre cada uno, ocupando así toda la anchura de aquella plataforma elevada que daba al gran espacio abierto en que habíamos estado poco antes.

—Permitid que me presente, chicos, y que os felicite.

—¿Felicitarnos por qué? —gruñó Arsène a mi lado, con el puñal en la mano. Al otro lado, Sherlock había empuñado la pistola de Mycroft, mientras que yo, en medio pero tres pasos más atrás, apretaba bastante ridículamente el mango de mi largo paraguas.

Cuanto más nos acercábamos a él, mejor distinguía sus facciones y al final me di cuenta de que se trataba de un joven. Un muchacho, como nosotros.

—Mi nombre es Moriarty —dijo nuestro adversario—. Y ahora, querido Arsène Lupin, ¿quieres presentarme a tus amigos?

—¿Moriarty? —repitió Sherlock Holmes.

Lo miré rápidamente y me di cuenta de que había cambiado de expresión. «¿Lo conoce?», me pregunté. ¿Y por qué aquel nombre tampoco me resultaba nuevo a mí?

Estábamos ya a veinte pasos como mucho de él. Y empecé a percatarme de que había algo raro en su forma de mirarnos.

—¿Qué broma es esta? —murmuró Holmes, deteniéndose de golpe. Señaló la figura que teníamos delante y añadió—: ¡Es un espejo!

Tenía razón. La figura que nos encaraba no era más que una imagen, visible a nuestros ojos gracias a la superficie inclinada de un espejo. Y, en efecto, cuando desapareció descubrimos que nuestro adversario se encontraba en ese momento en el piso inferior, donde habíamos estado nosotros hacía unos instantes.

Andaba despacio por debajo nuestro. Un chico, más alto aún que Sherlock, ágil y rápido. Nos saludó, burlón, con una mano enguantada mientras se dirigía al gran árbol del fondo de la sala.

—Espejito, espejito mágico, ¿quién es el más listo del reino?

Aquella vez fue Sherlock quien, asomándose a la barandilla de hierro de la galería, le respondió:

—¿Cuánto tiempo más pretendes jugar con nosotros, Moriarty?

Él, sin dejar de andar, respondió:

—Juego, jueguecito, ¿de verdad pensabais que iba a ser tan fácil atraparme?

Me pregunté adónde iba.

—¡Sherlock! —Señalé el suelo del palacio de cristal.

Desde arriba, desde el sitio en que nos encontrábamos, podíamos ver que había dibujadas con tiza unas líneas, una serie de circunferencias concéntricas en cuyo centro había un círculo. Como una gran diana.

—¿Qué quieres de nosotros? —le preguntó Arsène.

—¿Yo? —replicó Moriarty—. Nada. Solo divertirme. Ya os he felicitado. Habéis jugado bien a mi juego…

—¿Llamas juego a cometer esos delitos? —le pregunté.

Él se rio.

—¿Delitos? ¡Pero si eran simples bromas! Venga, amigos míos, ¿no queréis concederle a un joven aburrido la posibilidad de aliviar esta vida monótona?

—¿Por qué «traición»? —preguntó Sherlock por su parte—. ¿A quién estás traicionando?

—¿Yo? Yo no traiciono a nadie. Si acaso, sois vosotros los que os estáis traicionando a vosotros mismos.

Casi había llegado al círculo central de la diana y allí se había detenido a mirarnos. Me decepcionó el no reconocer en aquel rostro al chico que había visto en mi pesadilla unas noches antes.

Sherlock levantó la pistola de su hermano y la mantuvo apuntada frente a él.

—¡QUIETO! —gritó.

—¿Qué harás? —replicó Moriarty—. ¿Dispararme?

Luego saltó al centro de la diana y, en el momento en que lo hizo, se oyó un crujido amenazador encima de nuestras cabezas. Me dio tiempo a mirar hacia arriba y ver la red de grietas que se iba

abriendo en la cubierta de vidrio como una telaraña cortante. Grité entonces:

—¡SE DESPLOMA!

Salté por la barandilla y lo mismo hicieron Sherlock y Arsène. Nos quedamos colgando con los pies en el aire mientras una lluvia de vidrio se precipitaba sobre el lugar en que nos encontrábamos un segundo antes.

Arsène fue el primero en recobrarse y saltar abajo. Aterrizó en el suelo y corrió tras Moriarty, que huía hacia el gran árbol del fondo.

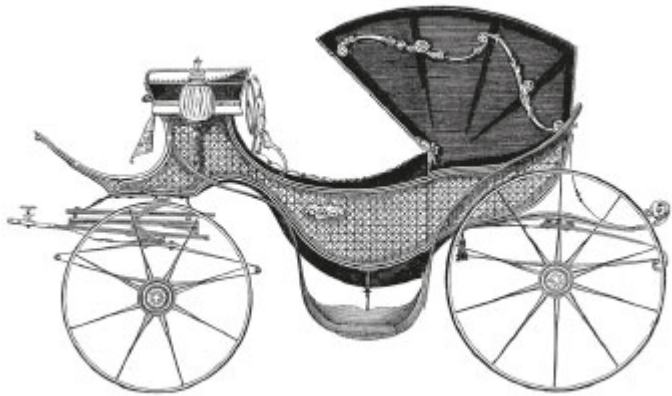
Sherlock se había herido una mano y había perdido la pistola. Pero siguió a Lupin, corriendo.

Yo me dejé caer al suelo la última y me quedé mirándolos, horrorizada, mientras los tres alcanzaban el gran árbol al fondo del palacio de cristal y trepaban por él.

Yo braceaba, incapaz de seguirlos. Como en el sueño.

Capítulo 19

LA GEOMETRÍA DE LA VENGANZA



La lluvia entraba silbando por la parte del techo que se había desplomado y el viento que la impulsaba apagaba una a una las velas más cercanas. Moriarty subía por las ramas del árbol como si hubiese estudiado varias veces la forma de hacerlo, y podía estar segura de que así era. Pero no subía con la misma agilidad que había demostrado en el mercado de pescado, o al menos eso me pareció. ¿Acaso algo se había torcido en su plan? ¿Lo habrían herido también las esquirlas de vidrio? ¿O es que Sherlock, en medio de aquel estrépito ensordecedor, le había disparado?

Para descubrirlo, corrí todo lo que pude hacia ellos. Reconocí a Arsène por su manera de moverse, como un funámbulo, de una rama a otra, acosando a nuestro enemigo como una maldición. Sherlock, en cambio, a causa de la mano herida, era mucho más torpe.

Una rama se rompió de pronto y vi que uno de los tres se quedaba colgado de ella un instante.

Chilló. Era Moriarty.

Intentó agarrarse a otra rama, pero Arsène fue más rápido que él. Le cayó encima, lo empujó contra el tronco y lo inmovilizó apretándole la espalda contra la corteza.

—¡Vale, vale! ¡Me habéis cogido! ¡Para! —gritó Moriarty, debatiéndose sin mucha convicción.

Llegué a mi vez al árbol, jadeante, y vi que habían tallado escalones en el tronco para poder subir fácilmente.

—¿Chicos? —llamé.

Solo veía las sombras de las ramas, negras, que se recortaban contra el cielo gris a través de los vidrios.

Vi que Sherlock subía por el ramaje. Lo oí respirar fuerte.

—¡Te hemos pillado, maldito canalla!

—¡Me habéis pillado, sí! —replicó el otro—. ¡Santo cielo, quién lo habría creído!

—Hemos sido mejores que tú, ¿eh? —rugió aún mi amigo, dándole tirones a su adversario.

—¡Sí, sí! ¡Habéis sido mejores que yo, lo reconozco!

Puse una mano en el tronco del árbol, hice ademán de subir. Pero me paralicé de golpe.

Pensé que algo no marchaba. Después de que el techo se resquebrajara, todo había sido fácil. Demasiado fácil. ¿Por qué motivo Moriarty había elegido el árbol como vía de escape en lugar, por ejemplo, de salir del pabellón y despistarnos?

—Me dijo que seríais buenos —siguió diciendo—. Por eso me ha pagado tanto.

—¿De qué estás hablando, loco? —le chilló Arsène—. ¿Quién te ha pagado?

—Pues vuestro amigo, ¿no? —dijo el otro, riéndose—. ¡El que os ha organizado toda esta fiesta sorpresa!

«El baile de disfraces», pensé. ¡Aquella era la mascarada!

—Habla —gruñó entonces Sherlock—. Tú no eres Moriarty, ¿verdad?

—¿Cómo que no es Moriarty? —repitió Arsène, todavía agitado por la persecución.

—¡Claro que no lo soy! —respondió el chico que habíamos capturado. Se rio, tosió, se revolvió. Después aclaró—: Me llamo Richard Coxton, y soy actor.

«Un actor, pues claro…», pensé abajo.

Me separé despacio del tronco del árbol. Un actor, un actor, un actor…

—Ese amigo vuestro que me ha contratado, el tal Moriarty —

prosiguió entre tanto el actor—, me ha pagado mejor que cualquier compañía con la que haya trabajado nunca. ¡Y ha sido magnífico! ¡Puro teatro! ¡Y los cristales, además! No os habéis hecho daño, ¿no? Él me aseguró que no os ocurriría nada malo. ¿También sois actores?

Arsène, en lo alto de la copa, se había quedado mudo. Mientras que Sherlock, en equilibrio precario un poco por debajo que él, estaba furibundo.

—¡Nos ha tomado el pelo! —exclamó.

«Un actor —pensaba yo—. Un baile de disfraces a medianoche».

N was a Nobleman…

—Hay una última cosa, no obstante… —dijo aún, jadeando, Richard Coxton—. Una cosa que me ha dicho que os entregara cuando me capturarais. Solo un momento, si haces el favor de quitarme las manos de encima…

—¡Nada de bromas! —gruñó Arsène, confundido.

—Nada de bromas —respondió el actor—. Cógelo tú si quieres, está en el bolsillo interior de mi chaqueta.

Lupin miró a Sherlock. Y Sherlock subió a la última rama para meter la mano en el bolsillo que había indicado el actor.

Sacó un librito.

—*Geometría plana para aficionados* —leyó despacio.

—¿Qué significa? —murmuró Arsène.

—Me ha dicho que lo comprenderíais. Quizá un poquito demasiado tarde —dijo el actor—, pero que lo comprenderíais.

Yo sí, yo lo había comprendido.

Me había bastado con pensar de nuevo en el hexagrama trazado por Sherlock en el mapa de Londres y en el número 2 de Radnor Street, una dirección que había oído varias veces en los últimos días.

Todo se había vuelto claro. Dolorosamente claro.

Y yo salía corriendo ya del palacio de cristal en busca desesperada de un carruaje.

Fue mucho más fácil de lo previsto. De hecho, nada más pasar la verja por la que habíamos entrado, de pie junto a un gran vehículo negro, nos esperaba el señor Nelson.

Capítulo 20

LA INVITADA INESPERADA

¡Qué tontos y vanidosos habíamos sido! Nos habíamos dejado seducir por la idea de haber comprendido la lógica oculta de la invitación del señor Osaert y de que fuéramos nosotros el objeto del gran juego de Moriarty. Habíamos descuidado así el propósito principal de aquel juego: la venganza. La traición. La letra faltante, la N.

Es decir, el aristócrata del alfabeto de Pulgarcito. Aquel al que Moriarty estaba a punto de dedicar sus atenciones después de habernos engañado a nosotros tres.

Así que, mientras el carruaje rodaba por las calles prácticamente desiertas de la ciudad, en su interior yo me cambiaba de ropa, frenética. Una primera y fulmínea parada en mi casa me había servido (aparte de para darle un susto de muerte a la pobre señorita Fowler) para procurarme un vestido de noche y todo lo que necesitaría en una velada de gala.

El carruaje gemía y daba bandazos, y yo me contorsionaba para meterme en mi nuevo traje de noche, largo y resplandeciente, que

al final había consentido en comprarme para animar a mi padre a acudir a aquella celebración.

Y, mientras yo me contorsionaba, Sherlock y Arsène, conmigo en el carruaje, trazaban bisectrices que para entonces no servían ya de nada. Bisectrices: líneas rectas que cortaban los ángulos internos del hexagrama y se juntaban fatalmente en un único punto. El centro de todo: el número 2 de Radnor Street.

La mano de Sherlock Holmes sangraba abundantemente y él se la había vendado con mi blusa de cazadora, oportunamente rasgada. Y se maldecía por lo poco sagaz que había sido.

Frente a mí, el señor Nelson trataba de ayudarme como podía en mis esfuerzos por transformarme en una señorita elegante. Mientras tanto, volábamos sobre el adoquinado de las calles en dirección al lugar en que confluían las bisectrices de Moriarty.

Era un palacete elegante de nueva construcción, mandado levantar por un hombre tan rico como excéntrico en una zona no demasiado prestigiosa de la ciudad pero que, con todo, tenía el privilegio de conservar mucha vegetación. De hecho, un amplio jardín rodeaba el edificio, y aquella noche estaba muy iluminado puesto que en el interior se celebraba una fiesta privada.

La N del plan de Moriarty llevaba exactamente allí, a la fiesta de lord Featherstone, el noble de la composición infantil, el verdadero objetivo de aquella mente criminal. Mientras que la representación del Crystal Palace solo había sido una mascarada para distraernos.

Lupin se pasó el viaje despotricando.

—¡Un actor! —repetía—. ¡Hemos capturado a un maldito actor!

No se resignaba a haber arriesgado la vida para perseguir a un fantoche. Ni sobre todo, al igual que Holmes, a haber sido vencido de nuevo.

Pero nuestra hipótesis era que Moriarty no me había tenido en cuenta, a mí, el tercer elemento de nuestro trío. Y quizá todavía estuviéramos a tiempo para desbaratar lo que había proyectado hacer, fuera lo que fuese, en la fiesta de lord Featherstone. No nos importaba averiguar por qué era este la víctima elegida. No teníamos tiempo para eso. Disponíamos de todo lo que necesitábamos: mi intuición, corroborada por el resultado exacto de la geometría plana.

El carruaje rodaba, los lazos de mi vestido se apretaban uno por

uno y mis pies se metían en los zapatitos de baile. Si no hubiera sido por aquella benigna sombra protectora que respondía al nombre de Horace Nelson y que me había seguido a escondidas hasta Sydenham Park, tal vez no hubiéramos tenido otra oportunidad.

Sin embargo, todavía nos agarrábamos a un hilo que, como una línea geométrica, cortaba la noche londinense.

Dos magníficos pendientes aparecieron en las manos con guantes blancos del señor Nelson, que me los entregó en el instante mismo en que el carruaje se detenía, gimiendo, delante de la verja de la casa de lord Featherstone, iluminada por la llama de una decena de faroles romanos.

La lluvia repiqueteaba en la capota del carruaje y en los sombreros altos de los porteros.

Me puse los pendientes.

Se hizo un magnífico silencio en torno a mí.

—Estás espléndida —dijo una voz.

Era la de Sherlock Holmes.

Se adelantó para darme un beso de ánimo, pero no puso sus labios en mi mejilla. Los puso sobre mis labios sorprendidos, perplejos, desprevenidos. Delante del señor Nelson. Delante de Arsène. Así se produjo aquel beso. En un instante, al término de un trayecto precipitado en carruaje para desbaratar un delito del que solo sabíamos que se cometería aquella misma noche. Como muy tarde a medianoche. El gran reloj de Londres dio la hora, como si el beso de Sherlock Holmes hubiese durado toda la noche y no, como había ocurrido, una fracción de segundo. Había sido tan leve, y tan breve, que pensé que lo había soñado.

Bajé del coche y crucé la calle mientras uno de los porteros se apresuraba a cubrir mi cabeza con un gran paraguas negro.

—Soy la señorita Adler —me presenté. Pero a punto estuve de decir «Carey».

Estaba en la lista de invitados, naturalmente, con mi padre. Pude entrar.

Media hora antes de la medianoche.

«Esto no ha acabado aún, Moriarty, quienquiera que seas —me dije mientras subía los escalones de entrada de la residencia Featherstone—. Todavía no ha acabado…».

Capítulo 21

UNA FIESTA NUPCIAL

La fiesta estaba en su apogeo. Un centenar de personas se movía por un gran salón central que, para la ocasión, había sido liberado de los muebles. Decenas de butacas doradas tapizadas de blanco y azul habían sido colocadas contra las paredes. El salón tenía dos chimeneas, una majestuosa, coronada por un espejo dorado de tres metros de altura al menos, y otra relativamente más modesta, pero que por sí sola habría ocupado una pared entera de mi dormitorio. En un rincón del salón se había acomodado una orquesta de cámara de seis instrumentistas, que en aquellos momentos interpretaban una delicada melodía de sabor centroeuropeo. En el rincón opuesto había una mesa con toda clase de exquisiteces. El techo era un artesonado de hexágonos dorados, que me dieron escalofríos por su macabra correspondencia con la figura. En el centro del salón colgaba una espectacular araña de cristal, adornada para la ocasión con pequeñas velitas doradas que relucían con cada movimiento de las luces.

No sabía qué buscar, ni a quién, cuando traspasé el último umbral. La cabeza me daba vueltas aún al recordar los últimos acontecimientos recientes y una parte de mí deseaba que Sherlock y Arsène estuvieran tratando de explicarles a los porteros que era muy importante que ellos también pudieran pasar, que había un delito que impedir, o que el señor Nelson, más práctico, hubiese dado orden al cochero de galopar hasta Scotland Yard para denunciar lo que pensábamos que estaba a punto de suceder allí.

Pero, en el fondo, yo sabía que en aquella ocasión tendría que hacerlo todo yo sola. Que yo estaba allí y ellos no. Que debía ser yo

quien consiguiera que Moriarty no llevara a cabo su plan y la última letra que componía su venganza quedara solo en el papel de aquella diabólica maquinación.

Lord Featherstone, lo primero. Era a él a quien necesitaba.

Así que entré. Y, en el momento en que puse el pie en el salón de baile, ocurrió algo que me dio vértigo: las miradas de los invitados, como atraídas por un reclamo invisible, se volvieron todas a la vez hacia mí. Las sentí encima como algo tangible. Di un segundo paso y luego un tercero. Podía oír ya un murmullo parecido al sonido de un pequeño torrente, mil palabras revoloteando en mis oídos: «¿Quién es?».

Me sentía hermosa y, curiosamente, a gusto, así que atravesé con seguridad el salón. Sabía lo que tenía que hacer.

—¡Papá! —llamé.

Y, como si atrapara una mariposa, cogí un vaso de la bandeja que portaba uno de los camareros.

Leopold Adler tenía el rostro acalorado de alguien en apuros. Pero estaba en la fiesta, y se había quedado hasta aquella hora (¿qué hora era, cuánto faltaba para la medianoche?) pese a haber asistido sin mí.

Pero ahora por fin estaba allí, aunque un poco distinta a como me había visto en los últimos días. Lo vi dudar, sorprendido y tranquilizado. Feliz.

—Irene —murmuró, como si no me viera desde hacía mucho tiempo. Como si, entre tanto, hubieran cambiado todas las palabras de nuestro diálogo cotidiano. O quizá solamente yo.

—Perdóname, papá. Me he dejado atemorizar por unos simples estornudos… En realidad, era algo pasajero y en casa me sentía estúpida por renunciar a todo esto —me disculpé, señalando el precioso salón que nos rodeaba.

—No importa. Lo importante es que estés aquí —me respondió —. Precisamente estaba hablando de ti con…

Me fue presentando y yo saludé y sonreí e incliné la cabeza cuando creí que debía hacerlo. Y volví a sentir aquellas miradas alrededor y aquellos murmullos, como plumas que me acariciaran la nuca. Mi padre me cogió del brazo y me apretó contra él, orgulloso, reconfortado. Nos apoyamos el uno en la otra y cruzamos el salón.

—No te atrevas a bebértelo, ¿eh? —me dijo, señalando mi copa.

—¡Si es champán, papá! —repliqué, como si estuviéramos ante una fórmula secreta.

No me hizo preguntas. No me hizo cumplidos. Pero veía en sus ojos y notaba en la dulzura de la mano con que me mantenía junto a él que aquel cambio le gustaba. Y aquello me inspiró una gran ternura.

—Papá… —le dije—. Necesito hablar con lord Featherstone, y lo antes posible.

—¿Ha ocurrido algo? —me preguntó él.

—No —contesté—. Pero podría.

No puse ninguna urgencia en mi petición, pero mi padre me indicó enseguida a un señor de largos bigotes que reía ruidosamente al lado de la chimenea más pequeña. Lo acompañaba una persona que, me percaté, yo había conocido tiempo atrás.

Como bloques de hielo en la corriente de un río, mis pensamientos se pusieron en movimiento y chocaron unos con otros.

—Lord Featherstone —dijo mi padre, adelantándose—, quisiera presentarle a Irene, mi espléndida hija.

—¡Qué maravillosa, y qué honor! —rugió el aristócrata, congestionado y ligeramente tambaleante, aunque consiguió hacerme un perfecto besamanos y felicitar a mi padre.

Después, nos presentó al hombre con el que hablaba.

—Permítame que les presente a mi amigo más querido —dijo el aristócrata—, el inspector jefe de Scotland Yard, Charles Frederick Field.

—Jubilado ya —rectificó este.

—¡Y es una auténtica pena! Jamás se había visto una tenacidad como la suya, ¿eh, viejo Frederick? Si no hubiese sido por ti, hace treinta años, ¡hoy yo no estaría aquí celebrando este momento!

—Tonterías…

—Mucho gusto, señor Field —lo saludó mi padre, tendiéndole la mano—. ¡Y gracias, pues, por habernos conservado de una pieza a lord Featherstone!

—Oh, no hice nada especial —se quitó mérito él—. Entre otras razones porque por entonces yo era poco más que un chiquillo.

—¡Un treintañero, querrás decir! ¡Y ya un gran investigador!

Qué desdicha que ahora te hayas puesto a trabajar por tu cuenta.

Si no hubiese sido por él… Hace treinta años… Gran investigador…

Los bloques de hielo chocaban entre sí y ahora giraban atrapados en un remolino.

—Mucho gusto, señor Field —lo saludé.

Su besamanos fue más contenido, pero su intensa mirada de detective se cruzó con la mía y me hizo comprender que él también me había reconocido.

—Señorita Adler… —murmuró—, es un auténtico placer.

Nuestro cruce de miradas debía de haber producido una verdadera corriente de energía, porque tanto mi padre como lord Featherstone cayeron de improviso en esa incomodidad típicamente británica que se siente cuando el corazón empieza a latir más deprisa por cualquier motivo. El mío, en aquellas circunstancias, latía acelerado porque acababa de encontrar a un aliado inesperado en mi misión.

—Ejem —carraspeó lord Featherstone—. Así pues, querido Leopold…

Seguí con el rabillo del ojo a mi padre y a lord Featherstone mientras se alejaban conversando y, solo cuando estuve segura de que no podían oírnos, volví a dirigirme al inspector Field.

—¡Señor Field! ¿Se acuerda de mí? —le pregunté sin rodeos.

—Claro que me acuerdo. Irene Adler. Con aquellos otros dos chicos desenfrenados, Holmes y Lupin —recapituló él, como si estuviese leyendo un invisible archivo—. El caso de la Rosa Escarlata.

—Exacto —respondí impulsivamente—. ¡Y es una verdadera suerte que usted esté aquí esta noche!

—Una suerte… Quizá sí, pero desde luego no es casualidad —puntualizó él—. No habría podido faltar a esta velada, habría significado renegar de una larga amistad e incluso de toda mi carrera.

—¿De tanto?

—Ciertas cosas lo atan a uno para siempre, señorita Adler. Este oficio es así. Es una cuestión de pasión, de honor… Una elección vital. Traté de explicárselo al chico que me hacía de ayudante.

Y, de pronto, en mi cabeza los bloques se unieron unos con otros

para formar un conjunto que me resultó claro de repente.

—¡Era su ayudante!

—¿Cómo dice, señorita Adler?

—El chico que descifró los mensajes en clave del caso de la Rosa Escarlata… ¡se llamaba Moriarty! —dije sin alzar la voz para que solo pudiera oírme él.

Él abrió mucho los ojos.

—¿Y cómo lo sabe?

Nos apartamos más de la fiesta para poder hablar abiertamente de lo que habíamos hecho hasta aquel momento.

—¿Que cómo lo sé, señor Field? Usted mismo me habló de él al término de nuestra rocambolesca investigación. En el curso de la cual resultó evidente que el chico tenía una mente prodigiosa. De hecho, solo él, aparte de Sherlock Holmes, consiguió interpretar los enigmas del Fraile Negro.

—Y lo reafirmo, señorita Adler. Un genio, pero también un mentiroso descarado —dijo el investigador—. Me había contado que era huérfano, que no tenía a nadie en el mundo…

—¿Y en cambio? —lo apremié.

—Hace algún tiempo, poniendo orden en los documentos sobre personas desaparecidas, di con una denuncia por la desaparición de un chico en Norfolk. Si no hubiese sido por ese apellido tan insólito, Moriarty, ni siquiera me habría fijado. Aquello me intrigó y escribí una carta. Recibí un par de informes y descubrí que el genial huérfano que tenía por ayudante era en realidad hijo de una buena familia de terratenientes que lo había mandado a estudiar a Londres. Un auténtico rebelde, me dijeron sus padres cuando tuve ocasión de hablar con ellos. Estaban estupefactos, aunque también muy felices de que yo lo hubiera encontrado, porque dudaban ya que siguiera vivo —me explicó el inspector Field.

—¿Y qué es de él?

—Lo despedí en cuanto tuve conocimiento de los hechos y se lo entregué a un par de colegas de Scotland Yard para que lo llevaran de vuelta a Norfolk. Pero, según parece, él no se lo tomó muy bien y se escapó.

—Traición… —murmuré al final.

—¿Cómo dice?

—Es usted el traidor, inspector. Usted traicionó a Moriarty,

señor Field.

—¿Yo? —dijo él, y se rio—. Si acaso, fue Moriarty el que traicionó mi confianza. ¿Cómo pudo pensar que sería un buen policía si empezaba su carrera matando, aunque solo fuera de palabra, entiéndame, a toda su familia?

Ante mis ojos vi al joven Moriarty, que ya creía haber escapado de las imposiciones familiares y de los estudios que habría debido cursar en la ciudad, y se imaginaba haciendo el trabajo para el que su mente maquiavélica estaba dotada por naturaleza, el de investigador, en el momento en que su mentor le decía que todo había acabado. Su mentira había sido descubierta. Su familia había dado con él. Y las puertas de una fulminante carrera en aquella aventurera profesión, la de investigador privado, que en aquellos años daba sus primeros pasos, se habían cerrado.

—Escuche, inspector —le confié en ese momento—, Moriarty está aquí. Y quiere vengarse.

—¿Vengarse?

—Es peligroso, créame. Y pretende vengarse de usted.

—Pero ¿qué está diciendo, señorita?

—Está furioso. Furioso por haber sido descubierto, despedido, por haber tenido que volver a la vida que llevaba antes de… ¡inventarse una nueva identidad para estar a su servicio!

—¡Qué bobada, señorita Irene! —replicó él, más bien turbado.

—¡El arquero del Bingley's Hotel! ¡El marinero con la caja de monedas! —le mencioné, y luego añadí los demás—. ¿Le dicen algo esos delitos?

—¿Y por qué habrían de decírmelo? —respondió él—. Me he jubilado de Scotland Yard. Si acaso, me ocupo de homicidios, señorita, no de hojalateros que se despiertan con la cabeza metida en una olla…

—¡Es con un homicidio precisamente con lo que Moriarty concluirá su charada! —casi grité en ese punto—. ¡El homicidio de su amigo del alma! ¡El homicidio de lord Featherstone!

El investigador me miró, absorto. Como si, aparte de los dos, no hubiese nadie más en la habitación.

—¿Y cuándo sucederá? —me preguntó, serio.

—Ahora. Aquí. Esta noche —le contesté. Y luego miré a mi alrededor—. Solo hay que averiguar cómo.

En ese instante, en el salón alguien empezó a golpear rítmicamente una copa de champán con una cucharilla de postre para pedir silencio.

—¡Señores! ¡Amigos! —tronó lord Featherstone, abriéndose paso entre los invitados. Tendió los brazos para estrechar a una señora mucho más joven que él, la que, evidentemente, debía de ser su segunda esposa.

Busqué a mi padre con la mirada y lo vi en la parte opuesta del salón. Me hizo un gesto, al que respondí. Pero estaba cada vez más preocupada y sentía el corazón martilleándome en el pecho.

—Bueno, por fin se disponen a dar comienzo al baile. A medianoche, como estaba anunciado —murmuró el inspector Field a mi lado. Se encogió de hombros—. Estos son los privilegios de la nobleza. ¡Trasnochar sin tener que presentarse al día siguiente en la oficina!

La medianoche. El principio del baile. ¿Qué momento mejor para que Moriarty completara su plan? Pero ¿cómo pensaba hacerlo en medio de todas aquellas personas? ¿Y cómo podía creer que saldría de allí sin que nadie se diera cuenta? El salón de lord Featherstone estaba en el piso noble de la casa, a más de seis metros de la calle, lo que excluía que pudiera marcharse por una ventana. ¿Una copa envenenada? Pero entonces, ¿cómo podía asegurarse de que mataría solo a lord Featherstone? ¿Un dardo? ¿Una cerbatana? Moriarty estaba allí, entre nosotros, bajo la mirada de su mentor en Scotland Yard…

«¡No!», me dije de improviso, y le agarré un brazo al inspector. No estaba entre nosotros.

Estaba encima de nosotros.

—¡Arriba! —grité, señalando la gran lámpara que colgaba en medio del salón, entre los artesones del techo dorado. Exactamente encima del punto en que lord Featherstone y señora darían comienzo al baile nupcial.

Capítulo 22

EL DILEMA DEL CAMARERO

—¡Un momento de atención! —exclamó entonces el exinspector jefe de Scotland Yard, Charles Frederick Field, que tomó la palabra—. ¡Señoras, señores! ¡Un momento de atención!

Avanzó hasta el centro del salón y, mientras lo hacía, se volvió para lanzarme una mirada que significaba: «¡Ve!».

El señor Field me estaba proporcionando el tiempo que necesitaba. Y yo fui.

Oí el principio de su discurso a mi espalda y salí a todo correr del salón. Casi choqué con un camarero, que subía la escalera jadeante. Dos rampas de peldaños más abajo oí la voz de Arsène.

—¡Déjennos subir! —Estaba gritando—. ¡Es una cuestión de vida o muerte!

—Señorita… —balbució el camarero.

No le di tiempo a decir más. Lo empujé, me agarré a la barandilla y me asomé al hueco de la escalera. Vi a mis dos amigos

en la entrada, tenidos a raya por el personal de la casa.

—¡Arsène! ¡Sherlock! ¡Estoy aquí! —grité—. ¡Y está también el inspector Field!

Diez pares de ojos se alzaron para mirar en mi dirección. Y Arsène y Sherlock aprovecharon ese instante para escapar de su control y enfilar los escalones.

—¡Eh, vosotros!

—¡Alto!

—¿Adónde vais?

Miré hacia arriba. Pasada la entrada al salón, la escalera proseguía hacia los pisos más altos de la casa, pero estaba cortada por un cordón rojo de pasamanería. ¿Qué habría allí arriba? Las habitaciones, probablemente. Y los cuartos de la servidumbre.

—Escúchame —le dije al camarero con el tono de quien no admite reparos—. ¿Qué hay encima del salón?

Entre tanto, oía acercarse los pasos de mis amigos, que corrían por la escalera.

El camarero intuyó que no era el momento de crear más desorden y se mostró extremadamente cortés.

—Las habitaciones de lord Featherstone y de la señora están al final de la escalera, pero a ese lado del edificio. Encima del salón hay un entresuelo y, más arriba, nuestras habitaciones…

—¿Y cómo se llega al entresuelo? —le pregunté.

Arsène y Sherlock llegaron hasta mí, sin aliento.

—¿Ha intentado ya matar a lord Featherstone? —preguntó el primero.

—¿Lo has encontrado? —preguntó el segundo.

El camarero palideció y miró indeciso al resto del personal de la casa, que había seguido a mis amigos intentando frenarlos y que ahora había enmudecido.

Nos llegó el eco del discurso con que el inspector Field estaba haciendo tiempo en el salón de baile.

—Y fue con inmenso placer, pues, como me enteré de que mi amigo George…

La gran aguja negra del reloj de péndulo, en lo alto de la escalera, parecía lista para desplazarse a las doce.

—¡El entresuelo, por favor! —supliqué.

—¡Quietos ahí!

—¡Que alguien llame a la policía!

—Por aquí —dijo el camarero, en cambio—. ¡Vengan!

Nos condujo, a través de una puertecita, a un oscuro pasillo que describía todo el perímetro del salón y permitía a la servidumbre entrar discretamente por sus varias puertas. Allí dentro, prácticamente a oscuras, dejamos atrás a cinco camareros que esperaban su momento de entrar en el salón. Había mesitas y sillas en las que estaban depositadas las fuentes de plata, los vasos y los canapés, y al final del pasillo había una escalera de servicio.

—Subiendo por aquí —dijo el camarero.

Y subimos. Al principio con ímpetu, pero luego, tras la primera rampa, con gran precaución.

—¡Despacio! —susurró Sherlock, preocupado por que Moriarty hubiera previsto poner alguna trampa en la escalera. Arsène ya iba cinco peldaños por delante de nosotros.

Nos pegamos a la pared y subimos los escalones de uno en uno, procurando hacer el menor ruido posible. La escalera era estrecha y estaba mal iluminada.

Después de la segunda rampa nos encontramos en un angosto rellano, cuyo techo apenas tenía la altura para que pudiéramos estar de pie.

—Debe de ser esta… —le susurré a Sherlock, que caminaba detrás de mí. El corazón me latía enloquecido.

—Arsène, cuidado —lo advirtió Sherlock al ver que nuestro amigo se había acercado a la puerta.

—Lo sé —dijo él. Pero parecía presa de algún furor. Agarró el picaporte y tiró de él.

Cerrada.

—¡Ya basta! —exclamó. Y la echó abajo con el hombro.

La puerta se separó del marco con estrépito, Arsène rodó dentro y se levantó inmediatamente como un muelle.

—¡Da la cara ahora, pedazo de cobarde!

Pero en la habitación no había nadie.

Era un espacio oscuro, bajo, con el suelo cuadriculado por la trama de maderos que sostenía el techo artesonado que había admirado desde abajo. La única luz era la de una vela que ardía debajo de una cuerda gruesa, tendida en diagonal a través de la habitación.

—¡Allí! —gritó Sherlock en cuanto la vio, y se lanzó hacia ella.

No cabía duda de que la cuerda era la que sostenía, anclándola al techo, la gran lámpara del piso inferior. La llama de la vela casi la había quemado y no quedaba más que una hebra chamuscada.

—¡La cuerda, rápido! —grité. Y, mientras gritaba, oí el primer toque de la medianoche.

Sherlock y Lupin cruzaron el entresuelo como dos saltamontes, brincando entre las vigas con una agilidad sorprendente. Llegaron a la vela en el momento mismo en que la cuerda se rompía con un chasquido siniestro. Arsène la agarró al vuelo. Y Sherlock un segundo después de él.

Fueron arrastrados hacia abajo por el peso de la lámpara y oí una serie de gritos de espanto debajo de nosotros.

Sherlock perdió el equilibrio y cayó de mala manera al suelo, dejando solo a Arsène sujetando la cuerda de aquella mole de cristal, que tiraba de él.

—¡NO VAS A CAER! —lo oí gritar mientras se le ensanchaban los hombros y clavaba ambos pies en el suelo. Bramando por el esfuerzo de sostener él solo aquel peso, resbaló unos pasos más mientras los gritos de abajo se hacían más fuertes.

Luego se paró, con la cara roja y las venas del cuello que parecían a punto de estallarle. De sus labios salía un sonido inarticulado, un grito parecido a un gruñido de pura ferocidad.

—¡AAAAAAAAH! —profería mi amigo, en pie, sujetando él solo una gigantesca lámpara.

Fue una demostración de fuerza en estado puro, una escena que, iluminada solamente por la llama de la vela a su espalda, parecía la representación de una hazaña mitológica. Como si Arsène, en aquel momento de esfuerzo sobrehumano, se hubiera convertido en un héroe griego, invencible. Después, Sherlock, a trompicones, recuperó la postura y agarró la cuerda con su amigo; el héroe desapareció y dejó paso a un chiquillo dolorido, con las manos quemadas por el roce de la cuerda. Llegué yo hasta ellos y, los tres juntos, ayudándonos unos a otros, conseguimos mantenernos en aquella posición hasta que, por fin, alguien vino a ayudarnos.

El primero en llegar fue el inspector Field. El segundo, mi padre.

—¡Alabado sea el cielo! —exclamaron.

—¡Rápido, rápido! ¡Que venga alguien a ayudarlos!

Unos instantes más y pudimos dejar la cuerda en manos más fuertes y numerosas que las nuestras y sentarnos en las vigas del artesonado.

—Ni rastro de Moriarty tampoco esta vez —jadeó Lupin—. Pero por lo menos, tirando del hilo, hemos llegado a la cuerda, ¿eh?

Le miré las manos, negras y sangrantes, como también las de Holmes, sentado a su lado. Y me reí. Fue una risa nerviosa, irrefrenable, que me salió de la garganta como una liberación.

—¿De qué te ríes? —me preguntó Lupin. También él estaba, extrañamente, de buen humor. Volvía a tener en los ojos aquella alegría infantil, de niño rebelde, que le había visto el día que lo conocí.

No podía parar. Así que seguí riéndome y ellos, primero Arsène y luego Sherlock, se rieron conmigo.

Capítulo 23

LA ÚLTIMA LETRA

Cuando los invitados a la fiesta empezaron a marcharse, el inspector Field nos mostró que en la viga a la que estaba atada la cuerda que sostenía la lámpara habían grabado:

N was a Nobleman, gallant and bold.
Preguntad al inspector Field.

—No tengo palabras. Verdaderamente no tengo palabras. Y no hay duda de que esto se ha hecho para herirme deliberadamente a mí… —murmuró el viejo investigador cuando nos las enseñó—. No sé cómo daros las gracias, muchachos.

—No hay de qué, inspector —respondí yo en nombre de nuestro trío.

—Era nuestro deber —añadió Arsène.

Sherlock, en cambio, parecía haber enmudecido. Y yo no

acertaba a saber si era por la desilusión de no haber encontrado a Moriarty tampoco allí o simplemente por el cansancio de aquella noche increíble.

El inspector pidió que les curaran las heridas a los chicos y nos sentamos en el piso de abajo. Uno de los invitados de lord Featherstone era médico y se ocupó de las abrasiones de Arsène y Sherlock. Hizo que se quitaran la camisa y vi las costillas salientes de nuestro amigo londinense, blancas, con rasguños rojos allí donde algún cristal lo había alcanzado. Apretó los dientes sin emitir ni un gemido mientras lo vendaban. Las palmas de Arsène eran, si cabía, más preocupantes aún, porque la cuerda, que había agarrado en el momento en que se rompía, las había llagado como un látigo. El doctor le dio algunas instrucciones a la cocinera de lord Featherstone y después aplicó a Arsène una cataplasma de zanahoria, calabaza y hojas de coliflor frescas. Luego hizo preparar un cocimiento de semillas de membrillo, sebo y manteca de cerdo.

—No tendrá la intención de ponerme luego al horno, ¿verdad, doctor?

Con nosotros se había quedado un corrillo de personas: mi padre, lord Featherstone y pocos más.

El dueño de la casa hizo que nos trajeran a todos, incluso a nosotros, los jóvenes, una copita de licor. Y a su vez les contamos la historia entera de nuestras indagaciones.

—¡Querido Leopold, nada de princesita! ¡Lo que tienes es una pequeña furia! —felicitó lord Featherstone a mi padre cuando hablé de mis sospechas acerca de la invitación al Crystal Palace.

Y no pude saber si el suyo era un cumplido o no.

Pero a continuación vi que lo era, porque, cuando llegaron dos agentes de Scotland Yard unos minutos después acompañados por el señor Nelson, que había ido a avisarlos, el aristócrata me llevó aparte, me estrechó con suavidad las manos en las suyas y me dio las gracias.

—Debo mi vida, doblemente, a la presencia de ánimo de Frederick. Pero se la debo sobre todo a usted, joven señorita Adler. Para cualquier cosa, ahora y en el futuro, recuerde que las puertas de mi casa están siempre abiertas para usted.

Nos quedaba por averiguar cómo había podido organizar Moriarty aquella última jugada de su plan criminal. Pero no era tan

complicado. El mayordomo de la casa nos confirmó que, tres días antes, uno de los sirvientes más jóvenes, Harry Walker, se había roto una pierna en un accidente y había mandado para sustituirlo a un primo lejano suyo.

—Un chico muy despierto, obediente y rápido. Era un placer tenerlo aquí, no había necesidad de explicarle casi nada —puntualizó el mayordomo.

Moriarty, pues, había hecho que lo emplearan en casa de Featherstone bajo el nombre de Tom (como el personaje del relato infantil). Naturalmente, el joven Tom, primo de Harry Walker, había desaparecido. Un segundo camarero nos confirmó que se había presentado a trabajar aquel día también, solo que se había esfumado en cuanto había comenzado la fiesta.

El inspector Field pidió que alguien fuera a casa de Harry Walker para comprobar que estaba bien. Lo encontraron atado y amordazado a la cama en un cuartito de Harrow Alley, y con la pierna rota perfectamente vendada. Contó, en estado de confusión, que un chico desconocido le había cuidado en los tres últimos días, amenazándolo con matarlo si se le ocurría salir de la habitación. Pero tampoco allí, aparte del relato inconexo del pobre Harry Walker, Moriarty había dejado el menor indicio de su presencia.

Así que, pese a que hubiéramos logrado desbaratar su plan en el último minuto, su ausencia nos dejó con la impresión de que había aún algo pendiente. Un encuentro, una última venganza, algo todavía por suceder.

Y nuestras conclusiones sobre cómo se había desarrollado todo, aunque ratificadas por la lógica férrea de nuestra reconstrucción, no fueron nunca confirmadas por la menor prueba, así que no descubrimos si de verdad las cosas habían sucedido como nosotros las reconstruíamos.

Y, habiendo borrado completamente su pista, el joven criminal, gracias también al dinero que se había asegurado con el robo de las monedas, estaba a salvo.

—La verdad, señores —concluyó lord Featherstone cuando daban las dos en el salón para entonces desierto—, es que esa lámpara nunca me ha gustado.

Capítulo 24

EL MENDIGO DEL GLOBE THEATRE

—¡Yo muero, Horacio! ¡Adiós, desdichada reina! Vosotros, los que asistís pálidos y temblorosos, audiencia muda, si tuviera tiempo… Pero la Muerte, este fiero alguacil, es estricta en su cometido… Oh, podría deciros… pero dejémoslo, Horacio, yo muero. Tú, que vives, habla honestamente de mí y de mis razones a quien no sepa.

Me di cuenta, mientras miraba el escenario del teatro, de que estaba derramando varias lágrimas. Hamlet, el buen Horacio… y al final Fortimbrás, que entraba con los embajadores, pero ¡demasiado tarde, demasiado tarde!

Hamlet había bebido ya la copa envenenada y nada podía intentarse ya.

—Depositad aquí el cuerpo de Hamlet… —decía Fortimbrás al término de la tragedia—. Los demás, quitadlos de mi vista. Y que se ordene a los soldados saludar con disparos.

Hubo disparos, una descarga, y di un respingo del susto. Sherlock, a mi lado, estaba callado, impasible, y había seguido la escena con compostura. Sabía, por la rigidez de sus hombros, como si los disparos hubieran ido dirigidos a él, que estaba turbado y trastornado. Pero no podía permitirse dejármelo ver.

Y así, por fin, cayó el telón. Y cuando bajó, separando el mundo real del mundo del escenario, fue como una ofensa. El público, apretado en torno a nosotros y, como nosotros, de pie desde hacía más de cinco horas, reaccionó con un murmullo de insatisfacción. Pero después alguien gritó «¡Bravo!», y algún otro aplaudió. Al principio solo, luego con otros. Al final, el aplauso, fragoroso y liberador, nos embistió con la fuerza de la interrupción definitiva.

El ruido de las palmas de las manos golpeándose nos sacó de una vez por todas del castillo de Elsinor y de la infausta corte de Dinamarca para devolvernos allí, a Londres, al gran círculo de madera del Globe Theatre.

Lloré aún más fuerte y Sherlock me abrazó, protegiéndome de mis fantasías heridas. Nos quedamos largo rato así, yo sollozando y él estrechándome, en medio de una multitud que aplaudía un espectáculo que había sido maravilloso, extenuante y terrible. Lloraba en honor del genio que había escrito aquellas palabras. Lloraba porque la belleza, incluso cuando hace sufrir, imprime en nosotros emociones indelebles. Y estaba feliz por haberlas compartido con Sherlock aquel día, que entre tanto había dado paso a la noche.

Después de los hechos del caso Moriarty, como tal vez haya ya mencionado en estas confusas memorias que me esfuerzo en recoger para presentarlas con sus mejores galas, semejantes al menos a la verdad de lo ocurrido (en honor de mis amigos y de aquello en que después nos hemos convertido, igual que Hamlet pide a Horacio que haga), como por tanto quizá ya haya escrito, después de aquella investigación muchas cosas cambiaron de repente. Podría escribir que se rompieron. Pero no fue una ruptura, o por lo menos no lo fue aún. La llegada de otras verdades, incómodas, de mi pasado era inminente. Habríamos podido imaginarlo, pero ninguno de los tres se lo esperaba tal como sería.

No. Los cambios de aquella noche fueron sutiles, y quizá solo sean visibles ahora que han transcurrido muchos años. Se debieron a Moriarty ante todo, y a su fantasma, que desde aquel momento flotaría en la vida de Sherlock Holmes. Y a aquel extraño beso en el carruaje, acompañado por las palabras de mi taciturno amigo, «Estás espléndida», pronunciadas en presencia de Arsène y del buen Horace.

Se debieron a toda una serie de pensamientos completamente nuevos que me asaltaban especialmente por la noche y que, me parecía, me hacían crecer como una forma misteriosa de alimento y hacían menguar cada vez más deprisa mis ropas.

Cambió el comportamiento de Arsène aquella noche. Se volvió menos impulsivo y más respetuoso. Nosé con quién en concreto, si conmigo o con Sherlock. Y entre nosotros tres comenzó algo distinto

que no era propiamente una danza sino más bien un número de patinaje sobre una delgada capa de hielo que escondía, justo por debajo de la línea de fractura, el agua gélida de la hostilidad.

No dejamos de ser nosotros, nosotros tres, pero advertía entre nosotros algo insidioso (si una herida en los sentimientos puede llamarse insidia y no tragedia). Y como cada uno de nosotros era atraído por la compañía de los otros dos, tenía una obstinada necesidad de ella, el estar juntos los tres solo podía hacerse con gran cautela y, por tanto, con cierto distanciamiento. No sé explicarlo mejor.

O quizá podría probar.

Sherlock se había presentado en mi casa con las entradas para el Globe Theatre. Se había peinado y cambiado de traje y parecía un príncipe ruso en un viaje de primavera a Londres. Me había pedido que lo acompañara. Y yo había aceptado sin pensarlo.

—¿Y Arsène? —le había preguntado.

Sherlock había comprado tres entradas. Pero Arsène no había venido. Había dicho que tenía que trabajar en West Norwood. Si había podido sostener aquella lámpara, nos había repetido varias veces, era solo gracias a los músculos que había hecho levantando cajas de pino. Y, además, había poca diferencia entre el cementerio y Hamlet; al final, todo iba de muertos, había opinado.

Así que habíamos ido los dos solos.

Arsène se equivocaba en la cuestión de los muertos. O, quizá, lo había comprendido perfectamente. No iba con él estarse cinco horas en pie escuchando los parlamentos de los actores. Ya había sufrido las consecuencias de perseguir a un actor con la esperanza de obtener algo más que un monólogo. Y tal vez lo hubiera hecho sentir incómodo que yo me diera cuenta de que, al tomar contacto con el mundo del teatro, creyera en él y quisiera quedarse. El teatro era un asunto de pura cabeza destinado a las personas muy simples o muy complejas.

Quizá yo pertenecía a las primeras y Sherlock a las segundas. Mientras que, el magnífico Arsène de risa cautivadora, en permanente movimiento y en busca de sí mismo, aún no había decidido en qué parte estar.

Nos encaminamos por la acera en el flujo de espectadores que hablaban intensamente entre ellos: los había que recordaban

algunas agudezas, otros que se preguntaban dónde ir a tomar un bocado y otros más, como nosotros, a los que esperaban en casa cuanto antes.

—Ha sido realmente hermoso… —dije, extasiada.

—Sí —admitió Sherlock con una pizca de sorpresa mezclada con disgusto. Como si hubiera tenido que rendirse ante algo más grande que su lógica—. Deberíamos venir de vez en cuando.

—A lo mejor a una comedia la próxima vez —dije yo.

Él me miró. Estaba de acuerdo. A una comedia habríamos arrastrado con nosotros también a Arsène, pensé. Y luego habríamos ido los tres a brindar a la Shackleton Coffee House, o a mi casa, a cenar con mi padre y el señor Nelson a despecho de todas las jerarquías y formalidades del mundo que nos rodeaba.

—¡Discúlpenme, señores, una moneda! —farfulló en aquel momento un mendigo que pasaba a nuestro lado.

No teníamos más que el dinero necesario para volver a casa, así que seguimos sin detenernos hasta llegar a una plaza en que esperaban unos carruajes.

Entonces Sherlock se dio cuenta de que tenía un pequeño sobre en el bolsillo. Lo abrió y leyó:

Ten cuidado con la muchacha, señor Holmes.
Nos veremos pronto,

M.

Sherlock lanzó de pronto una exclamación, se volvió y escudriñó la calle, pero era demasiado tarde.

El mendigo de unos instantes antes había dejado caer al suelo su capa de andrajos y ahora nos saludaba desde el estribo de un carruaje, quitándose burlonamente el sombrero de los ojos.

Notas

[1] A era un arquero que disparó a una rana, / B era carnicero y tenía un perro grande. / C era un capitán todo vestido de encaje, / D era un borracho y tenía la cara roja. / E era escudero, con orgullo en su frente, / F era labrador y seguía el arado. / G era un jugador que tenía muy mala suerte, / H era cazador y cazó un ciervo. < <

[2] I era un tabernero al que le gustaba echarse un trago, / J era carpintero y construyó una casa. / K era el rey William, que una vez gobernó esta tierra, / L era una dama que tenía la mano blanca. / M era un tacaño y acumuló oro, / N era un noble cortés y valeroso. / O era vendedora de ostras y recorría la ciudad, / P era clérigo y vestía sotana negra. < <

[3] Q era una reina que vestía combinación de seda, / R era atracador y se buscó un latigazo. / S era marinero y se gastó todo lo que tenía, / T era hojalatero y arregló una olla. / U era usurero, un miserable elfo, / V era un vinatero que se bebió todo él mismo. / W era guardián y vigilaba la puerta, / X era gastador y se volvió pobre. < <

[4] Y era un joven al que no le gustaba el colegio, / Z era un alocado, un pobre payaso inofensivo. < <

[5] Dejo mi roca y mi pequeña casa gris / solo para conocer a la esposa de un hombre rico. < <

[6] C era un cobarde que se escondía en la oscuridad. / D estaba muerto, pero muerto del cuello para arriba (o sea, era estúpido). <<